

GAIL CARSON LEVINE

Autora de *El mundo encantado de Ella*

DOS PRINCESAS SIN MIEDO



Lectulandia

Adelina y Meryl, las dos princesas del reino de Bamarre, viven sin preocupaciones en un hermoso castillo y sus únicas aventuras son las que leen o sueñan. Pero la desgracia acecha... Meryl cae enferma y nadie conoce la cura de su misterioso mal. A pesar de los buenos propósitos de todos, en la corte nadie parece muy capacitado para emprender un peligroso viaje en busca de un remedio. Adelina no es valiente, ni fuerte, ni demasiado intrépida, pero daría la vida por su hermana. Pese al miedo que le inspira lo desconocido, se lanza sola a esa aventura incierta, adentrándose en un mundo asombroso repleto de peligrosos dragones, ogros, grifos y espectros. Gracias a la ayuda de algunos regalos mágicos y de su buen amigo Rhys, el aprendiz de brujo, la tímida princesa logrará superar pruebas difícilísimas y derrotar a los enemigos más fieros... e incluso descubrir el valor y la fuerza de los sentimientos...

Lectulandia

Gail Carson Levine

Dos princesas sin miedo

ePub r1.0
guau70 19.08.15

Título original: *The two princesses of Bamarre*
Gail Carson Levine, 2001
Traducción: Carlos Abreu
Ilustración de cubierta: David Aja
Diseño: Gemma Pellicer & Raúl García

Editor digital: guau70
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Joan Ablove,
mi compañera en este fantástico
y alocado viaje.

Un millón de gracias.

1

*Desde una tierra yerma
hasta un país agreste,
de monstruos siempre plagado,
el joven Drualdo condujo
a una cuadrilla de astrosos.*

*En los brazos acunaba
al pequeño y tierno Bruce,
que llegaría a ser rey,
el primero de Bamarre.*

Así comienza *Drualdo*, poema épico sobre el héroe más célebre de Bamarre. Nadie sabía si las historias que refería eran verdaderas o si eran invención de un trovador que vivió en tiempos lejanos. Ni siquiera sabíamos si alguna vez había existido un hombre llamado Drualdo.

No importa. Representaba el ideal de Bamarre. Drualdo era fuerte y valiente.

Además, tenía buen corazón y temperamento alegre. Luchó contra los monstruos de Bamarre —los ogros, grifos, espectros y dragones que aún infestan nuestra tierra— y ayudó a su monarca a fundar nuestro reino.

Por esos días Bamarre necesitaba un héroe, más que nunca. Cada año los monstruos mataban salvajemente a cientos de bamarros, y la Fiebre Gris segaba la vida de muchos más.

Yo no tenía un espíritu heroico. Lo que más anhelaba mi corazón era disfrutar de paz y seguridad. El mundo era un lugar peligroso, impropio para personas como yo.

Una vez, cuando tenía cuatro años y estaba jugando en el patio del castillo, una sombra pasó sobre mí. Me puse a chillar, convencida de que se trataba de un grifo o un dragón. Meryl, mi hermana, corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos, que apenas conseguían abarcarme.

—Se ha ido, Addie —me susurró—. Ahora está muy lejos. —Y me cantó con voz suave una estrofa del *Drualdo*:

*Paso a paso la esperanza
surge después del valor.*

*Arrastra todo peligro,
fiando siempre en vencer.*

Me tranquilicé, arrullada por la voz de Meryl y su cálido aliento en mi oído.

Meryl era mi protectora, tan imprescindible para mí como el aire y la comida.

Nuestra madre, la reina Daria, había sucumbido a la Fiebre Gris cuando yo contaba dos años y Meryl tres. Padre rara vez visitaba nuestro aposento. Bella, nuestra aya, nos daba consejos morales y nos reñía, mostrándonos de este modo su particular afecto.

Meryl me comprendía, pese a que éramos tan distintas como la noche y el día. Ella era rubia, y yo de tez morena. Su cuerpo era pequeño y recio, una reserva de energía concentrada. Yo siempre fui alta para mi edad, además de ágil, y siempre tuve una energía nerviosa y vibrante.

Meryl nunca se burlaba de mi timidez ni me tomaba el pelo por mi miedo a las arañas. Cuando veía una, me quedaba paralizada de terror, imaginando que correteaba por mi piel, que se metía en mi boca y en mis orejas, que me pasaba por encima de los ojos abiertos.

Sin embargo, ni una ni mil arañas podían asustar a Meryl. Si se topaba con una, sencillamente la recogía y la sacaba del castillo, pues ni ella ni yo deseábamos matarla.

De niña, a Meryl le encantaba representar escenas del *Drualdo* o de alguna obra teatral inventada en la que salvaba el reino. Nuestros juegos comenzaban en el mejor elemento de nuestro aposento: un carruaje en miniatura. Yo me sentaba en su interior, y Meryl en el asiento del cochero. Arreaba los caballos de madera con el látigo y nos poníamos en marcha. Viajábamos a los montes Eskern, morada de ogros y grifos, o al castillo de la reina de los elfos, que se alzaba a la orilla del océano Hauno, o al desierto del oeste, donde los dragones tenían sus guaridas, o al bosque de Mulí, poblado de espectros.

Ella me salvaba de dragones que escupían fuego y de ogros hambrientos. Cuando me tocaba el turno, pegaba un alarido de terror que no era del todo fingido, pero cuando podía me quedaba quieta para contemplar su interpretación; eso era lo que más me gustaba.

Su juego preferido era la aventura de la Fiebre Gris. Curiosamente, esto no me asustaba. La Fiebre Gris no era un monstruo ni una araña de aspecto escalofriante. Era invisible. Si llegara a contraerla, estaría en algún sitio dentro de mí, y aunque en el mundo exterior abundaban los peligros, conocía bien mi interior. Tenía la seguridad de que podría expulsar a cualquier intruso.

En el juego, yo siempre encarnaba a la víctima de la Fiebre Gris. Durante la primera fase de la enfermedad, la de la debilidad, intentaba levantar a mi muñeca *Prudence*, pero la encontraba demasiado pesada. La acariciaba con tristeza y echaba a andar hacia el raído sofá de nuestro cuarto, debilitándome progresivamente al caminar. Daba unos pasos, caía de rodillas y me ponía a gatear. Me arrastraba hasta el diván pero no conseguía reunir fuerzas suficientes para subirme a él.

Me dormía allí mismo, en el suelo. Unos instantes después abría los ojos y me levantaba, consumida por la fiebre. Corría hasta la chimenea para frotarme las

mejillas con ceniza, pues el rostro de los enfermos siempre se tornaba gris cuando el fin se aproximaba. Me ponía a tiritar e intentaba castañetear los dientes. Siempre me sentía ridícula y deseaba que Meryl representase el papel de enferma para mí, pues era una actriz nata.

Sin embargo, ella estaba demasiado ocupada luchando contra monstruos, consultando a brujos, escalando montañas y navegando por mares tempestuosos.

Mientras me estremecía, la observaba de reajo, pues no quería empezar a morirme hasta que ella estuviese lista para rescatarme. Cuando ella triunfaba y hallaba la cura, yo me desplomaba en el suelo. Entonces ella corría hacia mí, sosteniendo el remedio con ambas manos. Unas veces era un elixir en un cáliz de oro; otras era la pluma de un grifo, el diente de un dragón o incluso una simple piedra negra. Se arrodillaba junto a mí y susurraba: «Lo he encontrado, doncella. Viviréis». Me curaba y, acto seguido, me levantaba de un salto. Correteábamos por nuestro aposento, brincábamos alrededor del carruaje, aporreábamos la armadura de adorno y bailábamos de la mano en torno a la pequeña rueda.

Un día le pregunté a Meryl si creía que algún día se encontraría verdaderamente un remedio. Yo contaba nueve años entonces, y Meryl diez.

—Claro que lo encontrarán. ¿No has oído la historia del rey Wilardo y el espectro?

Sacudí la cabeza, y ella me guió hasta el trono que teníamos en nuestro aposento (una silla dorada). A continuación retrocedió para dirigirse a una muchedumbre imaginaria.

—Fieles súbditos, hermana menor, escuchad con atención el relato del rey Wilardo y el espectro. —Su voz se hizo más grave al pronunciar la palabra «espectro»—. El rey Wilardo fue el monarca más valeroso en la larga historia de Bamarre. —Y añadió, en tono desdeñoso—: Mucho más valeroso que padre. El rey Wilardo...

—¿Era tan valeroso como Drualdo?

—¿Osas interrumpirme? —me preguntó mi hermana con el ceño fruncido.

Solté una risita.

—Drualdo nunca reinó en Bamarre —explicó—. Era más valeroso que nadie, pero el rey Wilardo lo era casi tanto como él. Y ahora, prosequiré, si no tienes más preguntas fastidiosas que hacerme.

Solté otra risita.

—El rey Wilardo había salido solo de caza cuando topó con el espectro. El artero monstruo adoptó la apariencia de un escudero y le imploró que acudiese en socorro de su señor, que se hallaba rodeado por una cuadrilla de ogros.

Sentí un escalofrío al imaginarme a aquel joven que en realidad no lo era.

—Al rey le hirvió la sangre al oír aquello —continuó Meryl—, y ardía en deseos de rescatar a su súbdito fiel.

«En pie, mozo —le indicó—, partamos enseguida». Más cuando el escudero

espectral se hubo levantado, la aguda vista del rey se posó en las huellas de monstruo que dejaba el chico. «No eres un escudero —rugió el rey Wilardo—, sino un espectro vil, y te he descubierto. Ahora debes contestar a mi pregunta con la verdad». El rey ordenó al espectro que le revelase cuál era el remedio contra la Fiebre Gris. El espectro, incapaz de mentir, hubo de confesar que no lo sabía. Como el rey Wilardo aún tenía derecho a una respuesta, le preguntó si algún día se encontraría una cura.

«Vuestros ojos no lo verán, oh poderoso rey —dijo el espectro con sorna—. No te he preguntado por mis ojos, monstruo —atronó el Rey—. Te he preguntado por Bamarre. ¿Se liberará algún día mi reino de esta pestilencia? ¿Encontrará alguien un remedio?».

«Sí —asintió el espectro—. Alguien encontrará el remedio, pero... —La criatura se echó a reír— ... no hasta que los cobardes cobren valor y la lluvia caiga sobre todo el reino de Bamarre». El espectro se desvaneció, pero permaneció el eco de sus risotadas.

Me estremecí de nuevo.

—Y por ello sabemos que un día se encontrará un remedio. Todo gracias al valiente rey Wilardo. —Meryl hizo una reverencia.

Le aplaudí y descendí del trono.

—Nunca te marcharás en busca de ese remedio, ¿verdad? —le pregunté.

—Partiré en cuanto sea lo bastante fuerte para montar sobre un corcel y empuñar una espada.

¡De modo que se marcharía para no volver nunca más! Caería en las garras de un monstruo.

Meryl adoptó una pose heroica, con las piernas separadas, blandiendo una espada imaginaria.

—Encontraré ese remedio, y los caballeros acudirán en masa a mi lado. Acabaremos con los monstruos y salvaremos el reino de Bamarre. Entonces volveré a casa.

No, no volvería. Estaría muerta. De todas formas, me cuidé mucho de decírselo. En lugar de eso, le pregunté:

—¿Y qué haré yo mientras tú estés lejos?

—¡Vaya pregunta! —Bajó su espada imaginaria y sonrió—. Serás la esposa de un apuesto príncipe y la madre de una princesita que estará aprendiendo a hacer bordados tan hermosos como los que haces tú.

—¿Y si el príncipe aún no ha llegado para entonces —inquirí sin devolverle la sonrisa— o si no le gusto y él se va?

—Entonces vendrás conmigo.

—Ni hablar. Me daría mucho miedo, ya lo sabes.

—¡Vamos, Addie! —suspiró mi hermana con exasperación—. Pongamos que te digo que no me iré a ningún sitio hasta que estés felizmente casada. ¿Te parece bien eso?

—¿Lo juras?

—Juro que me quedaré en el castillo de Bamarre —dijo, apoyándose en una rodilla— hasta que la princesa Adelina se haya casado con su amor verdadero. Que mi espada se vuelva contra mí si quebranto este juramento.

—Gracias. —Me dejé caer sobre el suelo, experimentando un enorme alivio.

Faltaban muchos, muchos años para mi boda.

Se tumbó junto a mí y permanecimos tendidas un rato, contemplando el techo de madera.

—Si alguna vez pillo la Fiebre Gris no moriré, aunque no hayas encontrado el remedio todavía —le aseguré a mi hermana.

Meryl rodó sobre un costado para mirarme.

—¿Porqué no?

—Porque no me rendiría a ella. Cuando la enfermedad me produjera cansancio, fingiría que no estoy cansada. Cuando me diera sueño, permanecería despierta. Si a pesar de todo tuviese calentura, correría de un lado a otro para entrar en calor. Si me niego a obedecer las órdenes de la Fiebre Gris, lograré ahuyentarla.

—Yo haría una gran hazaña —afirmó Meryl poniéndose en pie con presteza—, como escalar un monte o capturar un ogro.

Me levanté también y me senté en el diván.

—No sé por qué se mueren.

—Yo tampoco sé por qué la gente se muere —dijo ella, sentándose también—, excepto cuando los achicharra un dragón o un valiente caballero los ensarta con una espada. —Reflexionó por un momento y se encogió de hombros—. ¿Sabes? Yo encontraré ese remedio.

Asentí con la cabeza.

—Pero aunque caiga enferma antes de eso, no sucumbiré a la muerte.

2

Cuando yo tenía doce años, Trina, mi doncella, contrajo la Fiebre Gris. Era la primera vez que yo veía de cerca a alguien aquejado de esa enfermedad. Cada año morían algunos moradores del castillo, pero yo apenas los conocía.

Antes de caer enferma, Trina arrancaba las mantas de mi cama por la mañana y las sacudía con fuerza. Era una mujer gruñona, de rasgos angulosos y gestos enérgicos.

Sin embargo, un día, amaneció sin fuerzas. Se llevó mis mantas, moviéndose como si nadase en almíbar.

Más tarde, Bella, nuestra aya, a cuyos oídos habían llegado los rumores que corrían por el castillo, nos contó a Meryl y a mí que varios elfos enfermeros cuidaban de Trina.

Uno de ellos la había visto en un pasillo y se había fijado en su andar vacilante. Eso bastó para que el elfo supiese lo que le ocurría.

Yo no quería que Trina muriese. Había sido mi doncella desde que tenía tres años.

Las mañanas no serían las mismas sin su mal humor. Le había cobrado mucho cariño, al igual que a la rutina establecida y a todos los elementos permanentes de mi vida.

Yo creía saber cómo vencer la Fiebre Gris, así que deseaba salvarla. Cuando terminaron nuestras clases con Bella, le rogué a Meryl que me acompañase a la alcoba de Trina, en la torre oeste. Trina la escucharía, porque Meryl era más persuasiva que yo.

—Iba a ejercitarme en el manejo de la espada —protestó Meryl con el entrecejo fruncido—. Tú puedes convencer a Trina tan bien como yo.

Sacudí la cabeza.

—Ella no...

—Es lo mejor. Después de todo, a ti te conoce más. —No obstante, al final accedió a venir conmigo.

Milton, un elfo enfermero, tejía sentado junto al lecho de Trina. Cuando llegamos, bajó de la silla y se inclinó sonriéndonos. A continuación se puso de puntillas para sentarse de nuevo. Era el elfo con quien más tratábamos. Nos atendía cuando estábamos resfriadas o nos dolía la garganta, desde que me alcanza la memoria.

—¡Salud, Trina! —dijo Meryl cruzando la habitación a grandes zancadas. Tomó asiento en una silla próxima a la chimenea.

Yo observé a Trina desde la puerta. Tenía el aspecto de siempre, aunque resultaba extraño verla en camisón. Se levantó para hacer una reverencia, sin dar muestras de gran debilidad. Algunos languidecían rápidamente, en tanto que otros se mantenían relativamente fuertes durante meses. La segunda fase, la del sueño, siempre duraba nueve días, y la fiebre tres. Después sobrevení la muerte.

Esperaba que a Trina le quedasen meses para luchar contra la enfermedad. Vi las

flores en la repisa de la chimenea. Eran anémonas, que, según se creía, ofrecían paz a los moribundos.

Trina se acostó de nuevo. Me dirigí hacia el asiento de la ventana, pero me quedé paralizada. Una araña estaba trepando por una de las patas de la cama de Trina.

—Addie me ha contado que... —dijo mi hermana.

—¡Meryl! —chillé, apuntando con el dedo. El corazón me latía con fuerza. Era de las peludas, las que más me asustaban. Me habría echado a correr, pero temía que me persiguiese.

Meryl se levantó de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Trina, apoyándose en un codo.

—Ya la veo, Addie. No te preocupes, yo me ocuparé de ella. —Meryl se acercó a la cama a toda prisa y empujó la araña sobre su mano izquierda. Con la derecha dio vueltas a la manivela para abrir la ventana batiente. Aunque no alcanzaba a ver qué hacía, imaginé que estaba colocando la araña en la pared del castillo—. Ya está.

—¿Qué era eso? —inquirió Trina con suspicacia.

—Addie me ha contado que no te encuentras bien —dijo Meryl sin responder a su pregunta.

—Era una araña, ¿verdad, princesa Adelina? —preguntó Trina, mirándome directamente—. Todos saben que vos les tenéis miedo, con perdón.

Se me encendió el rostro mientras atravesaba el cuarto y me acomodaba en el asiento de la ventana. Seguro que todos me consideraban más cobarde aún que mi padre. Me volví hacia Milton, que tejía plácidamente y no alzó la vista.

—No había ninguna araña —dijo Meryl—. Es sólo un juego que nos hemos inventado la princesa Addie y yo.

—Era una araña —aseguró Trina, recostando la cabeza sobre la almohada.

—¿Qué enfermedad tienes, Trina? —inquirió Meryl—. ¿Te lo ha mencionado Milton?

Muy astuta. Yo jamás habría logrado abordar el tema tan rápidamente, y era todo un detalle que se lo preguntara a ella y no al propio Milton.

—Dice que tengo la Fiebre Gris, alteza, pero se equivoca. De ser así, me sentiría peor, ¿no?

—Supongo que sí. En ese caso no necesitas saber lo que la princesa Addie y yo hemos venido a decirte.

—¿Decirme qué, con perdón?

—Que la princesa Addie sabe cómo vencer la Fiebre Gris.

—Ya os lo he dicho, no tengo la Fiebre Gris. Mañana estaré mejor.

—Puedes estar mejor ahora si sigues el plan de la princesa Addie.

—No tengo la Fiebre Gris —repitió Trina, poniéndose de cara a la pared.

Meryl adoptó la misma expresión que aparecía en su rostro cuando *Veneno*, su caballo, se plantaba. En esas ocasiones recurría a las espuelas y al restallido del látigo.

En el caso de Trina, no le quedó otro remedio que decir:

—Te ordeno que escuches el plan de la princesa Addie.

Trina se limitó a cambiar de posición la cabeza sobre la almohada.

—Esta almohada es demasiado dura —se quejó—. Debería tener una mejor, porque estoy enferma.

—Te conseguiré una mejor —se ofreció Milton, poniéndose en pie.

—Yo también me voy —anunció Meryl, levantándose de golpe.

—Yo me quedaré un rato más —dijo. Meryl me había defraudado. Por otro lado, Trina no era su doncella, así que no le correspondía a Meryl salvarla.

Cuando se marcharon, me pasé a la silla de Milton y la arrimé a la cama. Intenté pensar en las palabras adecuadas.

—No esperéis que os entretenga, alteza.

—No —repliqué, sorprendida—. No esperaba eso. —Se me ocurrió una idea—. Anoche soñé con mi madre.

—La vieja reina —dijo Trina, sin volverse hacia mí y sin demostrar interés.

—Así es. —Me incliné hacia delante—. ¿Sabes qué me dijo?

No respondió.

—Dijo que echa de menos estar viva.

—Ser reina, eso es lo que echa de menos, alteza, con perdón.

—¿Y sabes qué más dijo?

No respondió.

—Dijo que se habría recuperado si hubiese luchado. Dijo: «Addie, la Fiebre Gris estaba ahí dentro, en mi pecho. Si la hubiese buscado, la habría encontrado».

Trina se dio la vuelta y me miró. Yo proseguí, animada:

—Dijo: «Podría haberla expulsado de mí».

Trina se humedeció los labios para seguir hablando. Yo aguardé, ansiosa.

—Sois bonita —dijo—. Siempre me lo habéis parecido. Frente amplia y lisa, ojos hermosos. Huesos finos. Sois bonita.

—Gracias. —¿Acaso no había oído una palabra de lo que le había dicho?

—Deberíais llevar ropa de colores más brillantes, con perdón.

Asentí con la cabeza. Me encantaba ver colores vivos en mis bordados y en la vestimenta de otras personas, pero no en la mía. Me concentré de nuevo en salvar a Trina.

—Mi madre habría querido seguir reinando a pesar de la enfermedad. Quizá tuve ese sueño para poder decirte que hicieras lo que la reina Daria quería.

Trina hizo un mohín.

—¿Seguir reinando?

Por unos instantes me pregunté atónita si la Fiebre Gris confería sentido del humor a la gente.

—No —contesté con una sonrisa—, tú debes seguir haciendo lo que haces siempre. No dejes que la enfermedad te lo impida.

—Lo que queréis es conservar a vuestra doncella, princesa Adelina, con perdón.

¡Lo que quería era que no muriese! Y deseaba demostrarle que era posible vencer la Fiebre Gris.

—No, quiero ayudarte a que te recuperes.

Milton entró portando dos almohadas. Alguien lo seguía... Era Rhys, nuestro aprendiz de brujo. Me levanté de un brinco. Mi silla salió disparada hacia atrás y se volcó. Turbada, me agaché para levantarla, pero Rhys se adelantó. Tras recoger la silla, me hizo la zalema más ceremoniosa que había visto en mi vida. Correspondí a su gesto con una reverencia, sintiéndome torpe. Él había llegado hacía sólo una semana.

Lo había visto en el salón de banquetes, pero Meryl y yo éramos todavía demasiado pequeñas para que nos presentaran.

Milton colocó las almohadas nuevas bajo la cabeza de Trina.

—Mi señora Trina —dijo el brujo—, lamento mucho que estés enferma. Te ruego que me comuniques si hay algo que pueda hacer para que te sientas más cómoda.

—No quiero pociones mágicas, con perdón, señor.

—Nada de pociones mágicas —aseguró Rhys con otra reverencia y sonrió.

La afabilidad de su sonrisa me tranquilizó un poco. Era alto, como la mayoría de los brujos. Tenía el rostro casi plano, con mejillas anchas y pómulos altos. Sus ojos, grandes y azules, bordeados por las pestañas blancas y espesas características de los brujos, resultaban cautivadores. Llevaba un atuendo alegre: un jubón decorado con brocado y bombachos de raso morado. El anterior aprendiz de brujo de padre vestía únicamente prendas de tonos oscuros. Yo había llegado a creer que la ropa de colores apagados era la norma entre los hechiceros, del mismo modo que lo era para mí.

—Estas almohadas también son duras.

—Si te sientas erguida, no las necesitarás —dije. Si me hacía caso, quizá conseguiría que estuviese de pie durante un rato, y entonces se curaría enseguida.

—No quiero sentarme erguida, con perdón. —¡Era tan testaruda...!

Milton le mulló las almohadas. Entonces me asaltó un pensamiento terrible. Tal vez se había debilitado mucho después de inclinarse ante Meryl y yo.

—¿Todavía puedes incorporarte? —pregunté.

—Claro que puedo, alteza. —Y me lo demostró. ¡Por fin había encontrado el truco para hacerla obedecer!

—Incorporarse no cuesta nada —dije—, pero no creo que puedas ponerte de pie.

—Con perdón, princesa Adelina, no lograréis engañarme dos veces. —Se desplomó de nuevo en la cama—. No me apetece ponerme de pie. —Sacudió los hombros y añadió—: Tres almohadas duras no son mejores que una sola.

—Quizá pueda introducir alguna mejora —intervino Rhys. Se volvió hacia Milton—. ¿Me permites?

—Adelante.

Trina se incorporó de nuevo, con visible alarma en el semblante.

—No quiero una almohada mágica que explote o me saque volando de aquí en plena noche.

—Jamás ofrecería una almohada semejante a nadie —afirmó el brujo con los ojos desorbitados. Acto seguido abrió la ventana, sacó de una bolsa que llevaba colgada al cinto una varita, y apuntó con ella al cielo.

Era una tarde nubosa. Un mechón blanco se desprendió de una nube y bajó flotando hasta el castillo, acercándose a nosotros. Rhys abrió la ventana batiente con la manivela y, con un gesto ampuloso, atrajo aquella voluta al interior. ¡Había una nube dentro de la alcoba, con nosotros!

—¡No dejes que me haga daño! —chilló Trina, llevándose las manos a la cara. Ayudándose de la varita, Rhys compactó la nube y le dio forma de almohada.

Esbocé una sonrisa. Trina echó una ojeada entre sus dedos y Milton se levantó para ver mejor.

—Los sueños siempre son dulces cuando uno tiene una nube por almohada. — Rhys se acercó a la cama—. Échate hacia delante.

—¿Estás seguro de que no es peligrosa?

—Completamente seguro.

Trina obedeció, y Rhys le colocó detrás la almohada de nube. Noté que la tocaba con delicadeza.

—Ya está —dijo—. Ahora, recuéstate.

—¡La traspasaré! —protestó ella. Apoyó la espalda con cautela mientras fulminaba a Rhys con la mirada. De pronto, su expresión de desconfianza se esfumó—. La verdad es que así estoy un poquito mejor.

—¡Ver para creer! —exclamó Milton.

Me eché a reír y dije sin pensar:

—La almohada no se pondrá a llover, ¿verdad?

Rhys prorrumpió en carcajadas.

—¡A llover! Nunca se me había ocurrido. Lluvia de almohada. —Negó con la cabeza, sin dejar de reír—. No lloverá, y Trina tendrá sueños maravillosos.

Trina suspiró profundamente y cerró los ojos.

—Creo que voy a echar un sueñecito.

Yo no quería que echara un sueñecito. Quería que me escuchase, así que apelé a Milton.

—Trina debería luchar contra la Fiebre Gris, ¿verdad?

—No le haría daño intentarlo, pero ahora debe dormir. Mañana no podrá descansar mucho. —Sin duda percibió el desconcierto en mi cara, pues añadió—: Mañana, uno de los carruajes de vuestro padre la llevará a casa con su familia. — Remetió el borde de la manta bajo el colchón—. Trina, reflexionarás sobre las sugerencias de su alteza mañana en el carruaje, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, sin abrir los ojos. «Algo es algo —pensé—, pero me hubiera gustado introducirme en sus dulces sueños de nube para convencerla».

Rhys salió de la habitación conmigo y juntos enfilamos el corredor.

—Alteza, veo vuestros bellos bordados por doquier en el castillo. Me alegro enormemente de conocer a la artista.

—Gracias —murmuré—. No son muy buenos.

—Al contrario, son excelentes.

Noté que me sonrojaba. No dije nada, y los dos guardamos silencio por unos instantes.

—Hacer almohadas de nubes es una de las primeras lecciones que aprenden los brujos —dijo al cabo de un rato.

Quería saber qué otras lecciones aprendían, pero no me atreví a preguntárselo, por timidez. Era un principiante, como todos nuestros brujos. Sabían volar, por supuesto.

Todos los brujos podían. Para completar su instrucción debían pasar cinco años al servicio de un rey, ejecutando encantamientos menores, realizando sencillos trucos con el tiempo y la lluvia y manteniendo el castillo libre de ratas. Si era capaz de ahuyentar a las ratas...

—Lamento lo de vuestra doncella —dijo Rhys, exhalando un suspiro—. Supongo que es un poco absurdo ponerse triste por alguien que apenas conozco, pero los brujos no enfermamos, ¿sabéis? Nunca nos encontramos mal. Por eso la enfermedad me parece algo trágico. —Aguardó a que yo dijese algo.

—Eh... Qué interesante.

Llegamos a las escaleras de piedra que descendían en espiral desde la torre hasta las plantas inferiores del castillo. Eran demasiado estrechas para que pudiéramos bajar uno al lado del otro, y Rhys tomó la delantera caballerosamente. Prosiguió la conversación, mirándome por encima de su hombro.

—Sí que es interesante. Es interesante lo diferentes que somos de otros seres... lo diferentes que somos de los humanos, y lo diferentes que son los humanos de los elfos, los elfos de los enanos y los enanos de los brujos. Es fascinante. —Esbozó una sonrisa y a continuación frunció el entrecejo—. ¿Os asusta convertirlos en víctima de la Fiebre Gris? Sacudí la cabeza. —Sois valiente, princesa Addie. Nadie hasta entonces me había llamado valiente. Me hizo sentir extraña, como una impostora, como si Rhys me hubiese confundido con Meryl.

—¿Crees que...? —titubeé y luego dije de corrido—: ¿Podrías librar el castillo de arañas? —Ahora ya no me consideraría valiente.

Se detuvo de pronto, y a punto estuve de chocar con él.

—Creo que puedo. —Hizo una pausa y luego asintió vigorosamente con la cabeza—. Por supuesto que puedo. —Volvió todo el cuerpo hacia mí—. Lo haré esta noche. Son unas bestezuelas desagradables, ¿verdad? —¡Así que tampoco le gustaban a él! Se dio la vuelta y continuó bajando las escaleras.

—Gracias —dije sonriéndole a su espalda.

Se detuvo y se volvió de nuevo.

—De nada. —Hizo una reverencia de lo más teatral, a pesar del reducido espacio de la escalera.

Correspondí a su zalema y reanudamos el camino. Al cabo de unos pasos, dijo por encima de su hombro:

—Si contamos en años de brujos, soy un poco mayor que vos, pero no mucho. Tengo setenta y ocho. Si fuese humano, tendría unos diecisiete.

¡Diecisiete a los setenta y ocho! ¿Cuántos años vivían?

—Envidio a los niños humanos. Aprendéis todo lo que os hace falta muy rápidamente. Nosotros podemos hablar e incluso volar cuando nacemos, pero, aparte de eso, aprendemos a un ritmo tan lento que resulta casi insoportable.

Cuando llegamos al pie de las escaleras, se inclinó de nuevo.

—Y ahora debo dejaros. Espero que volvamos a hablar pronto.

¡Yo también lo esperaba!

Bella estaba haciendo ganchillo a solas en mis aposentos. Me puse a bordar, pero me costaba concentrarme. Mis pensamientos vagaban entre Trina, Rhys y las arañas.

Media hora después, Meryl regresó de su entrenamiento con la espada. Se quedó de pie detrás de mí, observando mi bordado.

—¡Me gusta! —rió—. ¿Cómo se te ocurrió?

Por lo general bordaba escenas de la vida de Drualdo, pero en esta ocasión estaba trabajando en la imagen de una de las numerosas gárgolas que adornaban el castillo de Bamarre. El resto de la fortaleza aparecía al fondo, con sus muros coralinos, sus torres de tejado azul, sus estrechas ventanas superiores y sus arcos ojivales entre torres contrafuertes.

En primer término, la gárgola representaba la cabeza de un grifo de ojos fieros y desorbitados que sujetaba cruelmente un hueso en el pico. Junto a él se cernía un grifo de verdad, atónito, con el pico abierto de par en par. El monstruo auténtico tenía un aspecto mucho menos amenazador que su réplica en piedra.

—No sé cómo se me ocurrió —respondí, aunque lo cierto es que sí lo sabía. Me había imaginado aquella escena para reconfortarme, con la intención de amansar por lo menos a un monstruo. Decidí cambiar de tema.

—¿Ha sobrevivido alguien que haya pillado la Fiebre Gris? —le pregunté.

—De vez en cuando llegan a oídos de vuestro padre noticias de curaciones —contestó Bella—, pero siempre resulta que el enfermo no tenía la Fiebre Gris.

—¿Crees que las hadas podrían curar a Trina? —inquirí.

—No tengo idea.

—¡Bella! —le reprochó Meryl—. Desde luego que las hadas pueden curar la Fiebre Gris. Lo pueden todo. —Tomó su grueso libro sobre batallas contra monstruos y se sentó en la silla dorada que nos servía de trono.

Hacía cientos de años que ningún humano avistaba un hada. Se creía que se

habían retirado a su hogar, situado en la cima del invisible monte Ziriát. De vez en cuando todavía visitaban a los elfos, los brujos y los enanos, pero nunca a los humanos. Todos coincidían en echarlas mucho de menos. Antiguamente teníamos hados padrinos y hadas madrinas. Conocían nuestras cualidades más positivas mejor que nadie y nos infundían ánimos cuando surgía algún problema. Se hablaba de hadas en el *Drualdo*, y se contaba que el mismísimo héroe las había visitado en el monte Ziriát, convirtiéndose en el primer humano en merecer tal honor.

—Algún día encontraré a las hadas y las convenceré de que vuelvan con nosotros —aseguró Meryl—. Si para entonces no he dado con el remedio, se lo pediré a ellas. —Pasó una página del libro—. Addie... ¿te gustaría que las buscase ahora para que salven a Trina?

El corazón me dio un vuelco. ¡No! No quería que las buscase. No quería que se marchase a ningún sitio.

—¡Buscar hadas! —estalló Bella—. Eres una princesa, no un caballero ni un soldado. ¡Una princesa!

—¿Quieres que lo haga, Addie?

—No —dije rápidamente—. Creo que Trina se salvará sola. Ha prometido que tendrá en cuenta mi método. —Y añadí en voz baja—: Además, no puedes irte. Aún no me he casado. Tenemos un acuerdo.

Esa noche, después de la cena, volví a la alcoba de Trina, pero ella estaba durmiendo y Milton no me permitió despertarla. A la mañana siguiente, antes de que me levantara, un carruaje se la llevó del castillo de Bamarre.

Pensé mucho en ella durante las semanas siguientes. Me convencí de que debía de estar plantando cara a la Fiebre Gris. Quizá dudaría un poco al principio, pero conforme se debilitase empezaría a asustarse y entonces se pondría a luchar. La imaginaba esforzándose por ponerse en pie y andar, por salir al aire libre. La imaginaba disfrutando de su recobrada salud.

También pensaba mucho en Rhys. Había cumplido su promesa, y ya no me había encontrado con más arañas. Me sentía agradecida cada vez que entraba sin vacilar en una habitación o caminaba confiadamente por un pasillo. Le hablé a Meryl de la erradicación de las arañas, y ella se alegró mucho por mí, pero Rhys le interesaba poco porque no montaba a caballo ni portaba espada.

Me preguntaba cómo habría realizado Rhys el milagro de las arañas y el truco de la nube. Sabía muy poco sobre brujos aunque, por supuesto, estaba al tanto de su espectacular nacimiento. Nacían cuando un rayo alcanzaba el mármol, fenómeno muy poco frecuente. No tenían padres ni hermanos.

Las personas lo bastante adineradas como para permitirse el mármol dejaban una losa de este material a la intemperie durante las tormentas con la esperanza de presenciar un nacimiento. Padre siempre colocaba fuera nuestro trozo de mármol, pero nunca tuvimos suerte.

Cuando se producía un nacimiento, el rayo y el mármol engendraban una llama que crecía y se abría como una rosa, pero mucho más deprisa. Dentro de la llama aparecía el brujo, totalmente desarrollado, resplandeciente aún, con su desnudez cubierta por una envoltura brillante.

El recién nacido miraba en torno a sí y luego dirigía la vista a su interior. Al descubrir su naturaleza, un arrebató de júbilo lo hacía salir disparado hacia el cielo tormentoso, entre una lluvia de chispas. La envoltura se le quemaba debido a la velocidad de su vuelo, pero un rescoldo de la llama que le había dado vida ardería en su pecho hasta su muerte.

Eso era todo lo que sabía. Para aprender más, fui a la biblioteca y consulté la entrada sobre los magos en el *Libro de los seres*. Después de la descripción de su nacimiento, decía:

Esperanza de vida del brujo: Los brujos sólo necesitan aire para vivir. Pueden comer y beber por placer, pero no les es necesario. Son incapaces de dormir. Aunque nunca se ponen enfermos, pueden morir por muchas de las causas por las que fallecen los humanos: por accidente, por asesinato o en una

guerra. Sin embargo, si no media desastre alguno, su llama se extingue transcurridos quinientos años, y mueren. Pasan sus primeros doscientos años como aprendices, viviendo en el mundo exterior. Al final de ese período se convierten en oficiales y se retiran a su ciudadela, de donde rara vez vuelven a salir.

Aspecto: Su rasgo más característico es la blancura de sus pestañas. Todos los brujos, tanto varones como hembras, ya sean jóvenes o viejos, tienen cabello negro y ondulado. Los individuos de esta especie tienden a ser altos: la estatura media de un varón es de un metro con ochenta y siete centímetros. Todos poseen dedos largos y afilados, así como cuellos estilizados y gráciles. Entre ellos no hay dos rostros iguales, pues presentan la misma variedad de rasgos que se aprecia en los seres humanos. Los brujos que no han alcanzado la madurez tienen el semblante franco y terso de la juventud.

Temperamento y relaciones con los humanos: No puede decirse que los brujos sean buenos o malos. Ha habido algunos héroes y algunos villanos entre ellos, pero el carácter de la mayoría, como en el caso de los seres humanos, se compone de una mezcla de cualidades y defectos.

Aunque por lo común demuestran indiferencia hacia los humanos, algunos jóvenes atraviesan una fase de intenso interés que siempre se extingue cuando termina su período de aprendizaje. Los brujos se casan en muy raras ocasiones, y nunca entre sí.

Se han celebrado unos cuantos matrimonios entre brujos y humanos, y varios niños han nacido como fruto de dichos enlaces.

El artículo finalizaba en este punto, así que cerré el libro de golpe. No explicaba toda la magia que los brujos eran capaces de hacer, qué conocimientos asimilaban en su etapa de aprendizaje, qué sucedía en su ciudadela, ni siquiera cuántos brujos había.

Volví a hablar con Rhys, pero no a menudo. Padre lo enviaba con frecuencia a lugares remotos para que ayudase a los granjeros con el tiempo y lo mantuviese informado sobre los estragos causados por monstruos.

Me topé varias veces con Rhys en los corredores del castillo. Entonces, charlábamos, y en una ocasión me habló de una feria de Dettford donde un artista había bailado una giga sobre la cabeza de diez aldeanos que reían tan fuerte que a duras penas se aguantaban de pie. En otro momento me describió un tapiz que había en el castillo de un conde y que representaba el encuentro entre el rey Wilardo y el espectro que predijo el hallazgo de un remedio para la Fiebre Gris. Comentó que el tapiz era casi tan primoroso como mis bordados.

No obstante, nunca me buscaba. Donde lo veía con más frecuencia era en el salón de banquetes, a la hora de la cena. Con su atuendo de pavo real, resultaba difícil pasarlo por alto.

Era muy diferente de mí. Tenía una actitud teatral. Sonreía con frecuencia, fruncía

el entrecejo con soltura y se reía con espontaneidad y desenfadado, echando la cabeza hacia atrás y sacudiendo los hombros.

En una ocasión lo vi volar. Me encontraba en mi asiento de ventana, haciendo un bosquejo. Era un día gris, y una tenue neblina había descendido sobre el castillo. Rhys se hallaba en el patio con mi padre, conversando. Padre le leyó algo del *Libro de las verdades hogareñas*, de donde sacaba todos los refranes que citaba constantemente. A continuación cerró el libro y alzó la mano en señal de despedida. Rhys se elevó sin esfuerzo, como el humo. Desde unos pocos metros de altura hizo una reverencia a padre y, acto seguido, se alejó volando de espaldas. Como ya empezaba a conocerlo, sospeché que intentaba lucirse. Me pregunté si sería consciente de que lo estaba mirando.

Antes de conocer a Rhys, había estado enamorada de Drualdo durante años. Solía dormirme imaginando que me encontraba con él. En estas fantasías le desgranaba mi larga lista de miedos y él me reconfortaba y me narraba sus aventuras.

Sin embargo, ahora me imaginaba encuentros con Rhys. A él no le revelaba mis miedos, pues quería que se llevase una buena impresión de mí. En cambio le hablaba de mis bocetos y mis bordados, y él me contaba sus experiencias vividas en Bamarre.

Siempre, en algún momento, me aseguraba que le encantaba hablar conmigo, y entonces yo me sonrojaba y balbucía que a mí también me gustaba hablar con él.

Nunca me había encaprichado de alguien que estuviese vivo, de un ser de carne y hueso. No obstante, encapricharse de Rhys era tan insensato como encapricharse de un héroe legendario. Yo era todavía una niña, y Rhys era un brujo.

Cuando yo tenía dieciséis años, mi padre empezó a construir un ala nueva del castillo de Bamarre, y para ello a menudo requería los servicios de Rhys a fin de enderezar paredes y evitar que las piedras cayesen encima de los albañiles.

La ventana de la sala que había sido nuestro cuarto de juegos daba a las obras.

Siempre que tenía tiempo, me sentaba allí con mi bordado para observar. En una ocasión, Rhys me saludó con la mano al verme.

Una semana después movió cielo y tierra para encontrarme (y para encontrar a Meryl y a Bella también). Se apostó en el jardín, en el camino que tomábamos en nuestros paseos de las tardes.

Los lirios se hallaban en flor, y yo estaba pensando en hacer un bosquejo de ellos cuando enfilamos el sendero de los rosales. Allí estaba Rhys, sentado en un banco, con la cabeza echada hacia atrás, aspirando tan profundamente el aire perfumado que vi su pecho subir y bajar. Se levantó de un salto, y noté que Bella se ponía rígida.

Consideraba forasteros a los brujos y desconfiaba de ellos. Cuando nos acercamos, Rhys se inclinó respetuosamente.

—Princesas, doña Bella... —saludó. Lucía un jubón con rayas verdes y azules, y espuelas doradas en las botas.

Las tres hicimos una reverencia.

—Si me permitís, tengo unos presentes para vosotras. —Recogió algo del banco:

una espada en una vaina de plata. Se arrodilló para entregársela a Meryl—. Tengo entendido que os gusta la esgrima, alteza.

Ella tomó la espada y la desenvainó.

—Es preciosa. —La sostuvo de modo que yo pudiese verla—. ¿A que es magnífica?

Lo era, pero no me gustó. Ella no necesitaba una espada, por lo menos mientras yo siguiese soltera. Debió de notar algo en mi expresión, porque me tocó el hombro y susurró:

—Deja de preocuparte, Addie. —Acto seguido, se puso a practicar esgrima con un rosal—. Tomad esto, rosas cobardes. Tomad esto. —Simulaba golpes y estocadas, manejando la espada con soltura y movimientos tan elegantes como los de una bailarina.

—Meryl, las princesas no... —comenzó Bella.

—¿Has visto cómo refleja la luz del sol? Espada, te bautizo como *Muerdesangre*. —Así se llamaba el acero de Drualdo—. Siempre he anhelado una espada, pero... —Levantó la vista hacia Rhys—. ¿Cómo lo has sabido?

—Me cuentan que os han visto ejercitándoos con una espada de madera —respondió él con una sonrisa.

—Gracias. La guardaré como un tesoro y haré buen uso de ella.

«¡No hagas uso de ella!», pensé.

—También tengo algo para vos, doña Bella. —Rhys se llevó la mano a una bolsa que llevaba al cinto.

—No puedo aceptar... —Su voz perdió firmeza cuando Rhys sacó un objeto que yo jamás había visto. Meryl dejó la esgrima y se acercó a mirar.

Era del tamaño de mi mano, de un blanco perlado con tonos rosados y azules; tenía un extremo ancho y se adelgazaba hasta acabar en punta.

—¿Es...? —preguntó Bella sin aliento.

—Sí, la escama de la cola de un dragón.

Bella extendió la mano para cogerla.

—Tened cuidado, es muy puntiaguda.

—¿Mataste tú al dragón? —inquirió Meryl en un tono bajo y reverencial.

—Gracias, Rhys —dijo Bella tomando la escama por el extremo ancho y haciendo una zalema.

—No —respondió él, al tiempo que correspondía a la reverencia de Bella—. No maté al dragón. La escama procede de la ciudadela de los brujos, donde guardamos muchos objetos maravillosos.

—¿Puedo tocarla? —pregunté, esperando que también tuviese algo para mí.

Bella me la alargó. Resultaba tibia al tacto, y tan seca que parecía absorber la humedad de mi dedo.

—¿Tiene algún poder? —quiso saber Meryl. Bella abrió la boca para contestar, pero Rhys se le adelantó.

—Tiene múltiples usos, princesa Meryl. Si la sujetáis en un día frío, os dará calor. Si la colocáis sobre la repisa de la chimenea, los ratones y las ratas se mantendrán alejados del hogar. Si la hervís en una olla, obtendréis un caldo sabroso, picante y ligeramente amargo. Si después la sacáis de la olla y la dejáis secar, os servirá como un excelente abrecartas. —Se inclinó una vez más.

Bella guardó la escama en su bolsa de mano con sumo cuidado.

—Y lo mejor —terció Meryl— es que el dragón al que pertenecía esa escama está muerto. Eso es lo mejor de todo. —Y echó a andar hacia el castillo, embistiendo y dando estocadas al caminar. Nosotros la seguimos.

—Ten cuidado —le advirtió Bella, y se alejó de mi lado a toda prisa en pos de Meryl.

Rhys avanzaba junto a mí.

—Tengo un obsequio para vos también, princesa Addie.

Sacudí la cabeza, avergonzada por haber deseado uno.

Metió la mano en un bolsillo de su jubón y sacó una bola lisa de madera no mucho más grande que una cáscara de nuez. Advertí que una fina juntura la recorría por el medio.

—Esto es más de lo que parece. —Desenroscó la bola y la abrió en dos mitades. Del interior salieron metros y metros de tela de color azul intenso, tan increíblemente fina que cabía en un recipiente tan pequeño. Me la pasó para que la tocara. Era suave como el aliento de un gatito—. Fijaos en eso —señaló.

En una esquina de la tela estaba ensartada la aguja más delgada que yo había visto en mi vida. Alcé la vista hacia él. Sonreía y, cuando nuestras miradas se encontraron, su sonrisa se ensanchó. Parecía de lo más satisfecho, como si yo le hubiese hecho un regalo a él. Enrolló la tela en torno a su dedo y la guardó de nuevo dentro de la bola de madera.

—Tomad.

La cogí, imaginando ya lo que bordaría en ella. Una escena en un bosque iluminado por la Luna... Drualdo con un espectro...

—Gracias. —No bastaba con eso—. Intentaré hacerla más bella. —Alargué el brazo y le acaricié la mejilla. Al sentir el calor de su piel, retiré la mano.

—Vamos, Addie —me llamó Bella.

—Debo irme. —Corrí a su encuentro, apenada por marcharme y aliviada por alejarme.

En nuestra sala, les mostré el regalo a Meryl y Bella.

—Rhys me cae bien —comentó Meryl—. Es el mejor brujo que ha tenido papá.

—A mí también me cae bien —murmuré.

—Deberíamos regalarle algo a cambio —agregó.

—Es cuestión de elemental cortesía —coincidió Bella—. Escogeré uno de mis pañitos para él.

—Quizá le guste esa funda de cojín que terminé la semana pasada —dije, encantada—. ¿Creéis que los brujos usan cojines?

—¿Qué podría darle yo? —Sus puntadas más bien semejaban nudos enmarañados.

—Podrías recitarle algo —sugerí. Sus recitaciones eran magistrales. Cuando declamaba en nuestra sala, los cojines del sofá se mullían, las sillas enderezaban el respaldo y la mesa se hacía un par de centímetros más alta.

Esa noche, Meryl abordó a Rhys en el salón de banquetes. Acordaron que los tres nos veríamos tres días después, el jueves. Yo estaba deseando que llegara ese momento. Quería que Rhys y Meryl se conociesen mejor para que los tres fuésemos amigos.

El martes Bella no pudo impartirnos nuestra clase debido a uno de sus dolores de cabeza. Meryl aprovechó la oportunidad y me convenció de que cabalgase con ella hasta el lago Orrinic.

Rara vez me aventuraba más allá de los campos que circundaban el castillo de Bamarre, pero el lago se hallaba a tan sólo ocho kilómetros, y ningún monstruo se había acercado tanto. Tenía muchas ganas de ir porque quería vistas nuevas para mis bordados, y el lago Orrinic bañaba un terreno cubierto de pinos, al pie de un acantilado.

Era un día soleado y caluroso. Tendimos una manta en la orilla.

—Me voy a explorar. —Meryl apuntó a una cueva del acantilado, blandiendo a *Muerdesangre*—. Quizá los murciélagos sepan de esgrima.

Cuando se hubo marchado, me puse a bosquejar un episodio del *Drualdo*. En mi dibujo el paladín se erguía encima de una roca que sobresalía del lago Orrinic, luchando contra una bandada de grifos. El aire estaba repleto de plumas, y Drualdo reía mientras peleaba. Uno de los grifos tenía un ala herida y, sobre el ojo, un corte del que manaba sangre.

A veces mis imágenes cruentas y brutales incomodaban a Meryl, pero a mí no me afectaban. Presenciar una batalla auténtica contra un monstruo me habría matado de miedo, pero esos combates pintados o bordados sólo me proporcionaban placer.

Mientras dibujaba me olvidé de todo, pero al terminar empecé a preocuparme por Meryl. Para entonces, ya debía haber salido de la cueva. Corrí hasta la entrada y la llamé. No obtuve más respuesta que el eco de mi voz. Di unos pasos hacia el interior

y alcancé a distinguir los huesos de una ardilla muerta que yacían en la sombra, a unos metros de distancia.

Una galería se adentraba en la cueva. Esperaba que Meryl no se hubiese metido allí a explorar. La llamé a gritos de nuevo. El eco resonó, desalentador. Retrocedí, diciéndome que seguramente ella había salido de allí.

Me encaminé a toda prisa hacia el pinar, el único sitio donde ella podía estar. Los árboles se erguían enormes; algunos eran más altos que las almenas de nuestro castillo. Me quedé en el borde del bosque, echando un vistazo hacia dentro y sintiéndome pequeña como una peca. No veía nada que se moviese ni oía sonido alguno. El silencio me atemorizaba. Me parecía precario, como si estuviese conteniendo el aliento, esperando.

«Meryl está bien», me dije, y eché a andar de regreso hacia el lago, preguntándome si debía correr a casa y volver con guardias para buscarla en la cueva y en el bosque.

—¡Señora!

Me volví. Un niño surgió de las sombras, a varios metros de mí, entre los árboles.

—¡Señora! —Corrió hacia mí e hizo una torpe reverencia. Debía de tener unos seis años, llevaba unos pantalones desgarrados y una camisa sucia. Era un crío gracioso, con un rostro dulce y regordete. Su cabello se rizaba en tirabuzones ambarinos y estaba despeinado en la coronilla, como si se hubiese enganchado en unas zarzas. Me pregunté qué estaría haciendo en el bosque. Quizá su padre era leñador.

—¿Sois vos la otra princesa? ¿La princesa...? —Sacudió la cabeza—. Lo he olvidado.

—¿Has visto a mi hermana? —El corazón me latía con fuerza.

—¿Cómo os llamáis? Me ha obligado a prometerle que...

—Soy la princesa Adelina, Addie. Y ahora, contéstame. —Se le formaron hoyuelos al sonreír.

—Me ha dicho que...

—Dime, ¿está bien?

Asintió con la cabeza.

—Quiere que vengáis. Ha encontrado algo. Dice que debéis verlo.

—¿De qué se trata? —Gracias a Dios que estaba bien. Se le formaron hoyuelos de nuevo al sonreír.

—No debo decíroslo.

El bosque ya no me dio tanto miedo. Meryl jamás habría enviado a alguien a buscarme si hubiese algún peligro. ¡Me alegraba tanto de saber dónde estaba!

El muchacho me tendió la mano, y la tomé. Estaba húmeda y sorprendentemente fría, teniendo en cuenta el calor que hacía. Comenzó a hablar, conduciéndome resueltamente de la mano. Le sonreí. Había visto a Meryl haciendo algo, aunque no quiso especificar qué, y ella le había pagado para que me encontrase. Abrió la otra

mano y me mostró una moneda de plata.

—Voy a comprar pan de jengibre.

Avanzamos unos pasos hacia el interior del bosque. Las agujas de pino conformaban una suave alfombra bajo nuestros pies. Me detuve de golpe. Allí podía haber arañas. El niño me miró con curiosidad. Meryl no me habría mandado llamar si allí hubiese arañas. Eso no se le olvidaría.

—¿Está muy lejos?

—No mucho. Quizás a medio...

Una piedra le golpeó detrás de la oreja, y advertí que sangraba. Los dos nos dimos la vuelta. Meryl corría en dirección a nosotros desde las cercanías de la cueva.

¡Meryl! Pero si se hallaba en el bosque... ¿cómo podía estar aquí?

Se detenía cada pocos pasos para recoger una piedra y lanzarla. Con la mano izquierda blandía a *Muerdesangre*.

Un guijarro le dio al niño en la frente, que también empezó a sangrar. El chico se puso a llorar.

—¡Meryl! ¿Qué haces? ¡Para! —Con mi mano libre encontré mi pañuelo y le restañé la herida de la frente.

—¡Suéltalo, Addie!

¡Era sólo un niño! Aun así, dejé caer su mano. Meryl nos alcanzó y apuntó al niño con la espada. Sus gemidos se hicieron más agudos. Yo deseaba abrazarlo y consolarlo. ¿Qué estaba haciendo Meryl?

—¡Aléjate de mi hermana! ¡No te apoderarás de ella!

El niño dejó de llorar y soltó una risita malévol. Entonces cambió. Se volvió translúcido. Podía ver los árboles a través de su boca abierta y carcajeante.

¡Un espectro! Reculé, atónita. Empezó a desvanecerse.

—¡Detente, monstruo! —dijo Meryl—. Te lo ordeno.

La cara del espectro se materializó de nuevo, pero su cuerpo conservó su aspecto fantasmal, transparente. Me estremecí. ¡Tenía un monstruo justo enfrente!

—Dime —le exigió Meryl—, ¿cuándo comenzarán mis aventuras?

El espectro continuó riendo, y entonces atisbé su maldad.

—Acabas de vivir tu primera aventura, así que ya han comenzado. Sin embargo, la próxima no será como esperas. —Soltó una risotada más fuerte y empezó a disiparse de nuevo.

—¿Y cuándo ocurrirá eso?

—Sólo una pregunta. —Con una última y estentórea carcajada, desapareció del todo.

—¡Oh, Meryl! —Me habría ido con él. Me habría perdido para siempre. Habría estado condenada a vagar hasta morir de hambre o de desesperación—. ¿Cómo lo has sabido?

—Era demasiado hermoso, así que me puse a pensar en cómo habría llegado aquí. Cuando me acerqué, noté que no dejaba huellas.

Aunque estaba asustada, me entraron ganas de llorar por la desaparición de un crío tan encantador. Me habría matado, pero yo estaba triste por haberlo perdido. Eso sí que era poder. Temblaba sin parar.

—¿Lo ves, Addie? —señaló Meryl, acuclillándose.

Eché una ojeada. El suelo que bordeaba el bosque era blando y húmedo. Había unas cuantas pisadas mías y de Meryl, pero ni una sola del chico, del espectro.

—¿A qué supones que se refería con eso de mi próxima aventura?

Sacudí la cabeza sin dejar de temblar. Se refería a algo horrible, de eso estaba segura.

—Podría haberme dicho cuándo —gruñó Meryl—. En realidad eso formaba parte de la misma pregunta.

—Ya sabes cuándo —susurré—. Después de mi boda.

Entonces, en mi fuero interno, juré que jamás me casaría. Bamarre sería un lugar muy peligroso sin Meryl.

Pasé el resto del día temblando y con ganas de llorar. Menos mal que los espectros nunca entran en las casas, pues de lo contrario habría sospechado de cualquier elfo o sirviente que no conociese bien.

No perdía de vista a Meryl en ningún momento, y al anochecer ya estaba de mal humor conmigo. Nos encontrábamos en nuestra sala, y ella intentaba desarrollar una estrategia de batalla para una compañía de cuarenta caballeros contra una manada de siete ogros. Yo estaba acariciando distraídamente la tela de Rhys, sobre mi regazo.

—¡Deja de preocuparte, Addie! No puedo concentrarme.

—No estoy haciendo nada.

—A cada rato te estremeces y luego me miras.

El mero hecho de verla me tranquilizaba. Observaba su perfil, su mandíbula cuadrada y firme, su nariz respingona. Estaba inclinada sobre nuestra mesita, marcando con el pie un ritmo sobre la alfombra trenzada. Junto al codo tenía una lámpara de aceite, y alcancé a distinguir una mancha de tinta en sus nudillos y en la manga. Sus vestidos daban auténticos dolores de cabeza a las lavanderas.

—Tengo que resolver esto. Escucha, Addie. —Levantó la vista—. Si el terreno es escabroso y los ogros arrojan piedras, ¿qué deben hacer los caballeros para defenderse?

—¿Huir al galope?

—Sabía que no debía preguntártelo. —Se inclinó de nuevo sobre su cuaderno.

Para el jueves mis temores se habían mitigado, desplazados por la emoción de darle a Rhys su regalo. Lo único que me preocupaba era que lloviese. Pero eso no sucedió, aunque estuvo nublado todo el día.

Cuando llegamos al jardín, él ya se encontraba allí. Escondí el cojín detrás de la espalda para que no lo viese. Corrió hacia nosotras e hizo una reverencia.

—Doña Bella, princesas, estoy tan...

—Tenemos regalos para ti, Rhys —aseguró Meryl con una reverencia.

—No deseo... —dijo él, retrocediendo un paso.

—Es posible que haya una ley que prohíba rechazar un regalo real —señaló Meryl.

—Por favor, no discutáis —les rogué.

—Yo no... —titubeó él, sorprendido. Luego hizo otra zalema—. Será un honor para mí recibir vuestros regalos.

—Tú primero, Bella —dijo Meryl. Nuestra aya entregó a Rhys su pañito y se quedó rígida, aguardando.

—Es tan intrincado... —comentó él, sosteniendo el pañito en las manos abiertas.

Bella sonrió con petulancia.

—Lo guardaré como oro en paño, doña Bella. —Lo plegó con extremo cuidado y lo metió en la bolsa que llevaba al cinto.

Yo le alargué mi obsequio. Nunca me había sentido tan cohibida.

—Espero que te guste.

Contempló el cojín.

—Es una escena del *Drualdo*, ¿verdad? Se le ve mucho más pequeño que los ogros, pero aun así se nota que va a vencerlos, por su postura, por la confianza que muestra. —Alzó la mirada—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué contestarle.

—¡Y la expresión de ese ogro! —rió Rhys—. Denota imbecilidad, ira y malicia al mismo tiempo. Sois una hechicera de la aguja y el hilo, princesa Addie.

—Sí, es mágico —convino Meryl.

—Su alteza es una costurera consumada —aseveró Bella con decoro.

Los tres me sonrieron.

—Ahora le toca a Meryl —dije, incómoda por acaparar toda la atención.

—Aquí no —repuso. Nos hallábamos en el sendero más transitado del jardín—. Vayamos al viejo patio.

Asentí con un gesto de la cabeza. Allí nadie nos molestaría. Meryl encabezó la marcha, hablando por encima del hombro.

—Voy a recitarte algo. Se me da muy bien.

—Es muy buena —musité.

El patio viejo estaba en la parte norte del castillo, rodeado de parras. Crecían hierbajos entre las baldosas agrietadas, y la fuente ya no borboteaba. El banco de madera, que había estado pintado en otro tiempo, ahora era gris.

Meryl se apostó delante de la fuente. Rhys me indicó con un gesto que me sentase en el banco. Bella tomó asiento junto a mí, y él permaneció de pie al otro lado. Percibía su presencia todo el tiempo mientras Meryl hablaba.

—Os narraré la batalla de Drualdo con el dragón Yune. Primero se nos presenta el dragón y luego Drualdo, que ya ha aparecido previamente. —Respiró a fondo y comenzó.

*Aliento de fuego,
dientes feroces, saliva volcánica,
vientre mórbido
bordeado de púas vivientes con
veneno en la punta;
alas correosas, piel cubierta de escamas,
cola restallante.*

*Paciente, implacable
como la arena del desierto árido,
este dragón, Yune,
inflige la muerte*

con amargos bocados.

Meryl dominaba la entonación y los gestos tradicionales de la declamación bamarra.

Su voz mordía a la vez que los dientes del dragón y restallaba a la par que su cola. Era como si se transformase en el dragón. Al mencionar el vientre de Yune, incluso sacó la barriga y se la frotó.

—Ahora el poema habla de Drualdo:

*Nada de escamas ni cola restallante,
ni aliento de fuego.*

*Sólo un rostro fulgurante,
faro de batalla,
destello en los ojos
al posarse en monstruos
y también en niños.*

*Sólo un hombre riente,
el hombre más alto,
Drualdo, el guerrero.*

»Volvemos al dragón:

*El tesoro de Yune:
huesos de héroes,
roídos y blancos;
huesos de doncellas,
calcinados y negros;
diademas de rubíes;
coronas con gemas;
zapatillas de oro.*

*El tesoro de Yune
se yergue alto como una torre.*

»Y de nuevo a Drualdo:

*El ejército que a Drualdo acompaña:
Obstinado, el corcel.*

*Sacasangre, la daga que Drualdo porta;
Muerdesangre, la espada que Drualdo empuña;
sus robustas piernas,
Puntal y Compañía.*

*Sus poderosos brazos,
Defensor el uno y Atacante el otro;
el ejército que a Drualdo acompaña,
vigor y acero.*

Meryl estaba realizando una interpretación fascinante. Nunca había estado mejor.

La introducción se prolongó unos minutos más, seguida por el desafío de Drualdo y la réplica burlona de Yune. Héroe y monstruo se enfrentaban en el desierto que rodeaba la cueva de Yune.

*Yune exhaló un vapor
caliente y espeso,
acre como hiel.*

*La nube envolvió
al ejército entero de Drualdo.*

*Dentro de la nube
trastabilló Obstinado,
presa de la asfixia.*

Con los cascos batía la humareda.

*Drualdo, el riente,
oyó reír a Yune.*

¡Y alzó a Muerdesangre!

*Con un blanco fulgor, la espada abrió
una abertura para el sol, un túnel
hacia el aire puro
e, inadvertido,
hacia el dragón.*

A mi lado, Bella movía los labios articulando en silencio las palabras que pronunciaba Meryl. Miré furtivamente a Rhys. Estaba inclinado hacia delante, prestando mucha atención, asintiendo con la cabeza conforme Meryl hablaba.

Ella prosiguió con el poema. Drualdo se ocultaba tras la nube para meterse sigilosamente bajo el ala de Yune y asestarle una puñalada en el vientre. Se

enzarzaban en una larga lucha y ambos resultaban heridos. Entonces la balanza se inclinaba en contra de Drualdo. Derribado del caballo, un golpe le arrancaba a *Muerdesangre* de la mano. Antes de que pudiese recuperar la espada, las llamas de Yune la fundían.

Meryl palideció, y me pareció que se estremecía. «Se está agotando», pensé, sin entender muy bien por qué. Sin embargo, su voz permanecía firme, más profunda y sonora que de costumbre.

Drualdo sabía que sólo su ingenio lo salvaría. Arrancó a correr hacia el tesoro de Yune, con el fuego lamiéndole los talones, y se hundió en él. Yune se tragó las llamas, pues no deseaba dañar sus riquezas. Empezó a revolver entre el montón de huesos y joyas con la pata, buscando a Drualdo.

*En aquel tesoro
mohoso y dañino,
la mano de Drualdo
encontró la espada
de Arkule, el héroe,
muerto hacía tiempo.*

*Yune removía con las garras
aquella pila putrefacta
y apunto estuvo de sacar a Drualdo
el ojo derecho.*

*La zarpa halló en cambio
el hombro abrasado.*

*El dragón soltó un alarido de triunfo:
«¡Ahora eres mío!
Estás a mi merced y puedo quemarte,
acabar contigo».*

*Levantó a Drualdo,
que, mientras subía,
directo a su muerte,
hincó a Sacasangre
en la piel de Yune
y clavó...*

Meryl se interrumpió, jadeando y llevándose una mano a un costado. Bella y yo nos levantamos de golpe. Rhys avanzó un paso hacia ella.

—Estoy bien —aseguró Meryl, alzando una mano.

... y clavó la larga
y antigua espada del difunto Arkule
en el pétreo corazón del dragón.

Así finalizó la declamación. Meryl se dispuso a hacer una reverencia, se tambaleó y a punto estuvo de caerse. Recuperó el equilibrio y completó su zalema. Acto seguido se irguió, sonriendo. Me pareció una sonrisa forzada, demasiado radiante para ser auténtica.

Rhys aplaudió con vehemencia, ostentosamente. Yo me puse de pie, dando palmas.

Bella aplaudía también, pero tenía el ceño fruncido. Las dos sabíamos que Meryl solía prolongar la recitación hasta el final de las estrofas sobre el dragón que describían la caída de Yune, cómo Drualdo se salva por muy poco de morir ahogado y el reencuentro con su caballo *Obstinado*. Siempre insistía en que la batalla no terminaba debidamente hasta que se hubiesen atado todos los cabos.

—¡Magistral, maravilloso! —Rhys no paraba de aplaudir—. Jamás había oído una interpretación tan buena.

—Gracias. —Meryl se dejó caer sobre el banco.

La expresión de entusiasmo de Rhys se transformó en un gesto de preocupación.

«Debe de estar resfriada», me dije, sentándome junto a ella.

—Deberías irte a descansar a tus aposentos —señaló Bella—. Hace tanto calor hoy... Estás agotada...

—No estoy cansada. Recitar siempre me infunde vigor, ya lo sabes. —Sin embargo, no se levantó. Por lo general, después de declamar estaba en condiciones de trepar árboles altos.

—Ahora me toca a mí entreteneros. —Rhys aún parecía inquieto—. Se supone que los aprendices no debemos, pero... —Esbozó una sonrisa de culpabilidad— ... no puedo resistirme. —Ocupó el lugar de Meryl frente a la fuente—. Esas nubes me servirán. —Sacó su varita dorada y la apuntó hacia arriba...

Al instante nos encontramos rodeados por una niebla tan densa que mis brazos se hundían en ella hasta los codos.

—No, no —oí decir a Rhys.

Se disipó la niebla, y una nubecilla compacta quedó flotando sobre la fuente. Un trueno, más tenue y agradable que los de las tormentas, brotó de la nube. No iba acompañado de un relámpago, pero tenía ritmo: tantarán, tantarán. La nube latía al compás de los truenos, como bailando.

Se me escapó una sonrisa. Meryl sonreía también, apoyada en mi hombro. Alcé la vista hacia Bella, cuyo semblante permanecía impasible. No resultaba tan sencillo ganársela.

Rhys levantó de nuevo la varita. Un mechón se desgajó de una nube y se cernió

en el aire junto a su compañera retumbante. Rhys apuntó con la varita a la segunda nube, que comenzó a ondear como si soplar un viento intenso. Se oían las ráfagas, primero alto, CHSSS, luego bajo, chsss, alto, CHSSS, bajo, chsss.

Tantarán CHSSS, tantarán chsss, tantarán CHSSS.

A continuación Rhys dirigió el extremo de la varita hacia la nubecilla. Ésta empezó a despedir gotas de lluvia que caían en las baldosas con un agudo martilleo metálico, un grave chapoteo húmedo y suaves golpes sordos que en conjunto producían una música alegre, absurda, borbollante.

Meryl y yo rompimos a reír, e incluso Bella sonreía. Me sorprendí moviéndome al ritmo de las nubes, y Meryl agitaba el dedo como dirigiéndolas.

Y entonces Rhys se puso a cantar, dándole un toque aún más absurdo a todo aquello, haciendo oscilar su voz por toda la escala, desde un agudo falsete hasta un bajo profundo.

—Gracias por mis regalos —cantaba—. Gracias, princesa Meryl, por declamar; y gracias, doña Bella, por el pañito; y gracias, princesa Addie, por el cojín. Gracias por ser mis nuevas amigas. —Alzó la varita y la música alcanzó un apoteósico *crescendo*.

Acto seguido, con un pase, envió las nubes de regreso hacia el cielo. Después se inclinó.

Le dedicamos una ovación, y yo aplaudí hasta que me dolieron las manos. Esperaba que Meryl lo colmase de elogios, pero guardó silencio.

—Ha sido encantador, ¿verdad, Meryl? —pregunté entonces.

Ella asintió con la cabeza, sonriendo, y después se puso en pie.

—Bella, estoy cansada, quisiera...

—Discúlpanos, Rhys. —Bella se puso en pie de un brinco y rodeó los hombros de Meryl con el brazo—. Debe de estar constipándose. El descanso la curará.

—Gracias por el espectáculo —dijo Meryl. Se despidió con una reverencia y dio media vuelta para marcharse. Yo me volví también.

—Esperad, princesa Addie —pidió Rhys—. ¿Podéis quedaros un rato más?

Sonrojada, hice un gesto afirmativo con la cabeza, curiosa por saber qué me diría.

Ellas se marcharon, pero él no dijo nada. Simplemente contemplamos cómo se alejaban en silencio. Cuando desaparecieron tras un sauce llorón, Rhys se volvió hacia mí y me percaté de que tenía los ojos llorosos.

—Algunos de vosotros mueren tan jóvenes... —Dirigió la vista al cielo—. He hablado de ello con Orne, mi maestro, pero él sólo me ha dicho: «Viven pocos años. Es su destino». —Rhys sacudió la cabeza—. No tiene compasión. Vuestra hermana... —Se interrumpió de nuevo—. Oh, princesa Addie, detesto tener que deciros que...

—¿Qué? —pregunté alzando la voz—. ¿Qué?

—Ha ocurrido hoy. Ayer no la tenía. Así es como sucede. La princesa Meryl... ha contraído la Fiebre Gris.

—¿Meryl? —Reí forzosamente—. Pero si esta mañana corría de sus aposentos al establo, y después hemos cabalgado durante horas.

—He visto demasiados casos... Vivía en una aldea...

¿Meryl, la Fiebre Gris? Ni hablar. Meryl no podía...

—Es imposible —repuse con serenidad—. No la conoces. Meryl es la última persona del mundo que pillaría la Fiebre Gris. Es muy fuerte. Se negaría a contraerla. —Subí el tono—. Además, ¿qué sabes tú? No eres un elfo. Ni siquiera eres...

—He visto a cientos de personas afectadas por esa enfermedad. —Me tomó de las manos, pero yo las aparté.

—No está enferma, ya lo verás. —Eché a correr hacia el castillo. No podía estar enferma. Encontraría a Milton, y él me diría que ella se encontraba bien.

En la botica había dos elfos que apenas conocía. Oí mencionar el nombre de Meryl, pero eso no significaba nada. Milton no estaba allí. Giré sobre los talones y seguí corriendo.

Bella se hallaba en el pasillo, llorando junto a la entrada a la alcoba de Meryl. Pasé por su lado a toda prisa y abrí la puerta.

Meryl, en camisón, estaba incorporada en la cama, con *Muerdesangre* sobre el regazo. Al verla sentí que me quitaban un enorme peso de encima. Tenía el aspecto de costumbre. Era la Meryl de siempre, con la única diferencia de que estaba en cama a media tarde.

Milton se encontraba colocando unas anémonas en un florero que descansaba sobre la mesita de noche. ¡Anémonas, las flores de los moribundos! Me abalancé sobre él y se las arrebaté de las manos.

—¡No las necesita! —Me acerqué a una ventana, la abrí con la manivela y arrojé las flores al exterior.

—Milton dice que tengo la Fiebre Gris.

Me volví y leí en sus ojos desorbitados que estaba aterrada. ¡Pero si Meryl nunca tenía miedo...! Corrí hacia ella.

—Milton se equivoca —aseguré, fulminándolo con la mirada—. La estás asustando. —A mí no me asustaba. Meryl no estaba enferma.

Milton alzó la vista. Tenía la expresión más triste que yo había visto en mi vida. Me senté en la cama y abracé a Meryl con fuerza.

—*Muerdesangre* me pesa mucho, Addie. —Le dio la vuelta sobre su regazo. ¡No podía pesarle tanto!

—Estás cansada, eso es todo. ¿Te duele algo?

Negó con la cabeza.

—Cuando Milton me ha dicho que tengo la Fiebre Gris, tampoco lo he creído y he ido a buscar a *Muerdesangre* para demostrarle que se equivocaba. Quería enseñarle cómo manejo la espada, pero apenas he podido bajarla de la repisa de la

chimenea. —Soltó una risa ahogada—. ¿Cómo voy a matar monstruos y a salvar el reino si ni siquiera puedo levantar la espada?

—Matarás monstruos —aseveré—. Matarás a cien monstruos. Aunque sea verdad que tienes la Fiebre Gris, lucharás y la vencerás.

Soltó otra carcajada, entrecortada por un sollozo.

—No era yo quien tenía que ponerse enferma. Yo era la que debía buscar el remedio, ¿recuerdas?

—Si luchas contra la enfermedad y la vences, habrás encontrado la cura —dije.

¿Cómo podía estar tan enferma? Observé su rostro, mas no logré averiguar qué pensaba. Por lo general lo descubría, pero ahora no fui capaz. Era imposible que padeciese la Fiebre Gris.

Una brisa cálida entró por la ventana abierta, acompañada por los gritos de los hijos de los criados que jugaban en el jardín.

—Addie —dijo Meryl—, esta mañana en el establo, antes de que bajaras, he sido muy severa con uno de los mozos de caballos. Sólo estaba demorándose un poco. Tú ni siquiera lo habrías reprendido. Si hubiese sido más amable con él... —Hizo una pausa y prosiguió—. Si hubiese sido más amable, ¿crees que la Fiebre Gris me habría dejado en paz?

Sacudí la cabeza, sin habla. Al fin, logré decir:

—No es culpa tuya que estés enferma. No es culpa tuya —repetí—, y además no tienes la Fiebre Gris.

Padre entró en la habitación con Rhys, seguido por Bella. Yo hice una reverencia y Milton se inclinó.

—Buenas tardes, padre —saludó Meryl.

Él se acercó a la cama con su habitual porte señorial y el semblante más sereno que nunca. Eso indicaba sin duda que no era verdad. De lo contrario, habría corrido a verla, e incluso él se mostraría angustiado.

—Hija... Meryl. —Se volvió hacia Milton—. ¿Estás seguro de que está enferma?

—Sí, majestad. Es la Fiebre Gris.

Padre se sacó un libro pequeño y desgastado del bolsillo de su manto. Era su fiel compañía, su amado consejero.

—He consultado el *Libro de las verdades hogareñas*. —Lo abrió por una página y leyó—: «La gangrena no se erradica con paños calientes». En el pasado he enviado emisarios en busca de un remedio para la Fiebre Gris. El libro me dice que no basta con eso. Debo ir yo mismo.

No daba crédito a mis oídos. Padre jamás se había atrevido a alejarse del castillo de Bamarre.

—Hija...

—¿Sí, padre?

Extendió la mano para tocarla, pero enseguida la retiró.

—Adiós. Partiré por la mañana. Vamos, Rhys. —Echó a andar hacia la puerta.

Rhys miró a Meryl y luego a mí. Se inclinó con respeto y siguió a padre. Tan pronto se cerró la puerta, Bella se acercó rápidamente a Meryl.

—¡Métete bajo las mantas, o te enfriarás!

Intentaba tratar la Fiebre Gris como un constipado. Entonces se me humedecieron los ojos, y lo comprendí. Meryl tenía la Fiebre Gris. Salí corriendo de la alcoba. El torrente de lágrimas brotó en el pasillo. Entré en mis aposentos —la habitación contigua— y me dejé caer sobre la cama, sollozando.

Me vinieron a la mente miles de imágenes de Meryl: Meryl ejercitándose con la espada, Meryl galopando sobre *Veneno*, Meryl estudiando con atención sus libros sobre estrategias de batalla, Meryl escuchando mis preocupaciones, Meryl consolándome, Meryl contándome cuentos, Meryl salvándome de un espectro. Meryl, la fuerte; Meryl, la arrogante; Meryl, la valiente. Meryl.

Lloré y lloré, pero al cabo de un rato me contuve. Me tragué las lágrimas y me esforcé por respirar despacio y profundamente. No iba a llorar por ella como si ya hubiese muerto, sobre todo porque no iba a morir. Se enfrentaría a la Fiebre Gris y la vencería. O tal vez padre encontraría el remedio.

Recordé la antigua profecía: la Fiebre Gris se curaría cuando los cobardes cobrasen valor y la lluvia cayese sobre todo el reino de Bamarre. Por lo visto padre había cobrado valor, así que quizá la segunda condición se cumpliría también.

Había esperanzas de que eso ocurriese: el cielo no se había despejado desde la declamación de Meryl. Tal vez se estuviesen formando nubarrones por todo el reino, y la lluvia sólo fuese cuestión de tiempo.

Además, Meryl era tan alegre y fuerte... ¿Por qué no iba a vencer a la Fiebre Gris?

Me pregunté qué habría sido de Trina, aunque no importaba. A Trina no se la podía comparar con Meryl.

Reí con amargura. Durante años había vivido temerosa de que Meryl abandonase el castillo de Bamarre y muriese a manos de algún monstruo. Jamás pensé que pudiese morir sin salir de casa.

Esa noche no dormí. Agucé el oído esperando que lloviese y lloré de nuevo, incontroladamente.

Al fin despuntó el alba. No llovía, pero el cielo seguía encapotado.

Me vestí y bajé corriendo las escaleras para despedir a padre, pero en el patio sólo encontré a un muchacho soñoliento, con una escoba. Me informó de que el rey Leonel acababa de sentarse a desayunar.

¿Por qué se demoraba en partir? Meryl no podía esperar. Me encaminé a toda prisa hacia el salón de banquetes y me detuve, indecisa, en la puerta. Padre estaba allí, masticando despacio, asintiendo pausadamente con la cabeza a algo que le decía el consejero que tenía a su izquierda.

Di media vuelta y corrí hacia los establos. Los mozos de caballos iban y venían con cierto ajetreo. Uno de ellos estaba ensillando el corcel de padre. Varios caballeros aparejaban sus caballos y daban instrucciones a sus escuderos.

Ligeramente reconfortada, regresé al castillo. Meryl aún dormía, aunque nunca se levantaba después de las siete y ya casi eran las ocho. Milton tejía, sentado en la silla azul. Me saludó con un movimiento de cabeza cuando entré en el dormitorio de mi hermana, y me acomodé en el asiento de ventana.

Cada pocos minutos me asomaba al patio para ver si padre había salido. Empecé a preguntarme si había cambiado de idea.

A las nueve y media, Meryl abrió los ojos. Me sonrió, y enseguida noté que se acordaba de su enfermedad. La sonrisa se le borró de los labios y cerró los párpados con fuerza. Los abrió de nuevo, desorbitadamente, con expresión de rabia. La había visto poner esa cara cientos de veces, al recibir malas noticias sobre monstruos, ante las normas más absurdas impuestas por Bella o ante la cobardía de padre, pero nunca por mí. Cuando me levanté para acercarme a ella, sacudió la cabeza.

—Déjame en paz, Addie.

Me senté de nuevo.

—No, quiero decir que te vayas. Milton se quedará conmigo.

¿Por qué estaba haciendo eso? ¿Por qué se había enfadado conmigo? Me dirigí hacia la puerta.

—Addie...

Me volví, esperanzada.

—Milton te comunicará cuándo puedes volver.

Me marché a mi habitación, doblemente herida por su rechazo. Miré por la ventana, pero el patio continuaba vacío. Di varias vueltas a la idea de entrar en la alcoba de Meryl sin llamar y quedarme allí aunque ella no quisiera.

Al fin, poco antes del mediodía, padre y sus caballeros empezaron a congregarse.

Bajé las escaleras a toda velocidad, aliviada de hacer algo.

Me sorprendió que padre sólo llevase consigo a quince caballeros. Debía

desplegarse por lo menos con un batallón. No, el ejército entero, hasta el último caballero, arquero y lancero, debía partir para salvar a Meryl.

Los caballeros componían una escena ajetreada y bulliciosa; las piezas de las armaduras entrechocaban con ruidos metálicos, y los caballos piafaban y resoplaban.

En medio de todo aquello, padre permanecía sentado serenamente sobre su montura, contemplando el paisaje que se abría al otro lado del puente levadizo. Llevaba puesta la armadura completa, pero tenía el yelmo sobre el regazo.

«Vete —pensé—. Márchate. Ya has perdido bastante tiempo».

Se había formado una pequeña multitud. Rhys estaba allí, cerca de un puñado de consejeros de mi padre. Me dirigí hacia él y, como siempre, se inclinó respetuosamente. Correspondí con una reverencia y le hablé en voz baja para que nadie más me oyese.

—¿Sabes adónde piensa ir?

—Le he oído decir que acudiría primero a la reina de los elfos, pues ella conoce el remedio de muchos males.

Eso no tenía sentido. Si la reina Sima conociese la cura para la Fiebre Gris, la habría puesto en conocimiento de sus enfermeros elfos. Milton estaría al tanto. Además, el camino del este que conducía a su castillo era el mejor y más seguro de Bamarre.

Padre había cobrado muy poco valor, si es que había cobrado algo.

Al verme me indicó con un gesto que me acercase. Obedecí, esquivando en el camino a un corcel encabritado.

—Adiós, hija. Ya lo dice el *Libro de las verdades hogareñas*: «La partida constituye un nuevo principio tanto para el que parte como para quienes se quedan atrás». Que así sea.

—Adiós, padre. Que el éxito cabalgue contigo. —Salva a Meryl. Sálvame a mí.

Se encasquetó el yelmo y espoleó a su caballo. Sus caballeros se alinearon detrás de él. Por fin se ponían en marcha. Alcé la vista al cielo con la esperanza de que se nublase más.

Cuando padre y sus caballeros cruzaron el puente levadizo, di media vuelta hacia el castillo, acompañada de Rhys. Me había mantenido alejada de Meryl durante horas.

Seguro que ahora me dejaría entrar en su alcoba. Aunque Rhys no abrió la boca, percibí su tristeza.

—Meryl estará bien —afirmé—. Recobrará sus fuerzas, o padre encontrará el remedio.

Rhys permanecía en silencio. Me paré en seco.

—¿No puedes hacer nada por ella? Eres un brujo.

—Oh, princesa Addie...

—¿Es que no existe algún conjuro capaz de fortalecerla o de debilitar la Fiebre Gris?

Sacudía la cabeza incesantemente. Parecía tonto repitiendo ese gesto una y otra vez. ¿De qué servían los brujos? Eché a andar de nuevo, más deprisa.

—No tenemos poderes suficientes. Sólo las hadas los tienen —dijo, dándome alcance con facilidad.

—Lo sé —murmuré, arrepentida por haberle hecho sentirse mal.

Durante un minuto, ninguno de los dos dijo una palabra.

—El rey Leonel me ha pedido que vuele a verlo cada día hasta que tenga que regresar a nuestra ciudadela —dijo al fin—. Debo asistir a una ceremonia para los aprendices. Ojalá no se celebre tan pronto.

—¿Cuándo te marcharás?

—Dentro de una semana. Estaré fuera nueve días. —Abrió la puerta de las escaleras y me cedió el paso—. Hasta entonces, el rey me informará a diario sobre sus progresos, y yo habré de dar cuenta de ello a su consejo. —Hizo una pausa.

Levanté la mirada hacia él.

—Y a vos también —añadió, sonrojándose. Padre jamás se acordaría de mí a menos que el *Libro de las verdades hogareñas* se lo indicase.

—¿De verdad tienes que marcharte a tu ciudadela? —pregunté sin pensar, y acto seguido me ruboricé por mi atrevimiento.

—Sí, tengo que marcharme.

—¿No puedes llegar tarde? —Estaba suplicándole. Era vergonzoso, pero como Meryl estaba enferma y no quería verme, yo necesitaba a alguien que... ¿que me protegiese?

Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos. Yo era una cobarde, como padre.

—No puedo llegar tarde —respondió Rhys—. Seré llevado allí aunque no quiera.

—Ah.

Recorrimos el resto del trayecto en silencio. Me preguntaba si Meryl continuaría enfadada conmigo.

Cuando llegamos frente a sus aposentos, me detuve. ¿Y si aún no quería saber nada de mí? Llamé a la puerta.

—Adelante. —Su voz sonaba alegre.

Vi primero a Bella, que estaba sentada en una silla roja al calor del fuego. Después avisté a Meryl. Se encontraba al pie de su cama, levantada y vestida. Milton, con *Muerdesangre* en mano, se hallaba a pocos metros de ella. Meryl me recibió con los brazos abiertos, y yo corrí a estrecharla.

—Lo siento, Addie —me susurró al oído—. Estaba demasiado enfadada para soportar la compañía de personas sanas. No volveré a apartarte de mi lado. Además, no estaré enferma por mucho tiempo. —Echó la cabeza hacia atrás—. Me he dado cuenta de algo.

La miré, expectante. Le relampagueaban los ojos.

—A eso se refería el espectro. ¡Ésta era mi próxima aventura! La Fiebre Gris. Y si se trata de una aventura, mi muerte no puede ser inevitable, ¿verdad?

¿Tendría razón? Le devolví la sonrisa, asintiendo con la cabeza. ¡Por supuesto que tenía razón!

—Ahora hazte a un lado y mira. Milton, dame mi espada. —La empuñó y la alzó con ambas manos. Los brazos le temblaban del esfuerzo. Lanzó un mandoble, perdió el equilibrio y se hizo daño en una rodilla al caer. *Muerdesangre* golpeó el suelo embaldosado con gran estrépito. Todos nos precipitamos hacia ella.

—¡No! —Hizo un gesto para que nos apartásemos—. Me levantaré yo sola. —Se puso en pie con gran esfuerzo y se quedó quieta, jadeando—. ¿Lo veis, *sir Fiebre Gris*? Puedo hacer lo que quiera.

Pero lo cierto es que no podía. Apenas podía hacer nada.

Bella rompió a llorar. Yo estaba completamente horrorizada. Las fuerzas de Meryl estaban agotándose a ojos vistas. La siguiente fase, la del sueño, vendría pronto.

Después de eso, sólo le quedarían doce días de vida.

Rhys recogió la espada y se la tendió.

—Gracias. —Tiró una estocada con las dos manos, pero esta vez no se cayó. Era un consuelo.

—Vaya —dije—. Lo has conseguido.

—Llévatela, por favor. —Le devolvió la espada a Rhys, de nuevo con los brazos trémulos—. Continuaré ejercitándome más tarde. Ahora caminaré un poco.

Se dirigió hacia la puerta. Me pareció que se movía despacio pero sin problemas, hasta que vi sus puños apretados y la vena hinchada en su frente. Al llegar a la puerta giró sobre sus talones y caminó hacia la ventana. Los demás la observábamos en un silencio tenso.

Tras cruzar la habitación por quinta vez empezó a resollar. Aun así, dio tres vueltas más. Al verla, yo sentía que a mí también me dolían las piernas y que me faltaba el aire. Tuve que morderme la lengua para no rogarle que se tomase un descanso. Al fin se detuvo.

—¿Creéis que es suficiente, Addie, Rhys? ¿Creéis que estoy ganándole terreno a *sir Fiebre Gris*?

—Creo que *sir Fiebre Gris* nunca había encontrado un hueso tan duro de roer como tú —aseguré, aunque en realidad temía que se desplomase en cualquier momento.

Rhys se mostró de acuerdo y Milton la ayudó a acostarse.

—Bella, ¿podrías impartirnos nuestra clase de hoy aquí? Quiero recibirla como si... Quiero recibirla. Mañana volveremos a la biblioteca. Mañana...

—Deberías descansar —replicó Bella—. Ésa es la lección de hoy: cuando la gente está cansada, descansa.

—Addie opina que no debo permitir que *sir Fiebre Gris* me avasalle.

—No puede darse por vencida —convine, esperando no equivocarme—. Creo que deberíamos dar la clase. ¿Podemos repasar el final de *Drualdo* y los ataques de los monstruos contra Bamarre? —Si había algo que pudiese infundir fuerzas a Meryl

para enfrentarse a la Fiebre Gris, era sin duda ese pasaje.

Milton dijo que una clase no le haría daño, de modo que Bella mandó llamar a varios sirvientes para que trajesen libros y una mesa de la biblioteca. Rhys nos dejó para entrevistarse con los consejeros del rey.

Los criados trajeron tres sillas y las dispusieron en torno a la mesa. Meryl dio diez pasitos pausados para llegar a la mesa, una distancia que normalmente habría cubierto con dos zancadas. Se sentó con un resoplido. Abrió los puños y vi que tenía marcas blancas de uñas en la palma.

Bella cogió el libro *Grifos, ogros y dragones: guerras de Bamarre contra los monstruos*. Sacó unas gafas de su bolsa y adoptó su tono de aya:

—Os acordaréis de que el rey Alfredo es el primer monarca cuyas crónicas han llegado hasta nuestros días. —Abrió el libro y se puso a leer—. «Tres años después de que ascendiera al trono, una tribu de ogros arrasó...». En la Primera Guerra contra los Ogros, el rey Alfredo había tardado cinco años en rechazar a una horda de ogros de vuelta a los montes Eskern, que marcaban nuestra frontera norte. Durante el reinado del sobrino de Alfredo, habían comenzado las correrías del dragón Vollys, que aún asolaba las aldeas de las llanuras de Bamarre. Cuando Bella hizo una pausa, Meryl preguntó:

—Addie, ¿te acuerdas de lo que te dije el año pasado, cuando Vollys se llevó a aquel granjero?

Dije que no con un movimiento de cabeza, aunque en realidad sí me acordaba. Lo cierto es que no habría sido capaz de admitirlo sin echarme a llorar.

—Te dije que un día mataría a Vollys y haría una tortilla con sus huevos. —Meryl respiró a fondo—. Cumpliré lo que dije. Espero que estéis escuchando, *sir Fiebre Gris*: cumpliré lo que dije.

—¡Por supuesto! —exclamé, intentando levantarle la moral. Y de paso la mía.

—Meryl —la reconvino Bella—, enferma o no, un dragón te atraparía en un abrir y cerrar de ojos. Vollys... Escucha, en esta misma lección se toca ese tema. —Enumeró una larga lista de estragos causados por dragones: granjas quemadas, cabezas de ganado devoradas vivas, familias enteras secuestradas, caballeros achicharrados dentro de sus armaduras, castillos saqueados. Y mucha gente muerta o desaparecida para siempre.

Bella pasó a hablarnos de la Segunda Guerra contra los Ogros. Al principio Meryl estaba sentada en la silla con la espalda erguida, haciendo preguntas o dando su opinión. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora se quedó callada y levantó la mano para asirse de la mesa.

«¡Que no se caiga de nuevo!», pensé, y me puse en pie, al tiempo que Milton dejaba su tejido a un lado y corría a ayudarla.

—No os haría daño descansar —le dijo.

—Creo que estaré más cómoda en la cama —asintió ella.

Bella cerró el libro.

—No interrumpas la lección —pidió Meryl, apoyándose en el hombro de Milton durante el breve trayecto hacia la cama.

Me pregunté si su batalla contra la Fiebre Gris le producía debilidad o si, por el contrario, estaría aún más débil si no luchase. O quizás había caído por completo en las garras de la Fiebre Gris y todo lo demás carecía de importancia.

—Recítame el final del *Drualdo*, Bella —pidió Meryl mientras Milton la arropaba con las mantas—. Eso me dará ánimos.

—¿No preferirías dormir un poco?

Meryl sacudió la cabeza enérgicamente. «Todavía le quedan energías», pensé desesperada.

—Sólo quiero asegurarme de que te interesa que prosiga. —Bella extendió la mano para coger el ejemplar del *Drualdo* de la biblioteca—. ¿Recordáis que Drualdo sólo tiene diecinueve años cuando esta historia termina?

Meryl y yo hicimos un gesto afirmativo con la cabeza. En aquel punto del poema épico, Drualdo y Freya, su amada, se enfrentan solos a los monstruos. Previamente, el ejército del rey Bruce e incluso súbditos comunes de Bamarre habían combatido a su lado. Juntos habían derrotado a los monstruos, haciéndolos retroceder hacia las montañas, el desierto, el bosque. De este modo, a medida que pasa el tiempo, la gente está cada vez menos dispuesta a jugarse la vida luchando contra monstruos, que rara vez representan una molestia para ellos.

—El episodio final —explicó Bella— comienza cuando Drualdo y su amada acampan en las afueras de la aldea amurallada de Surmic, en los montes Eskern. Mientras Drualdo sale a cazar, Freya se va de pesca al río Surmic.

Aunque Meryl tenía los ojos cerrados, asentía con la cabeza conforme Bella iba hablando. Milton dejó lo que estaba tejiendo y se puso a escuchar.

—Cuando el héroe regresa —prosiguió Bella—, oye que Freya pide ayuda a gritos.

Entonces galopa hasta el río, donde la encuentra acosada por una docena de grifos. Ni un solo aldeano ha acudido a socorrerla.

»Ahora os leeré:

*Dos grifos muertos yacían
con las entrañas al aire.*

*Dos grifos se tambalearon
con las alas destrozadas.*

*Drualdo se echó a reír
al verla luchar con brío.*

Meryl abrió los ojos y se enderezó, sentada en la cama.

Aún rodeaban ocho grifos

*a Freya y le arrancaban
trozos de su carne viva.*

*Ella cayó agotada
e hirióse las rodillas.*

*Peleaba con gran denuedo,
mas la sangre le manaba
hacia el turbulento río.*

*La risa de él se extinguió,
y jamás se oyó de nuevo
en el reino de Bamarre.*

A Bella se le quebró la voz, y se sonó la nariz con su pañuelo. Meryl recitaba por lo bajo, pero pese a la debilidad de su voz, declamaba con más sentimiento que nunca.

*Esquivando dentelladas
y zarpazos de los grifos,
Drualdo alcanzó a su amada, y
arrodillado ante ella quiso restañar
el flujo incesante de su sangre.*

Rompí a llorar. Ese día la pérdida de Freya me resultaba insoportable. Drualdo acuna a Freya en sus brazos y le declara su amor. Ella, pronunciando sus últimas palabras, le asegura que siempre ha sabido que él no la abandonaría. Y entonces expira.

Las lágrimas me resbalaban por el rostro. Meryl lloraba también. Corrí hacia ella y la abracé.

—No quiero morirme —sollozó—. No quiero morirme.

Bella acudió también a su lado.

—No llores, dulce...

—Continúa, Bella —jadeó Meryl entre sollozos—. Quiero oírlo... Pero espera... un poco... Me está haciendo... me hará bien.

Aguardamos. Me olvidé de mis lágrimas al contemplar a Meryl llorar sobre mi hombro. Unos minutos después, se apartó de mí.

—Estoy mejor. El llanto forma parte de la aventura. Sigue, Bella.

Bella tardó un poco en retomar el hilo. Y entonces reanudó la lectura del poema:

Un monstruo picoteó

los mustios labios de Freya.

*Drualdo, lleno de ira, lo mató con
un mandoble de su espada furiosa.*

Drualdo da rápida cuenta del resto de los grifos. Cuando ya todos están muertos, las puertas de Surmic se abren y algunos aldeanos salen con paso vacilante. Drualdo los amenaza con el puño.

Bella recitó, ahuecando la voz:

*«¿Y ahora salís? —rugió el héroe—.
¿Ahora que no es menester?
¿Os atrevéis a salir,
ahora que mi amada ha muerto?».*

*Asustados, los aldeanos
recularon murmurando
entre ellos en voz queda,
tan seca como la sal.*

Drualdo recoge a Freya en sus brazos y da la espalda a los aldeanos. Echa a andar, sangrando por sus múltiples heridas. Una anciana sale en pos de él y le da alcance, para preguntarle si volverá a ayudarlos cuando surja la necesidad.

*Drualdo contestó a la vieja:
«Me exiliaré de Bamarre
hasta el día en que los cobardes
marchen junto a los valientes.
Pero mientras los audaces
hayan de combatir solos,
yo no volveré a Bamarre».*

Meryl me tomó de las manos y le acaricié la muñeca con el pulgar. Me parecía de lo más curioso; hasta entonces nunca me había percatado de la similitud entre la promesa de Drualdo y la predicción del espectro sobre el remedio para la Fiebre Gris.

Drualdo no volvería hasta que los cobardes marchasen junto a los valientes, y el remedio no se hallaría hasta que los cobardes cobrasen valor.

Deseaba descubrir algún mensaje que ayudase a Meryl, pero no veía más que una coincidencia. Aun así, me parecía curioso.

Meryl comenzó a musitar, al unísono con Bella.

*Drualdo se marchó entonces a las montañas,
llevándose consigo el cuerpo de Freya,
de alma heroica, ahora perdida.*

Y ya nadie volvió a verlo en el reino de Bamarre.

*Ahora, cuando el espectro, el flamígero dragón,
el cruel y sanguinario ogro o el grifo
lanzan su ataque, Bamarre se defiende sola.*

*Drualdo, el héroe riante,
el más alto de los hombres,
no está ya entre nosotros.*

*Mas la historia ahí no acaba;
todavía un trozo queda.*

*¡Ten valor, reino bamarro!
Marchad, gente de Bamarre,
cobardes junto a valientes.*

*No dejéis que vuestros héroes
batallen sin vuestra ayuda.*

*Y entonces llegará un día,
la primavera del mundo,
en que los monstruos ataquen,
y resurja un héroe riante,
el más alto de los hombres.*

*Drualdo, héroe de Bamarre,
regresará a nuestro lado.*

*¡Ten valor, reino bamarro!
Ganaos, gente de Bamarre,
la vuelta de vuestro héroe.*

Bella cerró el *Drualdo*. Milton se enjugó los ojos. Yo me habría secado los míos de no ser porque Meryl aún me sujetaba las manos y yo no quería retirarlas.

Después de la clase, Meryl se quedó dormida. Yo me dirigí a mi alcoba, donde me dejé caer sobre la cama, demasiado cansada incluso para llorar.

¡Demasiado cansada! Así se había sentido Meryl tras su declamación. Me levanté de golpe, aterrorizada, y salí al pasillo a toda prisa. Vislumbré a Milton, que se alejaba a paso cansino. Lo llamé, y él se detuvo, aguardándome.

—¿Sí, princesa Addie?

Los elfos habían notado que Trina estaba enferma con sólo ver su forma de andar. Milton me había observado mientras corría hacia él, de modo que ya lo sabría.

—Milton... —No acertaba a preguntárselo—. Esto... no me siento mal, pero estoy tan agotada que me preguntaba si... me preguntaba si...

—No habéis contraído la Fiebre Gris —me aseguró Milton con una sonrisa—. No estáis enferma en absoluto. —Cuando sonreía, las arrugadas mejillas se le ponían redondas como nueces, y sus ojos quedaban reducidos a rendijas de placer.

—Entonces, ¿por qué estoy tan cansada?

—Las enfermedades resultan agotadoras, aunque las padezca otra persona. —Levantó el brazo y me tocó el hombro—. Lo he presenciado a menudo. La gente no se siente segura cuando un ser querido está...

—Meryl no morirá. —Me volví y me marché casi tan deprisa como un minuto antes había corrido hacia él. Al enfilear el pasillo siguiente, aminoré la marcha, y mis pasos errantes me llevaron al jardín.

Al cabo de unos minutos llegué al viejo patio donde hacía tan sólo un día Meryl había llevado a cabo su recital. Me senté en el banco de madera y alcé la mirada al cielo. Seguía nublado, pero no había caído una gota. ¿Estaría el destino —o la profecía— a la espera, evaluando los actos de padre, manteniendo listas las nubes? Si él se conducía con valor, la lluvia caería y se descubriría el remedio; de lo contrario, permanecería oculto y el cielo se despejaría.

Contemplé el revoloteo de una mariposa sobre la hierba que sobresalía de las grietas de las baldosas. El insecto se alejó volando y yo me quedé con la vista fija en el suelo. Ignoro cuánto tiempo estuve allí, sin pensar ni sentir nada. Al final levanté la cabeza. La tarde tocaba a su fin. Las parras y la fuente se destacaban a la mortecina luz del anochecer. El frío aire vespertino me produjo escalofríos.

—Las capas de los brujos abrigan mucho.

Me sobresalté. Rhys me cubrió los hombros con su capa.

—Suele hacer frío cuando volamos.

—Gracias.

Me pregunté si llevaría mucho tiempo observándome. No. ¿Qué motivo tendría para ello?

Me arrebujé en la capa. Era calentita como la lana y suave como el terciopelo. Rhys rodeó el banco para ponerse a mi lado.

—Tengo algo que deciros. He hablado con Orne, mi maestro, sobre la enfermedad de Meryl.

¡Su maestro conocía el remedio! Me levanté de un brinco.

—¿Te ha revelado...?

—No pretendía daros esperanzas —murmuró Rhys, cariacontecido—. Orne no sabe cómo ayudarla, pero me ha dicho: «Soplan vientos de cambio en Bamarre». Le he preguntado qué significaba eso, pero él se ha limitado a repetirlo. Creo que debe de tratarse de algo bueno, pues casi sonreía al decirlo, y no acostumbra a sonreír.

El viento... ¡Tal vez los vientos de cambio traerían la lluvia! Y quizá se podía hacer algo para ayudar a esos vientos.

—Rhys, ¿recuerdas que ayer hiciste música con nubes y lograste que de una de ellas cayera lluvia? ¿Podrías hacer que lloviese en todas partes?

—No. Ojalá pudiese. Es una idea estupenda.

—¿Y Orne? ¿Podría hacerlo?

Negó con la cabeza.

—¿Y todos los brujos juntos?

—Si hubiese nubes por doquier, que no es el caso, y si hubiese suficientes brujos, que tampoco es el caso, sí. Yo sólo puedo extraer lluvia de unas pocas nubes a la vez. Orne puede dominar un kilómetro y medio de nubes, algo realmente increíble. —Rhys parecía asombrado, pero acto seguido dejó caer los hombros—. Sin embargo, no sería suficiente. Lo lamento, princesa Addie.

—No importa. —Me senté de nuevo.

—La princesa Meryl es extraordinaria —aseguró—. Si hay alguien capaz de vencer la Fiebre Gris, es ella.

—Eso creo yo —dije, aunque en realidad ya no sabía qué creer—. Me pregunto si Trina consiguió vencerla.

Guardó silencio. Lo miré, y su semblante lo delató.

—Murió, ¿verdad?

Asintió con la cabeza. Pobre Trina. Me pregunté si habría intentado poner en práctica mi método.

—Princesa Addie... —Rhys hablaba muy deprisa, yendo y viniendo por el patio —, se me acaba de ocurrir algo. La profecía sobre el remedio se cumpliría aunque el rey fracasara. Podría cumplirse incluso sin que vos os enteraseis.

—¿Cómo?

—Un desconocido podría cobrar valor a cien kilómetros de aquí.

«Hay cientos de cobardes en Bamarre —pensé—. Miles».

—Es verdad —dije.

—Es más, podría llover en medio de la noche. No haría falta que lloviese más de un minuto. —Me dedicó una sonrisa triunfal.

Le sonreí a mi vez, sintiéndome un poco más animada. Su sonrisa se hizo más amplia, pero por lo visto no le pareció suficiente, pues se elevó un metro en el aire.

Su expresión cambió entonces y bajó al suelo.

—Es tarde. Debo encontrar el campamento de vuestro padre. Seguramente me está esperando. —Hizo una reverencia y alzó el vuelo. En unos instantes desapareció en la creciente oscuridad del cielo.

«Soplan vientos de cambio en Bamarre».

La profecía tenía que cumplirse, tarde o temprano. ¿Por qué no ahora?

Hacía un viento frío, así que apreté más la capa en torno a mi cuerpo. ¡Me había quedado con la capa de Rhys! La sujeté con fuerza y me fui del jardín.

El día siguiente también amaneció nublado. Meryl cruzó diez veces su alcoba y después tuvo que recostarse. Al mediodía intentó caminar hasta el comedor, pero no logró llegar a la escalinata. De nuevo le fue imposible empuñar a *Muerdesangre* con una sola mano, aunque aún podía levantarla con las dos. Resultaba insoportable presenciar aquellos pequeños logros y dirigirle una sonrisa alentadora, cuando lo que deseaba era estrecharla en mis brazos con mucha fuerza para traspasarle mis energías. Mi único consuelo era que no sufría dolor. Comentó, medio en broma, que la Fiebre Gris no dolía, sólo mataba.

Rhys regresó a primera hora de la tarde y nos informó de que padre había cubierto la cuarta parte del trayecto hacia el castillo de la reina Sima. Por el momento, ningún monstruo había molestado ni a su séquito ni a él. Padre había olvidado las zapatillas, así que Rhys debía llevárselas esa noche.

El domingo vimos el sol, aunque el cielo aún estaba salpicado de nubéculas esponjosas. Intenté convencerme de que no importaba que hiciese sol, siempre y cuando quedasen algunas nubes.

Por la mañana, Milton nos preguntó a Meryl, a Bella y a mí si nos apetecía escuchar una leyenda élfica sobre Drualdo.

—¡Sí, por favor! —exclamó Meryl, incorporándose en la cama.

Milton dejó lo que estaba tejiendo y se dirigió al centro de la habitación.

—Siempre empezamos nuestros relatos con estas palabras: «Gozad de buena salud», y esas mismas palabras componen el estribillo. —Entrelazó las manos sobre su barriguita y comenzó:

Gozad de buena salud.

*Había llegado la primavera y, con ella,
el momento de que la reina Iola bendijese la hierba moila.*

Se retiró al campo con sus doncellas.

El cielo se ennegreció.

La reina Iola oyó el batir de muchas alas.

Cien grifos taparon el sol, graznando y chillando,

moviendo las alas y revoloteando.

Milton agitó los brazos, corriendo en zigzag, intentando sin éxito voracidad y fiereza.

Meryl lo observaba, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

«Gracias, Milton —pensé—, por regalarnos un momento que no tiene nada que ver con la Fiebre Gris».

Retomó el hilo de la historia. Los grifos descienden. Algunos engullen el almuerzo campestre de las elfas mientras otros devoran la cosecha.

—Creía que los grifos sólo comían carne —lo interrumpí.

—No, Addie —replicó Meryl—, comen casi cualquier cosa.

Milton continuó:

Gozad de buena salud.

*Los grifos atacaron entonces
a la reina Iola y a sus criadas.*

*Uno de ellos le arrancó a la reina el pulgar de un picotazo
mientras ella protegía a su doncella más joven.*

Me agarré el dedo con fuerza, como para protegerlo.

Gozad de buena salud.

*Drualdo, que pasaba por ahí, montado en su caballo,
se lanzó a galope tendido en socorro de la reina.*

El relato prosigue. Drualdo mata a varios grifos y mantiene a los demás a raya, mientras la reina y sus doncellas huyen a su castillo.

Gozad de buena salud.

*Como muestra de agradecimiento,
la reina Iola curó a Drualdo de un juanete.*

Meryl soltó una carcajada, y yo también. ¡Así que nuestro héroe tenía un juanete! La reina le preguntó qué otra cosa podía hacer para saldar su deuda con él.

—Nada me debéis —contestó Drualdo—,

*pero podríais cuidar del rey Bruce y de sus súbditos
cuando lo hubiesen menester.*

*Aunque la reina Iola y Drualdo nunca volvieron a verse,
desde entonces los elfos han atendido a los humanos enfermos.*

Gozad de buena salud.

Milton se inclinó respetuosamente, y todas le aplaudimos, incluida Bella.

—¿De verdad existió una reina de los elfos llamada Iola? —inquirí.

Tomó la jarra de agua que había sobre el lavabo, llenó un vaso y se lo llevó a Meryl.

—Sima, nuestra reina, descende de la reina Iola, y la historia es verídica. Aparece referida en nuestro *Manuscrito de los días*.

Meryl y yo nos miramos. ¡Los elfos creían que Drualdo era un personaje real!

—¿Tú qué opinas, Addie? —preguntó Meryl—. ¿Crees que podría ser cierto?

—No lo sé —respondí—. Puede haber existido un Drualdo histórico que ayudase a los elfos, pero aun así muchos de los hechos relatados en el *Drualdo* deben de ser legendarios.

—Drualdo jamás tuvo juanetes, de eso estoy segura —aseveró Bella.

—¿Por qué no? —dijo Meryl, riéndose de nuevo—. Tenía pies, ¿no? Si tuvo un juanete, quizá fuese el más grande y el mejor de la historia. Creo que el relato es verdadero y que eso significa que todo lo que cuenta el *Drualdo* también lo es. —Le dedicó una sonrisa radiante a Milton—. ¡Gracias!

Él hizo otra reverencia y retomó su tejido.

—¿Te gustaría hacer un poco de ejercicio ahora? —pregunté, con la esperanza de que el cuento de Milton la hubiese fortalecido.

Aunque ella tenía ganas, dio menos vueltas a la habitación que el día anterior, sólo ocho, y ni siquiera intentó empuñar la espada. En cambio se ejercitó levantando objetos más livianos: un cepillo, un espejo de mano, sus botas. Al final aseguró que estaba satisfecha.

Cuando Rhys vino por la tarde, nos comunicó que los caballeros de padre habían abatido a un grifo y que su muerte se había celebrado con gran jolgorio. Añadió que el séquito real se hallaba ya a mitad de camino del castillo de la reina Sima.

El jueves por la mañana, una semana después de que Meryl contrajese la enfermedad, se desplomó cuando se dirigía a su ropero. Tuvo que apoyarse en Milton para volver a la cama, y yo fui tras ellos, ansiosa por ayudarla.

—Pronto estaré mejor, Addie —me dijo Meryl—. *Sir Fiebre Gris* aún no ha ganado la guerra.

Intenté sonreír, pero seguramente adopté una expresión terrible.

—No pongas mala cara. Ha ganado la batalla por lo que hace a mis piernas, pero mi corazón y mi mente ya lo han hecho retroceder varias veces. No podrá con ellos.

Yo quería creerla, pero no era capaz. El niño espectro había llamado aventura a aquello por pura crueldad.

Rhys llegó tarde ese día, casi a la hora de la cena. La reina Sima le había explicado a mi padre que no conocía remedio alguno ni sabía dónde buscarlo.

—¿Adónde irá ahora? —preguntó Meryl. Yacía en cama, con una bata bordada encima del camisón. Yo estaba en el asiento de ventana.

—El rey Leonel vuelve a casa —respondió Rhys, bajando la vista.

—¿Padre vuelve a casa? —exclamé—. ¿Por qué?

—Debería estar aquí con su hija —dijo Bella.

—¿Y qué pasa con el *Libro de las verdades hogareñas* y la erradicación de la gangrena? —protesté, alzando la voz. ¿Y qué había ocurrido con su conversión de cobarde en valiente?

—Dice que el *Libro de las verdades hogareñas* le indica que debe asesorarse —contestó Rhys sin despegar los ojos del suelo—. Volverá para consultar a sus consejeros. —Levantó la cabeza para mirarnos a los ojos—. No he podido discutir con él.

—Lo sé —murmuré. No era propio de un brujo sermonear a un rey.

—Nunca confié en que encontrase el remedio —comentó Meryl serenamente, hundiéndose en sus almohadas—. Da igual.

Me enfurecí con mi padre por rendirse, y conmigo misma por haber esperado algo de él.

—Uno de los caballeros ha tenido un percance con un espectro —agregó Rhys.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Meryl, incorporándose.

Me estremecí. La palabra «espectro» bastaba para asustarme. Rhys se reclinó en la repisa de la chimenea.

—El rey y su séquito habían acampado cerca de las murallas del castillo de la reina Sima, a unos cuatrocientos metros de los acantilados. *Sir Osberto*, uno de los caballeros, no podía pegar ojo, de modo que fue a estirar las piernas. Apenas había dado unos pasos cuando oyó un susurro, semejante al roce de una falda.

—¿Era el espectro? —quiso saber Meryl.

—Sí, era un espectro. Pero *sir Osberto* vio a su hermana, que había fallecido hacía cinco años a causa de la Fiebre Gris.

Me imaginé qué ocurriría si algún día un espectro adoptase el aspecto de Meryl. Me entraron ganas de salir corriendo de la habitación.

—Él la abrazó —continuó Rhys— sin preguntarse qué hacía ella allí. Quizá su aroma lo embelesó. El espectro había imitado el perfume de la doncella muerta.

El espectro le aseguró a *sir Osberto* que en realidad ninguna de las víctimas de la Fiebre Gris había muerto, sino que habían sido trasladadas a un sitio oculto, cerca de allí, donde vivían con toda comodidad.

—El espectro guió a *sir Osberto* hasta el borde de un acantilado —dijo Rhys— y cegó sus ojos ante el abismo que se abría a sus pies. En lugar del abismo, el pobre hombre veía un prado cubierto de hierba y un pabellón iluminado por mil faroles. A la luz de sus llamas, vislumbró otras dos figuras conocidas, su primo y un amigo de la infancia. Corrió hacia ellos... y se precipitó por el borde del precipicio.

Solté un grito. Yo habría corrido hacia Meryl. Todos se volvieron hacia mí. Me acerqué a Meryl, que me rodeó con el brazo.

—Salió bien parado —afirmó Rhys—. Un árbol amortiguó su caída.

—¿Se hizo daño? —preguntó Milton.

—Sólo sufrió algunas magulladuras y una fuerte impresión. Tuvo suerte.

—Mi prima Clara vio una vez a un espectro —nos contó Bella—. Según ella, también despedía cierto aroma. Si mal no recuerdo, olía a pepinillos con miel.

—Debo dejaros —dijo Rhys—. El rey me ha pedido que informe a sus consejeros de su regreso, pero he preferido venir aquí primero. —Se despidió con una reverencia y se marchó.

Salí corriendo al pasillo y lo llamé. Se dio la vuelta y se detuvo para esperarme.

—Ahora apenas puede caminar. ¿Cuánto tiempo crees que falta para que entre en la fase de sueño?

—Oh, princesa Addie. —Me tendió la mano y luego la dejó caer—. Hay enfermos que sorprenden a todo el mundo. A veces...

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días. Una semana, a lo más.

Me habría caído al suelo si él no me hubiera sujetado por el brazo. ¡Una semana!

Después de eso sólo quedaban nueve días de sueño y tres de fiebre. Diecinueve días, y nueve los pasaría dormida. Dentro de diecinueve días, en el mejor de los casos, la perdería para siempre.

—Vuestra hermana os reclama, princesa Addie —me avisó Milton, asomándose al corredor.

Cuando regresé a su alcoba, Meryl anunció que deseaba irse a dormir. Mi expresión debió de reflejar el pánico que sentía, pues añadió:

—Sólo quiero echar un sueñecito. No se trata del sueño profundo. Aún no ha llegado, ¿verdad, Milton?

El elfo asintió con la cabeza. Mi hermana aún se preocupaba por mí. Esbocé una sonrisa forzada y le di un beso. Se volvió de costado y cerró los ojos.

Salí de la alcoba. Al llegar al final del pasillo subí las escaleras que conducían a la torre norte, donde Meryl se refugiaba siempre que quería estar sola. La puerta de la torre pesaba mucho, de modo que tuve que empujar con todo mi peso para abrirla.

Hacía una semana, Meryl la había abierto sin la menor dificultad. Trepé por la escalera de mano que llevaba a la azotea de la torre.

Crucé la terraza y me apoyé en una almena. Un viento seco procedente del desierto del oeste me alborotó los cabellos. ¿Eran éstos los vientos de cambio?

Deseaba que padre fuese como Drualdo. Si la hija de Drualdo hubiese contraído la Fiebre Gris, Drualdo habría capturado un espectro para sonsacarle el remedio. Se habría encaramado sobre el tesoro de un dragón y se habría negado a moverse hasta que la bestia le diese una respuesta. Si Meryl fuese su hija, la llevaría consigo en brazos hasta encontrar la cura, se la administraría en el acto y ella sería la primera en recobrase. Si Meryl fuese su hija, él no dejaría que se muriese.

Lo que pensé a continuación me aturdió, aunque era algo evidente. Si yo hubiese

contraído la Fiebre Gris en lugar de Meryl, ella habría emprendido la búsqueda en el instante en que Milton hubiese hecho su diagnóstico. No se quedaría llorando en el castillo de Bamarre, cifrando sus esperanzas en un rey débil o en una teoría absurda.

Yo debía comportarme como lo habría hecho ella. Debía hacerlo ahora. Ya había desperdiciado seis días, quizás un tercio de lo que a Meryl le quedaba de vida.

Por otro lado, ella habría sabido qué hacer. Había pensado en esa búsqueda y había estudiado a los monstruos prácticamente desde que nació. Yo no tenía la menor idea de qué dirección tomar, y algún monstruo acabaría conmigo antes de que pudiese recorrer quince kilómetros. Habría resultado igual de provechoso que saltase desde aquella almena. ¿De qué serviría que las dos muriésemos?

Aunque yo lograra sobrevivir, había muy pocas probabilidades de que tuviese éxito, y me perdería sus últimos días. Ella no quería que eso sucediera; quería que permaneciese a su lado.

Oteé los campos de labranza que se extendían a mis pies, los maizales, el ganado, una piara de cerdos. No se apreciaba el menor rastro de los problemas que nos acuciaban.

Después de su muerte, me invadiría un dolor infinito y el miedo se apoderaría de mí, pues ella ya no estaría allí para protegerme. ¿Y cómo viviría yo sabiendo que no había hecho nada por salvarla? Fallecería sin haber vivido las aventuras que anhelaba, y todo por la promesa que me hizo. Había pospuesto sus sueños sólo para que yo estuviese tranquila. ¿Cómo iba a fallarle, sin siquiera haber intentado ayudarla?

Contemplé de nuevo el hermoso reino de Bamarre. El día estaba extinguiéndose, y el cielo se había teñido de rosa al oeste. Hacia el norte, la bruma emborronaba la silueta de los Kilket. Unas nubes proyectaban su sombra sobre los prados que rodeaban el castillo y el pinar de un verde más intenso que se alzaba a la orilla del lago Orrinic.

Desde el océano Hauno soplaba una brisa salada, húmeda, vivificante. Levanté los brazos para sentirla y saqué la lengua para probarla. Aspiré a fondo tres veces seguidas.

Intentaría salvar a Meryl. Seguramente moriría en el intento, pero nada impediría que partiese en busca de un remedio para su enfermedad.

Me aparté de la almena y bajé de la torre. Mientras descendía por las escaleras, decidí informar primero a Rhys. Bella no querría dejarme marchar, pero Rhys me echaría una mano, si podía.

Se hallaba en el salón de banquetes, sentado junto a los consejeros de padre. Tomé asiento en mi lugar de siempre y me quedé mirándolo, confiando en captar su atención. No tuve que esperar mucho tiempo: enseguida volvió la vista hacia mí.

Entonces me levanté y salí del salón, esperando que me siguiese. Y así lo hizo.

—¿Queríais algo, princesa Addie?

Asentí con la cabeza y abrí la boca para anunciarle que partiría en busca del remedio, pero se me atragantaron las palabras. En cuanto las pronunciara no habría vuelta atrás: tendría que partir. Esboqué una débil sonrisa. Era una situación absurda.

—¿Estáis bien?

Asentí de nuevo.

—He... He decidido que voy a buscar el remedio.

Rhys parecía desconcertado. No dijo nada, pero me escrutó con la mirada.

No sabía cómo interpretar su expresión.

—¿Hago bien? —inquirí—. ¿Crees que debo ir? —¿Por qué se lo preguntaba? De todas maneras, pensaba marchar.

—Lo que ocurre es que desearía poder acompañaros. ¿Cuándo pensáis partir?

¡Oh, cómo me habría gustado que viniese conmigo!

—Al alba. ¿Cuándo te irás a la ciudadela?

—Me mandarán llamar a medianoche.

—¿Crees que hago bien en ir? —En parte esperaba que me diese un pretexto para quedarme a salvo en casa.

—Sí, creo que hacéis bien, pero... —Alzó una mano, y a continuación la dejó caer—. Pero me quedaré preocupado.

Eso me alegraba. Estaba completamente loca por él, así que me alegraba de que se preocupase por mí.

—Quizá pueda unirme a vuestra expedición, al menos por un tiempo. Habrá algunas pausas en nuestra ceremonia. Quizá pueda escabullirme. ¿Adónde iréis?

—No lo sé. ¿Adónde crees que debo ir? De todos modos, lo más probable es que sea inútil —añadí.

Guardó silencio por unos instantes.

—Los brujos creemos que cualquier acción emprendida por una causa justa tiene una enorme probabilidad de verse coronada por el éxito. Estoy convencido de que lo que buscáis os encontrará, no importa adonde vayáis. Si puedo salir de la ciudadela, os localizaré.

¿Lograría encontrarme antes de que me matase un monstruo?

—Tengo un par de cosas para vuestra expedición —dijo de repente, sonriendo—.

¡Justo lo que necesitáis!

¿Objetos mágicos? Sin duda me darían esperanzas... y me serían útiles. Rhys dijo que iría a sus aposentos a buscarlos, y acordamos encontrarnos en la biblioteca unos minutos después.

Yo me dirigí directamente hacia allí y arrimé dos sillas al resplandeciente fuego que ardía en el hogar. Fuera había caído la noche, pero las lámparas de gas emitían un brillo dorado.

Cuando llegó Rhys, llevaba consigo un fardo. Se sentó y comenzó a desliarlo.

—¿Le hablaréis al consejo del rey de vuestra expedición?

No había pensado en eso, pero quedaba descartado.

—No. No me dejarían marchar. Me obligarían a esperar a que padre regresara.

—Tenéis razón —dijo con una sonrisa de aprobación—. Y ahora, echad un vistazo a esto.

Me mostró un trozo de tela y lo sacudió. Era una capa de color azul marino. La llevó hasta una mesa que estaba en penumbra, cerca de la ventana y, acto seguido volvió, con las manos vacías. Dirigí la mirada hacia la mesa: la capa había desaparecido.

Boquiabierta, corrí hacia la mesa. Al acercarme, vi que la capa estaba allí, aunque difuminada, apenas visible. La recogí.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

La apreté contra mi pecho y regresé a mi asiento. La tela se notaba consistente al tacto. Pesaba. Sin embargo, incluso doblada sobre mi brazo me costaba verla. Y también me costaba ver mi brazo.

—No es un manto de invisibilidad; ojalá pudiese ofreceros uno. A pleno sol, todo el mundo podrá veros, pero a la sombra, incluso en pleno día (bajo un árbol, por ejemplo), pasaréis totalmente inadvertida. Por la noche podéis volveros del todo invisible, salvo por el hecho de que la oscuridad será más intensa allí donde estéis vos. Por desgracia, no funciona con espectros ni dragones, pero sí con ogros y grifos, así como con humanos y brujos.

—Gracias. —El manto quizá me salvaría la vida.

Rhys metió de nuevo la mano en el fardo y extrajo otro pedazo de tela; un cuadrado grande de lino, con un primoroso bordado que representaba un banquete muy detallado.

—Un mantel... —No alcanzaba a imaginar qué utilidad podía tener—. Gracias.

—Es un placer. Y ahora, fijaos. Amable mantel, extiéndete, por favor.

El mantel salió volando y se desdobló. Quedó flotando en el aire, con los faldones colgando en ángulo recto, como si estuviese encima de una mesa... Pero no se veía ninguna mesa.

Y de repente empezaron a aparecer platos de la nada: faisán, liebre y jabalí asados, acompañados de diversas clases de pan: hogazas, barras, rollos y panecillos, así como de numerosas variedades de pescado, verdura, fruta y pastas. Había comida

suficiente para todos los moradores del castillo, con una vajilla de porcelana y una cubertería de plata impresionantes. Supongo que los ojos se me salieron de sus órbitas, porque Rhys se echó a reír.

—¿Es comida de verdad? —musité—. ¿Se puede comer?

—Intentadlo. Todo está delicioso.

Cogí un tenedor.

—Pero id con cuidado —me advirtió Rhys—. Conozco a un hombre que se dio tal atracón que estuvo enfermo durante una semana.

El tenedor de plata pesaba más que nuestros mejores cubiertos. Ensarté un trozo grande de tarta de arándanos, mi postre favorito.

—Mmmm. Está muy rica. —Deposité el tenedor sobre el mantel.

—¿Deseáis alguna otra cosa?

Negué con la cabeza.

—Amable mantel —dijo Rhys—, te doy las gracias por tan sabrosos alimentos.

La comida y la vajilla se elevaron por encima de la mesa. Observé con atención que se encogían tan rápidamente como si se desintegrasen en el aire.

—¡Todo se ha encogido! —Agité la mano sobre el mantel. No noté nada raro—. ¿Está el aire lleno de asados y pasteles tan diminutos que no se pueden ver?

El mantel se plegó solo, y Rhys me lo entregó.

—No lo creo —rió—. Pero ¿quién sabe?

Yo también solté una carcajada, aunque estaba sorprendida de que un brujo no lo supiese.

—Tendréis que decir exactamente las mismas palabras que acabo de pronunciar:

«Amable mantel, extiéndete, por favor» y... —El mantel me saltó de las manos. Y después añadió rápidamente—: «Amable mantel, te doy las gracias por tan sabrosos alimentos».

El trozo de tela quedó suspendido en el aire por un momento y después comenzó a caer, pero lo cogí antes de que llegase al suelo.

—No olvidéis que si os saltáis una sola palabra o añadís una de más, no sucederá nada.

Repetí las palabras, poco convencida de que en mi caso la magia surtiese efecto.

Pero funcionó. Era un regalo maravilloso. No me faltaría comida durante el viaje..., a menos que antes yo me convirtiese en comida. Sabía que no debía pensar de ese modo; el mantel me proporcionaría alimento, y la capa me mantendría a salvo. Me senté de nuevo.

—Gracias. Son unos regalos increíbles.

—Y esto... —Volvió a introducir la mano en el fardo, que ya estaba casi vacío—. Mirad. —Me alargó un fajo no muy grueso de pergaminos.

Me los puse sobre el regazo y cogí el que se hallaba encima del montón para verlo a la luz.

—¡Un mapa de los montes Eskern! —Le eché una ojeada. Estaba hecho con

trazos finos y angulosos, pero de gran nitidez. Los campamentos de los ogros salpicaban las laderas. Contuve el aliento. ¡Eran tantos...! Casi todas las cimas estaban plagadas de nidos de grifos. Me haría falta la capa mágica en los montes Eskern.

—Los mapas no son mágicos —señaló Rhys—. Están trazados por aprendices de brujo.

Aparté el mapa de las montañas y cogí el que tenía más a mano.

—Algunos son más antiguos que otros —prosiguió—, y es posible que los más viejos no sean muy precisos. Los monstruos se desplazan, y continuamente nacen otros.

El mapa siguiente era del castillo de Bamarre y de las tierras circundantes. Se apreciaban las granjas, el lago Orrinic y la cueva cercana, así como el bosque de pinos.

A lo largo del borde sudoriental del bosque estaba escrita la palabra «Espectros». Sin embargo, el niño espectral había aparecido en el oeste, lo que significaba que se habían propagado en esa dirección después de que se trazase el mapa. El mapa siguiente era de los Kilket. En total había siete planos: el bosque de Mulí; el desierto del oeste, donde moran los dragones; el litoral y el castillo de la reina de los elfos; la ciudadela de los brujos y las llanuras que la rodean, situadas en el sudoeste de Bamarre, entre el desierto y el bosque de Mulí.

—¿Existe algún mapa que indique cómo llegar al monte Ziriát? —Lo mejor sería encaminarse directamente hacia el lugar donde vivían las hadas.

—No sabemos dónde está esa montaña —repuso Rhys—. A nosotros también nos resulta invisible. De vez en cuando alguna hada va a ver a los ancianos, pero no me han revelado el motivo de sus visitas ni dónde se alojan. —Se quedó callado por unos instantes—. Me encantaría ver un hada.

—A mí también.

Nos sonreímos, con expresión melancólica. Si algo llegaba a ocurrirme, nunca volvería a verlo. Pero no me ocurriría nada.

—No te preocupes por las hadas —dije, dándole unas palmaditas a los mapas—. Éstos son los mejores regalos que se me pueden hacer.

—Me gustaría que fuesen totalmente fiables. Desearía... —Se encogió de hombros, frustrado.

Yo no quería que se me saltasen las lágrimas.

—Encontraré el remedio y, cuando regrese, habré engordado gracias a tu maravilloso mantel. —Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla—. Gracias. —Enseguida me sonrojé por mi atrevimiento.

Me dirigió una mirada sorprendida, que rápidamente se transformó en una expresión solemne. Cuando le eché un vistazo por última vez, estaba inclinado en una reverencia.

Camino de mis aposentos, caí en la cuenta de que no podía hablarles a Bella ni a Milton de mi expedición, pues se creerían obligados a comunicárselo a los consejeros de padre.

Aun así, tenía ganas de contárselo. Contuve el llanto. Necesitaba pedirles consejo.

Bella conocía miles de leyendas sobre monstruos, y quizás alguna de ellas resultase útil. Milton, por otra parte, tal vez podría transmitirme algunos de sus conocimientos élficos.

Una vez en mi dormitorio, le escribí una carta a padre:

«Señor, vuestro valiente intento de salvar a mi hermana es un gran ejemplo para mí. No puedo dejar que muera sin intentar impedirlo, al igual que vos. Partiré en busca de su salvación y de un remedio para la Fiebre Gris. He consultado el *Libro de las verdades hogareñas*, del que he extraído estas palabras...».

Saqué mi ejemplar del estante superior de mi ropero y me puse a hojearlo. «Es mejor recordar el peligro que eludirlo». No era una frase muy adecuada. «La enfermería es un campo de batalla: toma el mando o ríndete». Tampoco me parecía muy apropiada. «Una empresa acometida por necesidad constituye su propio imperativo».

Aunque no sabía qué quería decir exactamente, me sonaba bien: apremiante y pomposa.

Copié la sentencia y continué: «Por favor, no enviéis a una partida en mi busca, pues en ese caso contravendríais las enseñanzas del *Libro de las verdades hogareñas* y acarrearías la desgracia sobre vos y sobre mí. Si no regreso, espero que me recordéis como a una hija diligente y respetuosa».

Le daría la nota a Meryl para que se la entregara a padre cuando volviese. Me acomodé en mi asiento de ventana y, contemplando el cielo estrellado, me quedé dormida. Desperté a medianoche. Me puse en pie y me desperecé.

Meryl yacía de costado, de cara a la puerta por la que yo había entrado. A la luz de la luna, que se colaba por la ventana, vi que tenía los ojos abiertos. Me sonrió.

—Estaba pensando en ti. Estaba...

—He venido a decirte que me voy del castillo de Bamarre.

—¿Adónde vas? —Se esforzó por incorporarse, y corrí a ayudarla.

—Puedo hacerlo sola —jadeó—. ¿Lo ves? —Enderezó los hombros y se quedó sentada, con la espalda erguida—. Así está mejor. ¿Adónde vas?

Yo tenía el rostro bañado en lágrimas. ¿Y si no volvía a verla?

—Voy a encontrar el remedio.

—¿Vas a marcharte de casa... por mí? —preguntó con voz llorosa—. Oh, Addie...

Nos abrazamos y nos quedamos en silencio durante unos minutos.

—*Sir Fiebre Gris* me robó mi aventura para dártela a ti —susurró con amargura.

La estreché con más fuerza.

—Tenemos muchas cuentas pendientes con él.

—Se arrepentirá —aseguró Meryl en un tono más propio de ella. Se apartó de mis brazos y me clavó la vista—. Tienes más posibilidades de conseguirlo que padre. Te entregarás a fondo, y eso te ayudará. —Meditó unos instantes y entonces se le iluminó el semblante—. Llévate a *Muerdesangre*. También te ayudará. —Se encogió de hombros—. Al menos logré espantar al espectro con ella. Es la única vez que la he usado.

Recogí la espada de la repisa de la chimenea y la deposité en el suelo, junto a la puerta. ¿Cómo iba a utilizarla? No sabía nada de esgrima.

—¿Adónde habrías ido tú para buscar el remedio? —pregunté.

—A todas partes —respondió con una sonrisa—, pues tenía que ser una gran aventura. Pero, antes de nada, habría salido en busca de hadas.

—¿Cómo?

—Pensaba capturar un espectro y preguntarle dónde se pueden encontrar. ¿Cuándo te vas? ¿Mañana por la mañana?

Asentí con la cabeza y le di la nota para padre.

—¿Qué te ha dicho Bella?

—No le he contado nada —contesté—, y espero que tú tampoco lo hagas.

—Tienes que decírselo. De lo contrario, nunca te perdonará. Ella nunca se lo contaría a quien no debe. Además, puedes ordenarle que guarde el secreto. Te ayudará. Díselo también a Milton.

No le discutí sus sugerencias. Nos despedimos y la abracé de nuevo. Me habría quedado así durante diecinueve días, pero ella dijo:

—Vete, Addie. Necesito dormir para seguir luchando mañana.

Empecé a alejarme hacia la puerta.

—Eres la hermana más valiente de Bamarre —dijo entonces.

—Ojalá fuese valiente. —Volví sobre mis pasos y la abracé una vez más—. Me gustaría ser como tú. —Empuñé a *Muerdesangre* y salí corriendo.

Me detuve al pie de la escalera que conducía a la habitación de Bella. Ya era hora de que pensara por mí misma, y me parecía que lo más conveniente y seguro era no decirles nada a Bella ni a Milton. Aun así, me sentía culpable porque tenía la sensación de que Meryl estaba leyéndome el pensamiento.

Una vez en mis aposentos, me sumí inmediatamente en un sueño profundo.

Desperté antes del alba. Mi primera aventura consistiría en escabullirme del castillo y cruzar el puente levadizo sin que me descubriesen. Eché una ojeada a mi armario; me hubiera gustado intercambiar la ropa con una criada. Elegí mi vestido menos llamativo. Era más fino de lo que yo habría querido, pero tendría que conformarme con eso.

Metí las cosas que me iba a llevar en mi costurero. Coloqué ropa interior limpia en el fondo, y encima deposité los mapas, la capa y el mantel mágicos. Puse encima

de todo mi raído ejemplar del *Drualdo*. Escogí dos broches de oro para canjearlos por dinero en caso necesario. Eran tan pequeños que los prendí a mi enagua para que no se me cayeran del costurero. Por último oculté en el fondo del costurero el primer regalo de Rhys, la bola de madera que contenía aquel trozo de tela tan hermosa. No la necesitaba, pero era incapaz de dejarla.

Mientras preparaba todo, mantuve la mente alejada del viaje, de mis miedos e incluso de cuál sería mi primer destino. Me limitaba a trabajar al ritmo de mi acelerado corazón.

Mis ojos se posaron en *Muerdesangre*. ¿Cómo iba yo a...?

Alguien llamó a la puerta. Enseguida arrojé el costurero al fondo del ropero y, acto seguido, corrí para abrirla. Allí estaba Milton.

—¿Meryl está peor?

Me aparté para dejarlo pasar. Sacudió la cabeza y entró.

—No está peor. No pretendía asustaros.

Mi corazón comenzó a latir de nuevo, a toda velocidad. Milton se aupó a la silla situada junto a mi armario.

—Me he despertado temprano y he ido a ver cómo se encontraba la princesa Meryl. Me ha dicho que pensáis marcharos a...

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Sólo a Bella.

—¿Y piensa contárselo a los consejeros?

—No. Sólo ha dicho que tiene algo para vos, y yo también. Tomad, princesa. —Y me tendió una bolsa de piel.

Percibí el aroma antes de abrirla; fresco como la menta, dulce e intenso como el perfume de las lilas. Dentro había unas pequeñas flores moradas y secas. Me volví hacia Milton, desconcertada.

—Se trata de nuestra hierba moila —me explicó con una sonrisa—. La hierba moila os dará valor. Poned una de estas flores en vuestro té y reuniréis las fuerzas necesarias para seguir adelante. Si no tenéis té, meteos la flor en la boca e idla chupando.

—Gracias. Intentaré...

Bella irrumpió en la habitación, vestida aún con su camisón y su gorro de dormir.

Llevaba un vestido doblado sobre el brazo y un abultado saco de lona en la otra mano.

Se detuvo de golpe y se quedó quieta, vacilante, mirando al techo y al suelo..., a todas partes excepto a mí. Entonces rompió a llorar.

—Debo irme —dije—. No me queda otro remedio.

Ella asintió con la cabeza.

—Ten. Ponte esto. —Me entregó el vestido. Estaba hecho de muselina basta, y era de un color verde que yo jamás habría elegido. Con su delantal amarillo canario resultaba más propio de una criada desenfadada, más bien bajita y rellena. A pesar de

todo, me serviría.

—Y esto es para que lleves tus cosas —dijo, mostrándome el saco. Sería mejor que mi costurero, que no tenía tapa—. Y quizás esto te sea útil. Pero ten cuidado —me advirtió al tiempo que extraía del saco un par de botas negras muy gastadas.

—¡Qué grandes son! —exclamó Milton. Le habrían venido bien a uno de los guardias reales. Además, yo ya llevaba mis botas de montar, que eran muy resistentes.

—No son lo que parecen —señaló Bella—. En realidad, son botas de siete leguas. —De nuevo metió la mano en el saco—. Y esto va con ellas.

Yo no entendía nada.

—¿Qué son botas de siete leguas? ¿Por qué van con un catalejo?

—Tu madre las dejó para ti y para Meryl. —Bella se enjugó las lágrimas y reprimió un sollozo—. Dijo que las botas avanzaban siete leguas a cada paso. No sé para qué sirve el catalejo.

—¿Por qué no nos habías dado antes estos regalos? —le pregunté.

El rostro de Bella enrojeció.

—No eran adecuadas para princesas, y Meryl habría intentado ponérselas. —Frunció el entrecejo—. Pero eso no importa ahora.

A Meryl le habrían encantado. Tanto Bella como yo la habíamos mantenido apartada de sus deseos más íntimos.

—Gracias. —Guardé las botas y el catalejo en el saco y vacié en él todo lo que había en el costurero. Meryl había hecho bien en contárselo a Milton. Una vez más, se había comportado como una hermana protectora.

Con uno de los broches, me prendí la bolsita de hierba moila a la enagua. Luego clavé los ojos en *Muerdesangre*, que estaba apoyada contra mi jofaina. Yo no era una guerrera, pero se trataba de un obsequio de Meryl, de modo que también metí la espada en el saco. Apenas cabía, y me costó cerrarlo tirando del cordón. Esperaba que la funda no atravesase la lona.

—¿Adónde irás? —preguntó Bella.

Me encogí de hombros. Rhys había dicho que lo que buscaba me encontraría. «Ojalá tenga razón —pensé—, porque no tengo idea de lo que haré después de cruzar el puente levadizo». Necesitaría todo mi valor, incluso para dar ese paso.

Milton dijo que haría ondear un banderín gris desde la torre más alta si Meryl entraba en otra fase de la Fiebre Gris. Me indicó que utilizase el catalejo para verla. Le di un abrazo de despedida.

Bella me estrechó entre sus brazos.

—Los dragones y espectros saben ciertas cosas —me dijo, hipando de tanto como había llorado—. No los interrogues directamente. Busca a alguien que lo haga.

Cuando me dirigía hacia la salida del castillo, decidí no entrar en la habitación de Meryl. Sabía que si entraba, jamás me marcharía.

Crucé el puente levadizo a pie. Nadie me reconoció. Un hombre chocó conmigo, pero no se molestó en disculparse. Una mujer me llamó haragana porque no caminaba al paso que ella quería.

Al llegar al otro lado, me salí del camino en dirección a uno de los senderos que Meryl, Bella y yo tomábamos a menudo cuando íbamos a caballo. Las espigas de los trigales que me rodeaban susurraban en la brisa cálida. Sobre mi cabeza, una bandada de gansos de cabeza colorada volaba en círculo, batiendo las alas y graznando.

Cuando perdí de vista el camino, me detuve y dejé mi saco en el suelo, pues ya empezaba a pesarme. Me senté en medio del polvoriento sendero y me puse a pensar hacia adonde debía dirigirme. Los versos del *Drualdo* que más le gustaban a Meryl me vinieron a la mente.

Paso a paso la esperanza surge después del valor.

Arrostra todo peligro confiando siempre en vencer.

Tenía un miedo atroz a los espectros, pero me asustaban aún más los dragones, así que decidí encaminarme primero hacia el bosque de Mulí. Ningún ser humano vivía allí, de modo que cualquier persona con la que topara sería un espectro. Para estar más segura me internaría en el bosque de noche, envuelta en mi capa mágica, que me ocultaría a la vista de todos excepto de los espectros... y de los dragones, si es que había alguno en las cercanías.

Jamás llegaría al Mulí a tiempo sin el regalo de madre, las botas de siete leguas.

Saqué el catalejo del saco. Había comprendido por qué venía con las botas: debía usarlo para ver adónde iba y cerciorarme de no acabar en medio del mar o estampada contra una montaña.

Me pregunté si Meryl ya habría despertado. Sería el primer día de mi vida sin ella.

Examiné el catalejo. Detrás del ocular había tres ruedas. La primera tenía muescas numeradas del uno al cincuenta. En una letra pequeña y fluida estaban

escritas las palabras «Siete leguas». Deduje que cada muesca incrementaba en siete leguas la distancia de lo que se veía a través del catalejo. Por tanto, el anteojo me permitiría ver un lugar situado a un máximo de trescientas cincuenta leguas, o sea, unos mil quinientos kilómetros. Era más que suficiente.

La siguiente rueda llevaba la indicación «Kilómetros» y estaba numerada del uno al veintiuno. La tercera rueda no presentaba marca alguna.

El bosque de Mulí se encontraba a unos quinientos kilómetros. Ajusté la rueda de las leguas a dieciséis, enfoqué al sur, y miré por el ocular.

El bosque estaba oscuro. Los árboles, enormes, estaban tan juntos que me tapaban la vista. Unas gruesas lianas colgaban entre ellos y serpenteaban por el suelo. Se veían borrosas a través del catalejo. En el bosque crecían unas flores amarillas, que tampoco se apreciaban con nitidez, y aparecían como puntos fijos de luz en la penumbra de la arboleda. Era una escena plácida, en absoluto terrorífica. Un borrón morado se posó en una rama baja. Sabía que se trataba de un pájaro, pero me habría gustado verlo mejor. Di vueltas a la rueda que no estaba marcada, y de pronto la imagen se volvió más definida.

¡Oh, no! ¡En una de las lianas había una araña marrón y peluda!

¡No podía ir allí! Sería mejor que me dirigiera al desierto para encontrarme con un dragón. Empecé a reajustar el catalejo, pero me puse a pensar. ¿Una araña era peor que un dragón?

No.

Me quedé muy quieta. Así que mi primer monstruo sería una araña... Con los dedos temblorosos, me desaté los cordones de las botas y saqué las mágicas del saco. La suela de la bota derecha se había desprendido en parte, y el talón de la otra estaba medio gastado. Para colmo, las botas eran tan grandes que temía que se me cayesen en cuanto diese un paso.

Deslicé un pie dentro de una de ellas... ¡y la bota encogió hasta el tamaño perfecto!

Gracias por el regalo, madre.

Ajusté la rueda de siete leguas del catalejo a la primera muesca y eché una ojeada para ver adónde me llevaría el primer paso. Un lago. No quería ahogarme nada más empezar mi búsqueda. Giré la cabeza ligeramente y miré de nuevo. Una aldea. Giré un poco más. Un prado con ovejas. Perfecto. Sujeté con fuerza el saco y me puse de pie, procurando afianzar los pies para que no se moviesen.

Mi expedición estaba a punto de comenzar.

Alcé el catalejo y levanté el pie derecho. «Meryl —pensé—, voy a salvarte».

Un caballo enjaezado enfiló el sendero, unos metros por delante de mí. El animal, sobresaltado, se encabritó, y yo me tambaleé hacia atrás. Las botas salieron disparadas, llevándome consigo. Logré atisbar la cara de sorpresa del labriego antes de alejarme hacia atrás a toda velocidad.

Me sentía como una muñeca de trapo arrastrada por un torbellino, con los pies muy cerca del suelo, dando brincos sobre rocas, tierra..., demasiado rápido como para distinguirlas. Crucé un arroyo, un pantano, salté sobre una valla y pasé rozando una fortaleza de piedra, levantando a mi paso una estela de viento, polvo, hojas, arbustos y barro.

Las botas frenaron bruscamente y se detuvieron en una colina, pero no logré recuperar el equilibrio. Dando traspiés, salí disparada de nuevo.

Luché por recobrar el control, para poder quedarme quieta en cuanto las botas se parasen otra vez. Mientras rebotaba sobre el escabroso terreno —más rocas, hierbas altas, un camino, un río—, hice un esfuerzo por levantar los brazos. Todavía llevaba el catalejo en la mano izquierda, y aferraba el saco con la derecha.

Al cabo de unos tres minutos, las botas redujeron la velocidad. Choqué con algo y caí de rodillas. Por un momento me alegré de haber conseguido detenerme por completo. Pero entonces vi contra qué me había estrellado.

Era un ogro gigantesco (el doble de alto que yo y cinco veces más ancho). Por unos instantes nos miramos fijamente, atontados, pero enseguida empecé a apartarme a gatas. Debería haberme levantado y usado las botas, pero el miedo me había paralizado la mente.

El ogro sonrió y me agarró el brazo izquierdo. Intenté soltarme, pero no pude. Dijo algo, con una voz que sonaba como el choque de dos rocas. Alguien le respondió, con una voz parecida. Tenía tres compañeros, todos con amplias sonrisas en sus rostros pastosos y pálidos. El que me sujetaba recogió su garrote y lo alzó amenazadoramente. En ese instante reaccioné. Me puse en pie y di un paso.

¡Arrastré al ogro conmigo! Sentía que me iba a arrancar el brazo de un momento a otro. Notaba un dolor lacerante en el hombro.

Lo peor fue ver lo que se aproximaba rápidamente: ¡un muro de piedra! Me preparé y pasé por encima, golpeándome con el borde. ¡Una arboleda! Nos internamos en ella a toda velocidad, desgajando ramas y esparciendo la hojarasca.

Eché un vistazo hacia atrás. El ogro intentaba protegerse con el brazo que le quedaba libre. Tenía la cara azul y los ojos desorbitados.

Las botas aminoraron la marcha y se pararon. El ogro profirió un rugido y levantó su garrote. Entonces di otro paso, aullando del dolor que sentía en el hombro. ¿Cuánto tiempo más aguantaría tirando de él?

A lo lejos, hacia la izquierda, divisé una atalaya. La pasaríamos de largo, a menos que... Me incliné con todo mi peso hacia ella. Las botas cambiaron levemente de dirección. Continué inclinándome. El rugido del ogro se volvió más agudo hasta convertirse en un gáñido y después en un chillido. Estábamos a pocos segundos de la torre. ¡Íbamos a estrellarnos!

Con las fuerzas que me quedaban, cargué mi peso a la derecha. El ogro impactó contra la torre y me soltó. Yo continué mi frenética carrera, pero poco después las botas disminuyeron la velocidad y me dejé caer en el suelo. El dolor en el hombro no me dejaba pensar en nada más.

La manga se había desgarrado, y la piel de mi brazo estaba amoratada, con tonos negruzcos y anaranjados. Lo tenía hinchado, al igual que el hombro. La manga me apretaba mucho, lo que aumentaba aún más el dolor. Podía mover los dedos, pero no levantar el brazo. Estaba segura de que se me había dislocado el hombro. Ojalá que Milton estuviese allí.

Cerré los ojos. No podía hacer nada mientras no se me pasara el dolor.

¡Milton! Quizá su regalo, la hierba moila, me serviría. Me desabroché la bolsita de la enagua y conseguí abrirla con mi mano sana. El aroma de la hierba resultaba relajante. Me puse una flor en la lengua. Su perfume me llenó la boca, y por un dulce momento desapareció el dolor. No tardó en volver, pero al menos no me abrumaba.

Me tendí de espaldas y me sumí en un desvanecimiento. Soñé que un amigo venía a verme desde el norte. Sabía que era un amigo, aunque era la primera vez que lo veía en mi vida. Aun así, me alegraba mucho de verlo.

Sentado a mi lado, me desprendió la manga del vestido y, con mucha delicadeza, me recolocó el hueso del brazo en la articulación del hombro. Por un instante creí que se trataba de Rhys, pero rápidamente me percaté de que no era él.

El sueño se disipó y abrí los ojos. Era media tarde, y el dolor que sentía en el hombro se había vuelto muy suave. Tenía el brazo desnudo, todavía hinchado, pero menos que antes. Me sentía lo bastante bien como para tener hambre.

La manga del vestido yacía arrugada a unos metros de distancia. Las botas estaban apoyadas contra el saco, aunque no recordaba habérmelas quitado. Habían recuperado su tamaño original y de nuevo parecían demasiado grandes para mis pies.

Eran un medio de transporte peligroso, pero me habían ayudado a deshacerme del ogro. Me incorporé. Lo había matado, o como mínimo lo había herido gravemente y tardaría mucho tiempo en curarse. Sonreí. ¡Addie, la miedosa, Addie, la timorata, había vencido a un ogro! Por fin sabía lo que había sentido Drualdo al derrotar a un enemigo. Ahora comprendía por qué lo llamaban «el riente».

*Drualdo, el riente
se reía del brillo del sol en su escudo,
de la luna en su espada,
del latir de su corazón.*

Se reía de la muerte vista desde lejos.

Drualdo, el riente, se reía de la risa.

Addie, *la riente*. Me habría gustado contárselo a Meryl.

Meryl... De pronto me asaltó la certeza de que algo terrible había ocurrido, de que había sobrevenido la fase de sueño o algo peor. Miré por el catalejo.

Ningún banderín gris ondeaba en lo alto de la torre. Aliviada, exhalé el aire que había estado conteniendo. Me preguntaba si el catalejo podía traspasar los muros del castillo y si podría ver a Meryl. Lo bajé ligeramente y divisé la pared noroeste. Sin embargo, mis aposentos y los de Meryl daban al este. Di vueltas a la tercera rueda de metal, y atisé el interior de la pequeña habitación de un criado. ¡El catalejo permitía ver a través de la piedra y la madera! Hice girar la rueda de nuevo y me encontré con un corredor. Aunque tardé unos minutos, logré localizar a Meryl. Estaba en camisón, sentada en su sillón azul, con una bandeja de comida sobre el regazo. No parecía haber empeorado.

Bella se inclinó hacia delante en el sillón rojo, probablemente animándola a que comiese. Me habría encantado tener un catalejo mágico para los oídos, y otro que transmitiese mi voz. Un catalejo para oír y otro para hablar.

Bajé el anteojo. Al localizar el castillo había averiguado a qué distancia me encontraba de él, y en qué lugar. Había dado dos pasos de bota hacia el norte y dos más hacia el oeste. Me hallaba en las llanuras de Bamarre, y a mis pies corría el Byne, el mismo río que alimentaba nuestro foso. En el punto donde me encontraba, el río era más estrecho y tranquilo. Más abajo, un sauce mojaba sus ramas en el agua. Saqué del saco el mapa de Rhys. La orilla del Byne estaba salpicada de pueblos. Quizá podría acercarme a uno y alojarme en un hostel. Seguro que allí no habría ogros.

Por otro lado, no podía desperdiciar el resto del día. Tenía la falda sucia y lodosa. El dobladillo estaba rasgado, y había un desgarrón que me llegaba hasta la rodilla.

Dormir en un hostel quedaba descartado, pero antes de aventurarme a penetrar en el bosque de Mulí, tenía que comer algo. Estaba muerta de hambre. Hurgué en el saco y saqué el mantel mágico.

Me sentí un poco ridícula al hablarle a un trozo de tela: «Amable mantel, extiéndete, por favor».

Se agitó en el aire y aparecieron varios platos, justo lo suficiente para mí, y no la absurda abundancia que había desplegado antes. Había una sopa fría de guisante de olor, besugo asado y, de postre, pudín de moras. Me encantaba toda aquella comida.

Tomé la cuchara sopera, ¡y el trozo de mantel que colgaba a un lado de la mesa inexistente me dio un empujón! Me tambaleé hacia atrás y me quedé sentada. Aunque no veía ninguna silla, sentía como si estuviese sobre un cojín colocado encima de un asiento de madera. Me agaché para palparlo. El cojín tenía un fleco invisible, y debajo había madera, o algo parecido; notaba la veta al tacto. Entonces se me ocurrió

que debía tener cuidado, porque si me clavaba una astilla invisible quizá nunca lograría quitármela.

El hambre se apoderó de mí. Dejé de pensar en la silla y me puse a comer. Apuré hasta el último bocado y después dije, con toda sinceridad: «Amable mantel, te doy las gracias por tan sabrosos alimentos». Se plegó solo y quedó suspendido en el aire unos instantes antes de empezar a caer. Lo cogí y lo guardé de nuevo en el saco.

El sol ya estaba bajo sobre el horizonte. Volví a ponerme las botas, agarré el saco y enfoqué el catalejo hacia el bosque del sur. Si había logrado vencer a un ogro, vencería a un espectro sin problemas. Di un paso.

Me daba menos miedo ahora pues sabía que era capaz de controlar la dirección.

Descubrí que podía dominar mejor las botas cuando aminoraban la marcha.

Al cuarto paso me habría plantado en medio de un lago si no hubiese virado. Pero eludí el desastre y empecé a disfrutar del viaje. Resultaba de lo más estimulante avanzar veloz como el viento, ver las llanuras convertirse en colinas y encoger hasta transformarse de nuevo en llanuras. Durante un rato, las botas enfilaron un camino.

Me dirigía a toda velocidad hacia una caravana de carromatos. Al pasar a su lado, vi la expresión de terror del cochero que iba delante.

En medio del paso número dieciséis, me adentré en el bosque de Mulí. ¡Oh, no!

Jamás podría esquivar todos aquellos troncos. Moriría estampada contra un árbol.

Sin embargo, las botas sabían lo que hacían. Recibí algunos golpecitos y la boca se me llenó de hojas, pero no me hice mucho daño. Al fin, las botas comenzaron a andar más despacio y yo me arrojé al suelo. Escupí las hojas y me incorporé, mirando alrededor en busca de arañas. No había ninguna, así que recuperé el aliento.

Me quité las botas de siete leguas y las cambié por mi calzado normal. Reinaba el silencio en el bosque, probablemente como consecuencia de mi aparatosa llegada. No sabía si los espectros tenían oídos pero, de ser así, todos se habrían enterado ya de mi presencia. Bueno, al fin y al cabo había venido para encontrar un espectro. Me interesaba que se enterasen.

El aire era demasiado dulzón, demasiado perfumado, demasiado denso. Me hallaba rodeada de algarrobos de Bamarre, de los que colgaban las lianas que había visto por el catalejo. El suelo era blando y estaba cubierto con capas de hojas secas, acumuladas desde hacía décadas, quizá siglos. Entre los árboles crecían tallos altos, coronados por flores rojas y cerosas, que brillaban de una forma poco natural en aquella penumbra.

Los ruidos del bosque se reanudaron. Una alondra prorrumpió en un canto tan melodioso y agradable como los de los pájaros que teníamos en casa; los insectos zumbaban; se oía el tableteo de un pájaro carpintero. Algo se arrastró entre las matas.

Permanecí inmóvil, esperando, con el pulso acelerado, pero nada me atacó.

Había mucha humedad, y hacía algo de frío. Saqué la capa del saco, me envolví en ella y enseguida entré en calor. No sabía qué hacer a continuación. Había pensado que únicamente tenía que presentarme allí.

«Aquí estoy —grité—. Venid a buscarme». Mi voz sonó aguda y quebradiza. Resonó en el aire y se perdió en el silencio.

Imaginé que había espectros detrás de cada árbol, burlándose de mí, de mis esperanzas, mis propósitos, mi temeridad al invadir sus dominios. Se alegrarían de que Meryl muriese. También disfrutarían con mi muerte, sin duda.

Eché a andar, atenta a la posible aparición de espectros y arañas.

«Estoy aquí. Venid». Nadie venía. Seguí caminando, aunque estaba agotada y empezaba a notar punzadas en el hombro.

La suerte estaba de mi lado: no vi una sola araña. Pero también estaba en mi contra: no vi un solo espectro.

El paisaje apenas cambiaba. Los algarrobos dieron paso a los robles, y detrás de éstos había cicutas. Las flores variaban, pero las lianas eran siempre iguales, y la luz mortecina nunca se desvanecía, a pesar de que, fuera del bosque, la noche ya había caído.

Justo cuando estaba al borde del agotamiento, llegué a un claro. Me desplomé sobre una alfombra de musgo y levanté la vista. Muy por encima de mí, a través de un hueco que se abría en medio del techo formado por las hojas, avisté el cielo oscuro y tres estrellas.

Sentí un enorme alivio. El cielo y las estrellas me recordaban que había un mundo allí, fuera del bosque. Les sonreí. Había llegado al límite de mis fuerzas. No podía continuar mi búsqueda sin antes descansar un poco.

Mullí el saco, lo coloqué debajo de mi cabeza, me tendí en el suelo y me quedé dormida en el acto.

—¿Princesa Addie? —Era la voz de Rhys. Me esforcé por despertar de un sueño profundo. ¡Rhys! Me despabilé de golpe.

—¿Está peor Meryl? —pregunté, incorporándome y arrebujiándome en la capa para calentarme.

—Sigue igual. —Lo distinguí con claridad a la luz fantasmal del bosque. Se agachó sobre mí—. No pretendía asustaros.

Sonreí al ver la preocupación en su rostro. Me alegraba mucho de que estuviese allí.

—¡Os habéis hecho daño en el brazo!

—No es nada. Sólo me deshice de un ogro —dije, sin resistir la tentación de jactarme.

Hizo una reverencia a modo de felicitación.

—Yo también tengo noticias para vos —anunció—, sobre el remedio.

—¿Lo has encontrado? —pregunté, levantándome de un salto.

—No he encontrado *el* remedio, pero he encontrado *un* remedio. Está aquí en el bosque. O más bien debajo del bosque. Os lo explicaré en el camino.

—Estoy lista —dije tras recoger mi saco.

Se ofreció a llevármelo; accedí y nos pusimos en marcha. El bosque estaba más tranquilo que antes. Se oían susurros y, de vez en cuando, el crujido de una ramita, pero los pájaros no cantaban. Me pregunté qué hora sería.

A menudo no había suficiente espacio para que caminásemos uno al lado de otro, así que Rhys avanzaba detrás de mí, guiándome con la mano en mi codo. Su contacto resultaba reconfortante; algo más que reconfortante. Incluso dejé de preocuparme por las arañas. Si nos encontrábamos con alguna, Rhys sabría qué hacer.

Mientras caminábamos, me contó cómo había dado con el remedio especial. Su primera jornada en la ciudadela había terminado a mediodía, de modo que estaría libre hasta el día siguiente por la tarde. Había ido al castillo de Bamarre a ver cómo seguía Meryl, y después había salido en mi busca. Por el camino se había topado con un enano.

—Recorrimos un buen trecho juntos —me dijo—. Nunca hasta entonces me había encontrado con un enano achispado, Addie... princesa Addie. El tipo había trasegado mucha cerveza, y por lo visto eso le soltó la lengua.

Le había hablado a Rhys de la gran ceremonia que celebraban los enanos una vez cada dos siglos. Rhys me explicó que la mayoría de los enanos vive unos doscientos años, pero que su reina, en cambio, es inmortal y vive generación tras generación.

Cada vez que envejece y la vida se le empieza a escapar, los enanos la llevan en un palanquín adornado con joyas, a través de cientos de kilómetros de pasajes subterráneos hasta un lugar situado muy por debajo del bosque de Mulí.

Rhys hablaba en voz muy baja. Me volví y observé que tenía los ojos muy

abiertos ante la espectacularidad de lo que narraba.

—Cantan durante todo el camino, para mantener alta la moral de la reina. ¿No es grandioso?

—Sí —musité.

—Finalmente llegan hasta una cámara secreta, el lugar más sagrado para ellos. Hay cientos de piedras preciosas engastadas en las paredes y un altar recubierto de oro.

Encima del altar hay una caja pequeña de roble, que contiene un anillo liso de plata. Un enano príncipe pone el anillo en el dedo de la reina moribunda, e inmediatamente ella empieza a revivir. Al cabo de una hora, se lo quita. Ya no lo necesita, pues ha recuperado la salud, que le durará otros doscientos años. Y entonces comienza la celebración.

¿Estaba pensando Rhys en usar el anillo para salvar a Meryl?

—Pero si es un encantamiento para enanos, no para humanos —objeté, sin saber muy bien adónde quería llegar—, y la reina nunca contrae la Fiebre Gris...

—Yo también lo he pensado, Addie... princesa Addie. —Detuvo sus pasos, y yo me paré también, para no perder el contacto de su brazo—. En mi mente eres siempre Addie..., simplemente Addie.

—Pu... puedes llamarme Addie —tartamudeé—, simplemente Addie.

—Addie... Ah, eso me sale más natural. —Me dio un suave empujoncito en el brazo y reanudamos la marcha—. Como te decía, Addie, el enano me dijo que el anillo curaba a la realeza, a cualquier clase de realeza, de cualquier enfermedad.

Reflexioné sobre ello.

—Pero ¿no deberíamos presentarnos ante la reina y pedirle prestado el anillo? No tardaría mucho en llegar con mis botas, y tú podrías ir volando.

Me soltó el brazo y yo me di la vuelta. Rhys estaba inmóvil, con expresión consternada.

—Eso sería lo correcto, y es lo que deberíamos hacer, pero se tarda semanas en conseguir audiencia con la reina. Por otro lado, si vamos directamente a la cámara secreta, podemos tomar prestado el anillo y devolverlo pocas horas después.

Me puse a pensar. El anillo podía salvar a Meryl, quizás hoy mismo. La imaginé completamente restablecida, dándonos las gracias a Rhys y a mí, dando vueltas por la habitación con Bella, blandiendo a *Muerdesangre*.

—Tan pronto como Meryl estuviese curada, los tres podríamos devolver el anillo y después mostrarle nuestro agradecimiento a la reina de los enanos.

A Rhys se le iluminó el rostro.

—Eso es justo lo que haremos...

Alguien, a lo lejos, me llamó por mi nombre.

—¿Has oído eso? —pregunté.

—No. ¿Qué ha sido? —Hizo una pausa para escuchar.

—Alguien me ha llamado. La voz venía de allí. —Señalé a mi derecha. Era una

voz masculina, pero no la había reconocido.

—¿Es la primera vez que la oyes? —inquirió Rhys.

—Sí. La primera vez.

—El bosque de Mulí está lleno de voces fantasmagóricas que intentan atraerte hacia el peligro. Es posible que vuelvas a oírla.

—¿Se trata de un espectro?

—Seguramente, pero no conviene encontrarse con él aquí, en el corazón del bosque. Si sigues la voz, sólo te conducirá a la muerte.

«Pues encontremos el anillo rápidamente y larguémonos de aquí», pensé, y me puse a andar de nuevo.

—¿Cómo bajaremos a la cámara secreta? —pregunté.

—Hay una entrada. El enano me la describió y logré dar con ella. No está muy lejos. Yo habría cogido el anillo, pero el enano me dijo que el encantamiento se rompería si entraba en la cámara alguien que no fuese enano o miembro de la realeza. Yo vigilaré la entrada. Cuando estuve en el lugar, vi algunas figuras tenebrosas rondando por allí.

Avanzamos en silencio durante unos minutos. Yo iba meditando sobre la reina de los enanos.

—Me parece... —dije.

—Addie... —dijo él al mismo tiempo.

Los dos nos quedamos callados, confundidos.

—Habla tú primero —sugirió Rhys caballerosamente. La mano que tenía en mi brazo se movió ligeramente, como si estuviese luchando contra el impulso de hacer una reverencia.

—Iba a decirte —comenté con una sonrisa— que me sorprende que la reina no mencionase el anillo cuando mi madre cayó enferma, pero quizá fue porque no se le ocurrió.

—Es la única explicación posible. Seguro que no tenía mala intención.

—¿Y tú? ¿Qué ibas a decir?

—Pues iba a decir que hoy he aprendido algo de Orne. Él...

—¿Tiene que ver con la Fiebre Gris?

—No. Tiene que ver con Orne. Tal vez no sea buen momento para hablar de ello.

—Por favor, cuéntame.

Se aclaró la garganta antes de responder.

—No existe un brujo más severo que Orne, ni menos interesado en todo lo que no esté relacionado con la brujería. Y a pesar de todo, ¡ayer Orne me confesó que había estado casado con una humana! Hace trescientos años, según dijo.

¡El maestro de Rhys, su mayor influencia, se había casado con una humana!

Oí de nuevo la voz fantasmal que me llamaba. «Princesa Addie, princesa Addie». Sonaba tan real...

—Creía que los humanos no le importaban, pero me habló de lo dulce que era su

esposa.

Tropecé con una raíz. Rhys me sujetó el brazo con más fuerza para que no me cayera.

—Y luego añadió algo asombroso. Dijo que los mejores brujos habían estado muy unidos a otros seres, ya sean humanos, elfos o enanos. —Rhys guardó silencio durante unos instantes—. Pero después se negó a añadir una palabra más sobre el tema. Sólo me advirtió que no descuidase mis estudios.

Estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez. Y de nuevo aquella voz, llamándome, recordándome lo terrorífico que era el bosque de Mulí.

—Me había propuesto no hablar de esto —se reprochó Rhys—. Un buen brujo controla sus propios labios.

Yo habría preferido que me lo dijese más tarde, después de que Meryl... de que Meryl se curase, ¡y se curaría en sólo unas horas, si lograba encontrar el anillo! Cuando Meryl se curase, yo estaría encantada de oír hablar de la mujer de Orne, y podría permitirme el lujo de reflexionar sobre lo que eso significaba para mí.

—¿Estamos cerca de la entrada? —pregunté.

—Bastante cerca, Addie. —Hizo una pausa—. ¿Puedo hablarte de esto... del matrimonio de Orne... y de asuntos relacionados con eso...? ¿Puedo hablar de ello en una mejor ocasión?

La respuesta era sí. No podía ser otra, pero deseaba que por el momento lo dejase estar.

—No lo sé. Supongo...

Al fin se quedó callado. Me pregunté cuánto tiempo habíamos estado caminando. No podía hacerme una idea en medio de aquella penumbra que nunca cambiaba.

—Ah. Hemos llegado.

No vi entrada alguna, sólo un montón de rocas. Rhys sacó su varita y apuntó a la piedra más voluminosa, que se encontraba encima de las demás, y ésta flotó en el aire hasta el pie de un arce gigantesco. En el lugar que ocupaba la piedra había ahora un agujero con escalones que conducían hacia abajo. Mi intención era entrar en él sin pensarlo dos veces, pero las rodillas me flaqueaban, así que me acerqué poco a poco.

La abertura era amplia, pero el pasaje se estrechaba enseguida. Un aire frío y pestilente que salía del agujero me hizo retroceder.

—¿Está muy lejos la cámara? —pregunté.

—El enano dijo que se encontraba a menos de media hora de camino.

Media hora de ida, media hora de regreso. ¡Una hora en ese túnel!

—¿Cómo voy a ver por dónde voy?

—Puedo darte una luz, pero no me gusta que entres ahí tú sola. Quizá deberíamos acudir a la reina.

—No hay tiempo. Meryl no puede esperar.

Rhys le dio dos golpecitos a su varita y me la pasó.

—Cuando penetres en la oscuridad, empezará a brillar.

—Si me ocurre algo —dije, tomando la varita—, ¿te irás directamente a solicitarle una audiencia inmediata a la reina?

Asintió con la cabeza, y continuó asintiendo mientras yo proseguía:

—Si no te la concede, díselo a padre. Quizás a él le conceda audiencia antes.

Me acuclillé junto a la entrada. Una vaharada de aire fétido me golpeó la cara. Me envolví bien en la capa y me giré hacia Rhys.

—¿Podrías...? —Estaba a punto de pedirle que me acompañase durante un trecho, pero no quería poner en peligro la vida de Meryl—. Creo que... me voy ya.

Rhys parecía tan preocupado que se me pasó un poco el miedo.

—Hasta pronto. —Bajé el pie hasta el primer escalón. Una sensación gélida me subió por la pierna hasta el corazón. Retiré el pie. No podía meterme allí.

Tenía que hacerlo.

Intenté moverme, pero estaba paralizada.

Era absurdo. Entrar en el túnel resultaba menos peligroso que todo lo que había hecho ese día. No había monstruos en el interior, y Rhys vigilaría la entrada. Inspiré profundamente... pero no logré avanzar. Seguía siendo una cobarde, incapaz de hacer lo que debía. Me giré hacia Rhys.

—Si crees que no es un lugar seguro, no entres —me indicó—, y sigue adelante con tu búsqueda.

¿Cómo iba a seguir adelante con la búsqueda si ni siquiera podía bajar aquella escalera? Puse de nuevo el pie en el primer peldaño pero esta vez no lo retiré, aunque no era capaz de dar otro paso. Me quedé así unos cinco minutos, contemplando la oscuridad, mientras el agujero despedía sus oscuros vapores.

Si lograba hacerme con el anillo, Meryl se curaría y yo estaría a salvo. No tendría que volver a salir del castillo de Bamarre si no quería.

Mi pie izquierdo siguió al derecho. Inicié el descenso.

—¿Princesa Addie?

Me di la vuelta. Había otro Rhys, flotando entre los árboles, a poca distancia. Al parecer no me había visto.

¡Un espectro! ¡Estaba a punto de atrapar un espectro!

—¡Atrás, monstruo! —le ordenó Rhys—. No te permitiré...

—¡No, espera! —Salí del agujero—. No te vayas, monstruo —grité—. Tengo que hacerte una pregunta. —Quizá no tendría que entrar en el agujero, después de todo.

Me volví al oír una voz.

—¿Princesa Addie? ¿Sois vos? No os veo. ¿Lleváis puesta vuestra capa mágica?

¡Mi capa! Me la quité de un tirón. Sólo los espectros y los dragones podrían verme mientras la llevase puesta. ¡Había estado caminando con un espectro! Me había dejado engañar una vez más.

El Rhys espectral, el monstruo, el que me había llevado hasta allí, rompió a reír en un tono agudo y cruel. Se abrazó las rodillas y se balanceó adelante y atrás, soltando fuertes carcajadas. Empezó a desvanecerse.

—Quédate —le ordené, con una voz muy débil a causa del miedo y la sorpresa.

Siguió difuminándose. No tardaría en esfumarse del todo.

—¡Quédate! —grité—. Te lo ordeno.

Reapareció de pronto.

—Dime cómo puedo encontrar el remedio para la Fiebre Gris.

El verdadero Rhys le arrebató mi saco al espectro. Este dijo entonces:

—No sé nada de ningún remedio, pero los dragones y las hadas lo conocen. —Se rió de nuevo—. Sin embargo, te será mucho más fácil encontrar un dragón que un hada.

Se inclinó en un remedo del extravagante gesto de Rhys y desapareció. Su varita, que aún estaba en mi mano, se evaporó también, y mis dedos se cerraron en torno al aire. Me alejé del agujero. Por un momento me quedé sin habla.

—¿Está bien Meryl? —dije al fin—. ¿Está peor?

—Sigue igual. No está más débil.

No estaba más débil. El espectro me había contado la verdad, al menos respecto a mi hermana.

—¿Estáis herida? Vuestro brazo parece...

—Estoy bien. —El túnel, la trampa tendida por el espectro, continuaba abierto, amenazador—. ¿Podrías tapar ese agujero?

Rhys volvió a colocar la roca sobre la abertura, trabajosamente, resoplando del esfuerzo.

—Creo que éste es el peor lugar del bosque. —Hizo una pausa para recuperar el resuello—. He encontrado un claro no muy lejos de aquí. ¿Queréis que vayamos?

Moví la cabeza afirmativamente y lo seguí, luchando por superar el susto. Él se volvió hacia mí y dijo:

—Orne cree que los espectros son hermosos, pero yo...

Debería haberme percatado desde el principio de que el otro Rhys era un monstruo.

El verdadero Rhys jamás robaría un anillo ni se aprovecharía de la borrachera de un enano.

¿Cómo podía saber que este Rhys era el auténtico? Me había salvado del agujero, pero aun así podía ser... Quizá varios espectros se habían confabulado contra mí. Éste también me estaba llevando a un sitio que yo no conocía. Estudié su espalda

mientras lo seguía, pero no saqué nada en limpio.

—El claro debe de estar ya muy cerca. A ver... Ah, sí. Aquí está.

No detecté nada raro. De nuevo me alivió ver el cielo. Todavía era de noche, pero las estrellas empezaban a brillar tenuemente.

La capa de Rhys ondeó cuando él se volvió hacia mí.

—Me alegro tanto de haberos encontrado...

—¿Cómo sabías dónde buscarme?

—Según me contó la princesa Meryl, os dijo que los espectros podían conocer el modo de hallar el remedio.

Era cierto. Eso me había dicho ella. Me tranquilicé por unos instantes, pero la duda me asaltó de nuevo. Un espectro podía averiguar lo que Meryl me había dicho. Me arrodillé, y afanosamente empecé a apartar hojas secas. Hacía mucho tiempo, cuando me había relatado la historia del rey Wilardo y la profecía de la Fiebre Gris, Meryl había mencionado el modo de desenmascarar a un espectro. Y había demostrado que funcionaba con el espectro del lago Orrinic.

—¿Qué hacéis, princesa Addie? ¿Puedo ayudaros?

No le hice caso. Al cabo de pocos minutos había despejado una zona del suelo. La tierra estaba húmeda y esponjosa. Apoyé la mano en ella y dejé una huella.

—Ponte aquí —le dije, haciéndome a un lado.

Parecía desconcertado, pero obedeció.

—Ahora, quítate.

Se retiró y vi que no había dejado pisadas.

—Eres... —La voz se me quebró—. Eres un espectro también. Tendrías que habértelo pensado mejor antes de intentar engañarme dos veces.

El monstruo permaneció inmóvil, atontado. Todavía llevaba mi saco. Extendí el brazo y se lo arrebaté, sin que la criatura opusiese resistencia. Sujetando el saco con fuerza, comencé a quitarme mis botas normales.

—Muy bien, monstruo, ya puedes empezar a decirme lo que sabes —dije jadeando y a continuación le exigí—: ¿Cómo está mi hermana?

—Princesa Addie, no soy un espectro —me aseguré, poniéndose de rodillas y entrelazando los dedos en un gesto dramático. Desde luego, estaba interpretando el papel de Rhys hasta el final—. ¿Cuál es la prueba que no he pasado?

Saqué las botas mágicas del saco y metí las normales.

—Ya sabes cuál es la prueba, y yo también. Ahora, contesta a mi pregunta. Dime la verdad, ¿cómo se encuentra mi hermana? —Metí el pie izquierdo en una de las botas mágicas y me la quité de un tirón—. Contéstame. Te lo ordeno.

—¿El hecho de que no te conteste no demuestra que no soy un espectro?

Me quedé quieta. No sabía qué pensar. Acto seguido, sacudí la cabeza.

—Has demostrado lo que eres al no dejar huellas.

Soltó una risita. ¡Una risita! Estaba pasándolo en grande, jugando conmigo.

—¿Así que ése es el problema? —dijo—. Puedo dejar una huella, si queréis.

Nada más fácil. —Regresó al lugar que yo había despejado y, cuando se apartó, había dos pisadas inconfundibles en la tierra.

—Son las botas las que dejan huellas, no tú —repliqué—. Eres un brujo. Puedes hacer lo que quieras. Eres un espectro, y puedes hacer cualquier cosa.

Se sentó en el suelo y comenzó a desabrocharse las botas.

—Los pies de los brujos son muy feos y huesudos. Habría preferido ahorrarnos esta visión. —Se quitó las medias, que tenían un zurcido grande en el talón derecho.

Efectivamente, los dedos de sus pies eran huesudos, con mechones de pelo en los nudillos. Tenía las uñas demasiado largas. Se encaminó de nuevo hacia la zona despejada...

Y dejó dos huellas estupendas. ¡Era Rhys! Le sonreí, aliviada.

—Pero ¿cómo es que antes no has dejado huellas?

—Pocos humanos saben —contestó, sonrojado y sentándose en el suelo, a mi lado— que el estado natural de los brujos es volar o flotar en el aire, no caminar. En teoría, cuando estamos con humanos, debemos caminar de verdad y apoyar nuestro peso en el suelo, pero... —Se sonrojó aún más—. Yo hago trampa. Floto ligeramente por encima del suelo. —Se rió—. No se lo digas a Orne.

¡Orne! Me preguntaba si el espectro había dicho la verdad acerca de él.

—Rhys... ¿Sabes si Orne... si tu maestro estuvo casado alguna vez?

Rhys me dirigió una mirada socarrona.

—¿Os dijo eso el espectro?

—Sí —respondí, ruborizándome—. Dijo que había estado casado con una humana.

—¿Orne? —Sacudió la cabeza—. Lo dudo. Está en contra de que los brujos se casen.

Volví a meter las botas mágicas en el saco y me calcé las normales. Me sentía muy desilusionada. Rhys empezó a ponerse de nuevo las medias.

—Orne está casi siempre taciturno, pero es capaz de pasar horas y horas hablando de la locura del matrimonio.

Para cambiar rápidamente de tema, le conté la historia que había inventado el espectro. Le pregunté si de verdad había un anillo que prolongaba la vida de la reina de los enanos.

—Sí, pero sólo surte efecto con enanos. No serviría para la princesa Meryl. Además, no está guardado en una cámara subterránea del bosque de Mulí.

—¿Qué habría sucedido si yo hubiese continuado bajando? —pregunté—. ¿Me habría dejado encerrada el espectro, tapando la entrada con una roca?

Rhys se levantó del suelo.

—No lo creo —dijo—. Ése no es el estilo de los espectros. Lo más probable es que el túnel se ramificase más abajo...

—Y entonces yo no habría sabido por dónde ir. —Me imaginé la situación—. Habría tenido que dar la vuelta para pedir ayuda, pero sólo habría encontrado más

túneles y no habría visto a nadie que... —Estaba a punto de desvanecerme. Respiré hondo para evitar el desmayo.

—¿Estáis bien?

Asentí y volví a cambiar de tema.

—Antes de llegar al bosque vencí a un ogro. —Le relaté lo ocurrido a Rhys, y eso me hizo sentir mejor.

—Vuestra primera victoria. —Hizo una reverencia para felicitarme..., tal como había hecho el espectro. Me estremecí.

—Addie... Princesa Addie...

Sentí otro escalofrío y me pregunté por qué había tenido ese lapsus. Me costaba creer que yo fuese «siempre Addie, simplemente Addie» en su pensamiento. De todos modos, si había dejado que el falso brujo me diese un tratamiento más informal, no había razón para no permitírsele también al verdadero.

—Puedes llamarme Addie, sin el título. Y puedes tutearme. No me importa.

Movió la cabeza afirmativamente, con solemnidad.

—Gracias, prin... Gracias, Addie. —Me dedicó una amplia sonrisa y añadió—: Ayer, en la ciudadela, estuve trabajando en algo para ti. Quería impresionarte.

Me sentí ridícula por ilusionarme tanto al oír aquello.

—¿Puedo enseñártelo ahora, para celebrar tu triunfo sobre el ogro? —inquirió.

—Por supuesto. —Podía acabar achicharrada por un dragón al día siguiente y entonces nunca sabría de qué se trataba.

Rhys sacó la varita de su manga ancha y floreada, y apuntó con ella hacia el cielo.

Una nube fue descendiendo hasta quedar suspendida sobre el claro.

—Empezaremos animando un poco el ambiente de este bosque tan lúgubre. —Inclinó la varita, y la nube adoptó la forma de una media luna. Rhys hizo un pase con la varita, y la nube se iluminó con un resplandor amarillo. Era la luna más bonita y relajante que había visto jamás.

—¿Puedo...? ¿Me dejas tocarla?

—Adelante.

Me acerqué a la nube, que amablemente bajó a mi altura. Extendí la mano y... noté un hormigueo en el dedo. ¡Estaba tocando una nube!

—¡Hace cosquillas! —exclamé, acariciándola—. Y está muy mullida. ¡Así deberían ser todas las aventuras!

Rhys sonrió, complacido. Hice un poco de presión con el dedo, y la nube lo dejó entrar. Ahora me cosquilleaba toda la mano. Al cabo de un rato saqué la mano y me acerqué a Rhys.

—Ahora que tenemos luz... —Atrajo otra nube pequeña y ovalada, que quedó flotando muy cerca del suelo. De pronto, empezó a cambiar de forma y color hasta transformarse en una reproducción del banco que teníamos en el viejo patio del castillo.

Rhys hizo bajar otra nube y agitó la varita arriba y abajo, describiendo eses y

ochos en el aire y pulsando diferentes puntos de la varita, como si estuviese tocando la flauta. Solté un gritito de sorpresa. Allí estaba yo —encarnada en una nube—, sentada en el banco nuboso. Aparecía muy favorecida. De hecho, la Addie real jamás había estado tan bonita como aquella muchacha nube, sentada a la luz de una luna nube.

El cabello castaño y liso de esa Addie no era ralo como el mío, sino sedoso y con cuerpo. Mi pose —no, su pose— era muy elegante; tenía la espalda recta y las largas piernas dobladas bajo el banco. Sus ojos grises despedían un brillo ardiente.

Parpadeaba muy a menudo, como yo; según Bella, eso me hacía parecer aturrullada.

Sin embargo, el parpadeo de la nube le confería un aspecto dulce. Sorprendentemente, su vestido verde chillón le sentaba bien pues hacía resaltar el color de sus mejillas. Era encantadora, esa Addie. Otra nube se colocó junto a la mía, en el banco, y empezó a cobrar forma. Esperaba que fuese Rhys, y lo era, pero...

—No tienes la barbilla tan larga.

—Nunca consigo retratarme bien. Eso es lo que tenía que mejorar antes de mostrártelo.

La nube Rhys se puso en pie e hizo una reverencia. Mi nube le respondió con una zalema. La nube Rhys señaló al cielo. La nube Addie se llevó las manos al corazón y asintió con la cabeza. Y entonces la nube Rhys levantó a mi nube en sus brazos y la llevó volando al cielo rosado del alba.

—¡Oh! —exclamé, deseando ser esa nube.

La luna nube se elevó también, y la nube Rhys y la nube Addie dieron tres vueltas alrededor de ella y salieron disparadas, entrando y saliendo de la masa de nubes comunes.

A mi lado, el verdadero Rhys agitó la varita, y tanto las figuras como las nubes se disolvieron en nubes normales. Con otro pase, hizo que el banco nube ascendiese y se fundiera con las demás.

—¿Te ha gustado?

—¡Ha sido maravilloso!

Hizo una reverencia. Si no me hubiese hablado de la opinión que a Orne le merecía el matrimonio, me habría preguntado por qué había subido a mi nube al cielo en sus brazos. Sin embargo, sabía que era únicamente por su afición a lo espectacular, por el placer que sentía al complacer a otros.

Alcé la vista al cielo. Fuera del bosque ya era de día, y debía reanudar la búsqueda.

—Es hora de salir del bosque de Mulí. —Introduje la mano en el saco para coger las botas.

—No vas a necesitarlas. Puedo llevarte volando.

¿Llevarme volando por el cielo a mí, la Addie de verdad?

—No te dejaré caer. Volar es...

Resultaba incómodo avanzar dando traspies con mis botas, pero me había acostumbrado, y no podía caerme desde muy alto.

—... Es de lo más bonito. Notarás la sensación del viento en la cara, y podrás tocar más nubes —prosiguió. Parecía tan entusiasmado, que tuve que reprimir una carcajada. Si me dejaba caer, al menos no tendría que enfrentarme a un dragón.

—De acuerdo, pero no me lleves volando encima de la Luna o alrededor del Sol.

—No lo haré, te lo prometo. ¿Hacia dónde vas?

—Al oeste. Hacia donde moran los dragones.

Me levantó tal como la nube Rhys había levantado a la nube Addie, con un brazo en mi espalda y el otro bajo mis rodillas. El corazón me latía con fuerza, por el miedo y por otro sentimiento que me negaba a admitir.

—Saldremos de Mulí del modo más rápido —comentó. Me armé de valor y miré hacia abajo. El suelo del bosque se alejaba rápidamente. Poco después estábamos volando sobre las ramas más altas de los árboles más altos. Rhys volaba en posición vertical, como si estuviese de pie. No era tan veloz como mis botas, ni mucho menos, pero cuando perdí el miedo a las alturas, esta forma de viajar me resultó mucho más agradable. Apoyé la cabeza contra su pecho, y me sorprendió percibir el calor de su piel a través de su capa.

—¿Sientes mi llama de brujo? —preguntó, con la boca junto a mi cabello—. Arde ahí, justo por encima de mi esternón.

—Sí —murmuré.

Llegamos a los confines del bosque, pero Rhys continuó volando durante varios minutos antes de aterrizar sobre una colina desde la que se dominaba un lago. Me aparté de él, esperando que mi corazón recuperase pronto su ritmo normal.

—¿No es estupendo, Addie? —inquirió, con los brazos muy abiertos.

Asentí con la cabeza. El lago reflejaba el cielo, y dos hermosos cisnes nadaban en la superficie. Una hilera de árboles engalanados con flores rosadas recorría la ladera.

—Gracias por dejarme aquí.

Hizo una reverencia, recordándome de nuevo al espectro.

—Supongo que un espectro sería tan capaz de hacerse pasar por mí como de imitarte a ti —señalé.

—No estoy seguro. No sabría si actuar como la tímida Addie o como la Addie que aplasta ogros contra muros y da órdenes a los espectros.

Sacudí la cabeza al oír sus elogios.

—En ambas ocasiones estaba muerta de miedo.

—Pero de todas maneras, te las arreglaste. —Hizo una pausa y añadió—: Tendré que marcharme dentro de unos minutos. ¿Adónde irás desde aquí?

Aspiré a fondo y respondí:

—Al desierto, a encontrar un dragón.

—¡Un dragón! —Rhys se quedó callado. Después dijo, moviendo la cabeza afirmativamente—: Tienes razón. Habrá más esperanzas de que la princesa Meryl se

salve si encuentras un dragón. Pero Addie, no me gusta... Quisiera poder... —Volvió a guardar silencio durante unos instantes—. Sé algunas cosas sobre dragones, más que cualquier humano.

—Por favor, cuéntame lo que sabes. —Me senté en el suelo.

—Son solitarios —dijo, acucillándose junto a mí—. Rehuyen a los otros dragones y detestan a los demás seres. Sin embargo, se sienten solos y disfrutan conversando. Por eso alargan tanto la muerte de sus víctimas humanas. Si te captura uno, debes mantenerlo entretenido.

¡Entretenido! Nunca me gustó hablar con extraños. ¿Cómo iba a mantener a un dragón entretenido?

—¿Qué los entretiene?

—Supongo... —Su rostro quedó inmóvil—. Me están llamando, y no podré marcharme otra vez de la ciudadela.

—¿Cuándo terminarán las ceremonias?

—El último acto se celebrará dentro de seis días. —Hizo una breve pausa y agregó rápidamente—: El vientre de un dragón es su zona más delicada. También se los puede herir debajo de las garras y dentro de las orejas. —Se levantó—. Ten mucho cuidado. Sería terrible que... —Se elevó en el aire.

¿Qué sería terrible?

En un abrir y cerrar de ojos quedó reducido a un punto en el cielo, y acto seguido desapareció. Me habría gustado que se quedara. Nunca me había sentido tan sola. Yo no era la hermana adecuada para ese trabajo.

Saqué el catalejo del saco. Había llegado el momento de encontrar un dragón. Y entretenerlo.

Bella nos había enseñado muchas cosas sobre los dragones, y Meryl estudiaba minuciosamente libros que trataban de ellos en la biblioteca de padre. Se sabía que sus expediciones de caza duraban un día, y que durante las mismas atacaban caballos, vacas, cabras, ovejas y, cuando se lo pedía el cuerpo, personas. Por lo general se atiborraban rápidamente de ganado, y los propietarios de los animales no encontraban más que los huesos. Sin embargo, nunca aparecían restos humanos, y en más de una ocasión se había visto a un dragón llevarse volando a un prisionero, sujetándolo con la cola. Creíamos que jugueteaban con los cautivos, a veces durante meses, antes de matarlos. En el *Drualdo*, el héroe rescata a una doncella después de matar al dragón Yune, y la muchacha queda aturdida y medio muerta como consecuencia de cinco semanas de tormento.

Cuando no estaban cazando, los dragones dormían mucho, pero también se dedicaban a examinar sus tesoros robados y los huesos de sus víctimas, sopesando, contando, contemplando. Yo no sabía qué más hacían, si recitar poesía, cantar o tallar las patas de las sillas.

Pero lo que sí sabía era que jamás sería capaz de vencer a un dragón en combate.

Mi única esperanza residía en tenderle una trampa. Pero ¿cómo iba a engañar a una criatura conocida por su astucia? Estuve pensando en ello mientras transcurría la mañana.

Al fin se me ocurrió una idea. Entraría en la guarida de un dragón mientras estuviese durmiendo o de cacería. Me quedaría quieta, con las botas de siete leguas puestas —procurando no tambalearme—, esperando a que el dragón despertase o regresara. En cuanto lo hiciera, le diría que estaba dispuesta a morir a cambio de la información, y le pediría que me revelase el remedio para la Fiebre Gris. El dragón me creería atrapada, y seguramente me lo diría. En cuanto pronunciase las palabras, yo daría un paso y me esfumaría de allí. Parecía sencillo.

Saqué el mapa del desierto del oeste. Había pocos lugares señalados: un oasis cercano al límite septentrional del desierto, otro en la zona central y las guaridas de tres dragones. Una de ellas, marcada con el nombre Kih, estaba a unos treinta kilómetros de nuestra frontera occidental con el reino de Pevir. Otra, con una indicación que decía Jafe, se encontraba al sudeste de la primera, a unos ciento cincuenta kilómetros. La tercera se hallaba hacia el centro del desierto, no muy lejos de uno de los oasis. Llevaba el nombre Vollys, que era como se llamaba el dragón hembra que había bajado en picado para llevarse a un campesino el año anterior. Era la misma bestia que Meryl deseaba matar, la misma cuyos huevos Meryl deseaba comerse.

Alcé el catalejo para orientarlo hacia el desierto, pero mi brazo tenía otras intenciones y lo enfocó hacia el castillo de Bamarre. Contuve la respiración por un instante.

No había ningún banderín gris en lo alto de la torre. ¡Meryl estaba resistiendo!

Aumenté la imagen y encontré su dormitorio. Yacía en cama, recostada en sus almohadas, mirando por la ventana. Me pregunté si albergaría alguna esperanza de que yo encontrara el remedio.

Bajé el catalejo y ajusté las ruedas para intentar localizar a Vollys. Tenía fama de ser el dragón más viejo de Bamarre, así que supuse que probablemente conocería la cura para la Fiebre Gris.

El desierto era un sitio lleno de rocas enormes y barrancos bajos de arenisca. Mis ojos trataban de encontrar algo de vida en medio de todo aquello, pero no veían más que un paisaje yermo. Continué buscando hasta que divisé una humareda que rodeaba una roca alta. Seguí la columna de humo hasta su origen: una cueva que se abría en la pared de un precipicio. Di vuelta a la última rueda del catalejo, y allí estaba Vollys, durmiendo frente a su guarida. No era como yo la había imaginado. No dormía despatarrada, sino que tenía las alas pulcramente plegadas y estaba hecha un ovillo, con su larga cabeza apoyada en una de sus patas delanteras. Había visto a los gatos del castillo dormir así cientos de veces.

Mientras la observaba, abrió un ojo y dirigió la vista hacia mí. Me sentí atravesada por su mirada, aunque en realidad estaba demasiado lejos para verme. Tenía el iris claro y brillante, facetado como un diamante, y el blanco del ojo inyectado en sangre.

Seguramente estaba clavando su mirada fría y astuta en una pobre serpiente del desierto. Aunque tal vez sí que me veía. Los dragones sabían muchas cosas. Quizá también veían muchas cosas. A lo mejor había adivinado mis intenciones y detectado mi miedo, y se había enterado de mi existencia y de la de Meryl.

El ojo se cerró, pero su sueño ya no me inspiraba confianza. Estaba convencida de que si me acercaba a ella, me recibiría despierta. Reajusté el catalejo para encontrar al dragón Kih. Vislumbré su guarida, con una pila de huesos frente a la puerta, pero no había ningún Kih a la vista. Debía de estar en otro sitio, cazando.

Me puse las botas mágicas, aunque me temblaban las manos y apenas pude atarme los cordones. Me erguí y alcé el catalejo una vez más para confirmar la dirección. Allí estaba Kih, aterrizando ante su guarida, batiendo las alas, con el cuerpo ensangrentado de un caballo entre las garras delanteras. Tenía el morro empapado y teñido de rojo.

Perdí el equilibrio y estuve a punto de dar un paso. Las rodillas me fallaron y tuve que sentarme. Si el dragón hubiese tardado diez minutos más, habríamos llegado al mismo tiempo. Levanté el catalejo una vez más para buscar a Jafe. Otra guarida vacía... No, no lo estaba: una cola sobresalía de la boca de la cueva, y alcancé a distinguir la silueta oscura del dragón en el interior. La cola golpeó el suelo y comenzó a moverse de un lado a otro. Por lo visto, Jafe tampoco dormía como un tronco.

Eché otra ojeada a Vollys. Tenía los dos ojos cerrados, pero se rascaba el costado

con una pata trasera. No me atrevía a acercarme. Intenté pensar en otro plan, pero no se me ocurría nada, excepto que tenía hambre. Me cambié las botas y saqué el mantel. Interrumpí el almuerzo varias veces para observar a los dragones. Vi a Kih arrastrar el caballo muerto al interior de su guarida. Jafe permanecía dentro de su cueva, y Vollys seguía sumida en un sueño inquieto. Acabé de comer.

—Amable mantel...

Una sombra cruzó el lago. Alcé la vista.

Siete grifos volaban hacia mí sin hacer el menor ruido. Intenté coger las botas mágicas, pero era demasiado tarde. Estaban sobre mi cabeza, bajando en picado hacia mí, chillando y soltando risotadas. Saqué a *Muerdesangre* del saco. Si iba a morir, al menos me llevaría a un grifo conmigo. Me aparté del mantel a fin de tener espacio para blandir la espada. Empezaron a aparecer nuevos platos: asados, hogazas, una pila de fuentes, como para servir a los nuevos invitados.

Los grifos se abalanzaron sobre la comida, sin siquiera dirigirme una mirada.

Empezaron a devorarlo todo antes incluso de tocar el mantel con las patas. Las gotas de salsa salpicaron el aire, las jarras volcaron, unos platos se estrellaron en el suelo y otros se rompieron bajo las garras de los grifos. Las criaturas chillaban mientras comían y se propinaban empujones y picotazos unas a otras para alcanzar lo que querían. A veces hacían sangre a sus compañeros y se la tragaban junto con todo lo demás.

Apestaban a sudor y alimentos podridos. Su piel de león estaba surcada de verdugones supurantes y de cicatrices negras, y su plumaje de águila era ralo y dejaba a la vista trozos de piel marrón.

Durante unos minutos, el aturdimiento me impedía pensar. Por fin me espabilé. No sabía cuánto tiempo seguiría el mantel produciendo platos nuevos; cuando se agotara, los grifos me atacarían. Hurgué en mi saco para ponerme las botas y marcharme. Sin embargo, en cuanto me moví, un grifo comenzó a aproximarse. Me aparté del saco, y la criatura regresó a su banquete. Lo intenté de nuevo, y esta vez se me acercaron dos grifos.

Yo sería su postre. Permanecí inmóvil, empuñando a *Muerdesangre* y pensando qué hacer. Iba a morir. Rhys me buscaría y encontraría mis huesos mondos.

No paraban de aparecer platos nuevos. Los grifos se calmaron un poco y dejaron de agredirse entre ellos. Llegó el atardecer, y el mantel no flaqueaba.

El día tocaba a su fin cuando el primer grifo se desplomó y se quedó resollando en el suelo. Acto seguido soltó un borboteo y murió con el pico y los ojos abiertos. Sus congéneres siguieron comiendo, y diez minutos después otro grifo cayó muerto. Media hora después todos yacían sin vida. Pasé sobre sus cuerpos para llegar hasta el mantel, sepultado bajo un montón de huesos roídos y trozos de vajilla rota.

—Amable mantel... —dije con la voz entrecortada—. Gracias, muchas gracias por salvarme la vida. —Se materializaron dos platos más: una sopera llena de estofado y un pastel de chocolate. Comencé de nuevo—: Amable mantel, te doy las

gracias por tan sabrosos alimentos.

Los platos nuevos y los restos de los antiguos desaparecieron de golpe. Le di unas palmaditas al mantel, lo plegué y lo guardé en el saco. A continuación, me alejé de los cadáveres de los monstruos. Cuando ya los había dejado lo bastante atrás para no percibir su pestilencia, saqué el catalejo y enfoqué el desierto.

Vollys había abandonado su guarida. Era una buena oportunidad.

Oí un batir de alas sobre mí. ¿Más grifos? Se trataba simplemente de dos buitres que revoloteaban sobre mi cabeza, dos figuras negras recortadas contra el sol del ocaso. A lo lejos, otro se aproximaba para unirse a ellos.

Centré mi atención de nuevo en el catalejo. Quería ver a Meryl, una vez más, antes de adentrarme en el desierto. Un banderín gris ondeaba en la torre más alta.

Enfoqué el dormitorio de Meryl. Padre se encontraba junto a su cabecera, leyendo el *Libro de las verdades hogareñas*. Bella sollozaba, y Milton estaba corriendo las cortinas. Por un instante angustioso pensé que ella había muerto, pero entonces vi que sus dedos se abrían y se cerraban sobre el cubrecama.

Había entrado en la etapa de sueño. Le esperaban nueve días de sueño, tres de fiebre y después... la muerte.

Bajé el catalejo. Las lágrimas me empañaban la vista.

Habían llegado más buitres. Ya eran una docena o más los que engullían y graznaban.

Tenía que irme a casa. Tenía que estar allí y tocar a Meryl, besarle la frente. Tenía que acompañar a Bella en su llanto, preguntarle a Milton qué sabía. Sólo me quedaría unos minutos. Vollys podía esperar.

Oí unos chillidos y un frenético batir de alas. Me volví y advertí que las aves se alejaban a la desbandada, en medio de un torbellino de aleteos y plumas. Me pregunté qué estaba sucediendo. Y entonces vi...

Un dragón volaba a toda velocidad sobre el lago, justo hacia donde yo estaba. ¿Me habría visto? No escupía fuego. Metí la mano en el saco para coger las botas mágicas.

Aterrizó y enroscó la cola alrededor de mí con tanta fuerza que apenas podía respirar. Sus escamas estaban ardiendo. Oí un tañido como de campanas, campanas vibrantes, graves y agudas. Era la risa del dragón.

Aparté la vista y la dirigí al cielo, a los árboles en flor. No lograba fijar la mirada. El terror la hacía rehuir de aquella enorme cara de lagarto. Intenté mover los brazos y los pies, esforzándome por caminar aunque estaba aprisionada. El dragón siguió riendo. Y entonces dijo, con una voz metálica y nasal:

—Soy Vollys. Estoy encantada de conocerte. Siempre conozco a los humanos en circunstancias extrañas, pero quizás éstas sean las más extrañas de todas. ¿Cómo te llamas, doncella?

Traté de responder pero no pude. En lugar de palabras, sólo me salió una tos profunda de la garganta. Formé con los labios la frase «Soy la princesa Adelina», pero no conseguí emitir sonido alguno.

—Me sentiré muy decepcionada si no me hablas, pero quizá te encuentres más a gusto en mi casa.

¡Su casa! Y yo con las botas normales.

—Ahora, espero que me disculpes. He venido a cenar. Ha sido una agradable sorpresa encontrarte. —De nuevo sonaron las campanas de sus carcajadas, aunque más breves y menos estridentes—. Fíjate bien, cariño. Los dragones son los únicos seres capaces de cocinar los alimentos a medida que se los comen.

Empezó a arrastrarme hacia los cadáveres de los grifos. Agarré mi saco cuando

pasamos junto a él, y Vollys no me lo impidió.

—Observa. Usaré una llama potente porque no es aconsejable comer carne de grifo a menos que esté bien cocida. —Aspiró profundamente y exhaló una llamarada.

El humo me quemaba la garganta. Pocos minutos después se tragó la llama.

—Así me gusta, en su punto —comentó. Hundió el morro en el grifo, abriéndose paso con los dientes. Las llamas le lamían la mejilla. Cuando abrió el estómago del grifo y vio lo que contenía, se volvió hacia mí—. ¿Pretendes matarme a mí también de un empacho? Has sido muy lista al tenderles una trampa y luego convertirlos en una trampa para mí. —Sacudió la cabeza—. Me intrigas.

Atacó de nuevo el cadáver. El primer grifo enseguida quedó reducido a un montón de huesos. Pasó al siguiente. El atardecer cedió el paso a la noche mientras comía. Ni por un instante aflojaba la presión de su cola sobre mí, y sus escamas no se enfriaban.

Me entró una sed espantosa.

Intenté pensar en alguna manera de salvarme, pero no lograba concentrarme. Me acordé de las botas mágicas, pero me sería imposible ponérmelas y, aunque pudiese, jamás conseguiría arrastrar conmigo al dragón tal como había hecho con el ogro.

Vollys era tan alta y ancha como una cabaña, y tres veces más larga.

Salieron la luna y las estrellas, y empezó a bajar la temperatura. Tenía la cabeza y los dedos de los pies prácticamente congelados; en cambio sentía el torso abrasado.

Vollys dio buena cuenta del segundo grifo y acometió el tercero. Me evadí de mi miedo y me quedé dormida.

Soñé que bebía una jarra tras otra de agua dulce y que seguía sedienta después de cada trago. Luego soñé que estaba en casa, pero que tenía muchas mantas encima de las piernas. Después soñé con el amigo que me había recolocado el brazo lesionado.

—Aguanta, valiente ratoncillo. Tu final...

Me sentí arrastrada bruscamente de un lado a otro.

—Despierta, querida.

Mis pies rozaban el suelo, y mi cuello estuvo a punto de romperse cuando ella sacudió la cola. Solté un gemido de terror.

—Bien. Estás despierta. Ya he terminado lo que tenía que hacer aquí. Podemos irnos a casa. Pero primero haremos una parada en ese bonito lago. Beberás hasta que sacies la sed, y después beberé yo.

La cola me sujetaba torpemente sobre el agua, unas veces sumergiendo mi cabeza entera, y otras alzándome tanto que no llegaba a la superficie. Yo tosía, escupía y tragaba agua.

Se elevó una nube de vapor cuando Vollys comenzó a beber a lengüetazos. Pasó una hora mientras despachaba medio lago. Entretanto logré tranquilizarme lo suficiente para pensar. Quizá se me presentaría la ocasión de escapar cuando ella se echase a dormir para hacer la digestión. Le preguntaría por el remedio en cuanto llegásemos, y luego, mientras durmiese, me calzaría las botas mágicas y pondría

tierra por medio.

Al fin terminó de beber, levantó la cabeza y dijo:

—Será un gran placer, pequeña, iniciarte en el goce de volar.

Tomó impulso con la cola. En un momento pasé de estar en posición vertical a encontrarme tendida, surcando el aire a toda velocidad y aferrando el saco con fuerza, consciente de que si lo perdía, lo perdería todo.

La tierra y las estrellas desfilaban a una velocidad de vértigo ante mis ojos, y quedé colgada cabeza abajo. Sólo la asfixiante presión de la cola impedía que cayese.

Subimos mucho más alto de lo que había llegado con Rhys. El lago quedó reducido a un tamaño apenas superior a una taza. Se me revolvió el estómago y tuve arcadas. El vómito salpicó la cola y goteó hacia el vacío. Aun así, no solté el saco.

Al fin la cola se estabilizó y yo quedé en posición vertical durante el resto del viaje.

A lo largo del trayecto, Vollys sobrevoló dos aldeas. Alcancé a distinguir el brillo de lámparas en algunas ventanas. Rompí a llorar. Echaba mucho de menos dormir bajo techo, en una cama, sin asustarme por nada salvo por el ulular del viento en el exterior.

Después de lo que me pareció una eternidad, Vollys aterrizó delante de la guarida que había visto a través del catalejo. Me soltó, y yo me tambaleé, y a punto estuve de desplomarme.

—Pasa, querida. Podrás ponerte cómoda y entrar en calor al amor del fuego. —Se rió, y las campanas repicaron de nuevo.

Eché a correr. Sería inútil, pero en ese momento no pensé en ello. Me pilló con la cola y me depositó de nuevo a la entrada de la cueva.

—Empiezas a agotarme la paciencia, pequeña. —Me propinó un empujón con la cola, y yo entré en la cueva trastabillando. El hedor por poco me tumba de espaldas.

Era el olor a dragón, caliente, rancio y metálico, tan intenso que me sentía como si estuviese atrapada dentro de la roca, respirando lava.

El cuerpo de Vollys tapó la salida, bloqueando la luz de la luna. Me alejé de ella, tropecé y caí sobre algo blando. Me levanté de un salto, temerosa de lo que pudiese ser aquello.

Ella me siguió, adentrándose en la cueva. Comenzó a escupir fuego, y creí que el corazón me estallaría de miedo. Sin embargo se trataba sólo de una llama pequeña, con la que encendió varias lámparas colgadas de unos postes altos.

La guarida era hermosa. Se componía de una sola estancia, lo bastante espaciosa para albergar a tres dragones o más, y tan alta que el techo permanecía sumido en sombra. A la luz de las lámparas, vi que las paredes de piedra estaban bruñidas con un intenso color dorado. Al fondo, un estrecho arroyo desembocaba en una charca poco profunda.

A poca distancia de la orilla, el suelo estaba cubierto con varias capas de alfombras y tapices. Cuando tropecé al entrar en la cueva, caí de espaldas sobre una

pila de cojines de terciopelo. Dejé mi saco al lado del montón. Había más cojines diseminados por toda la cueva. A la derecha de la charca había una docena de baúles o más.

Algunos estaban abiertos, y otros, cerrados con candado. Había varias vitrinas y dos armarios anchos contra las paredes. Todas las vitrinas menos una, que se encontraba vacía, estaban llenas de objetos preciosos. Una contenía únicamente copas de plata, otra, diademas adornadas con joyas, y otra, armas: espadas, falces, lanzas, alabardas, mazas... Unas eran de plata, y otras de oro.

—Imagino que no es lo que esperabas. Uno de mis invitados era carpintero. —Vollys bostezó—. Llegó con un grupo de soldados, pero se quedó a hacerme compañía, y descubrí que era un gran artista. —Soltó una risita; un tintineo—. Todavía conservo sus restos. Bueno, pequeña, y ahora debes hablar conmigo. No querrás hacerme un desaire, ¿verdad?

Esperó mi respuesta. Tragué saliva. Intenté hablar, pero sólo conseguí emitir un gemido.

—Tal vez necesitas que te dé aliento. —Exhaló una bola de fuego.

Proferí un grito al ver que mi andrajosa falda se prendía. Vollys apagó el fuego de un escupitajo.

—Ah, veo que tienes voz.

Reprimí otro chillido. Tenía media falda achicharrada, y los desgarrones dejaban al descubierto piel muy roja. Sentía un dolor muy intenso en el muslo izquierdo.

—Y ahora, habla.

Me costaba pensar.

—¿Cuándo me matarás?

Vollys sacudió la cabeza.

—Ése no es un tema de conversación adecuado. Ni siquiera tú lo encontrarás demasiado interesante. Vamos. Imagínate que te encuentras a salvo en casa, esté donde esté. Incluso allí podrían quedarte pocos minutos de vida.

Contuve otro grito de dolor.

—Pero en casa no pierdes el tiempo especulando sobre tu muerte, ¿verdad? Yo tampoco lo hago, y no soy más inmortal que tú. —Bostezó de nuevo—. Háblame de otra cosa.

No se me ocurría nada. Ni siquiera me venían palabras a la mente.

—¿Cuál es el remedio para la Fiebre Gris? —solté.

Sus campanas repicaron.

—Te contestaré si tú respondes a esto: ¿qué tienes tú que ver con la muerte de esos siete grifos?

No sabía qué debía revelar y qué debía ocultar. El dolor en el muslo me estaba matando.

—Eh... Nada. Vivo cerca de allí.

—Estás mintiendo, así que yo también mentiré. El remedio para la Fiebre Gris es tomar un trago de leche. —Soltó un sonido parecido a un cloqueo—. Basta. Estoy demasiado cansada para intercambiar tonterías contigo. Espero que hayas entrado en razón cuando despierte.

«Duerme —pensé— y deja que me vaya». Intenté taparme el muslo desnudo y quemado con los jirones de la falda.

—Me voy a dormir, y tú puedes hacer lo mismo, pero tardaré más en despertar. Si tienes hambre, en ese baúl hay comida de la que llevan consigo los viajeros. —Señaló un baúl cerrado.

Me esforcé por concentrarme en lo que decía, aunque me resultaba difícil.

—Y puedes elegir un vestido de este armario. —Señaló de nuevo—. Cuando despierte, pequeña, te sugiero que respondas a mis preguntas con toda sinceridad, pues de todos modos acabaré descubriendo la verdad. También te recomiendo que pienses en alguna forma de entretenerme. Es lo único que exijo a cambio de mi hospitalidad.

Empezó a retirarse hacia la salida de la cueva, y por un momento pensé que se marcharía.

—Todo el mundo tiene la esperanza de escapar mientras duermo, pero siempre cierro muy bien la puerta. —Se colocó con medio cuerpo dentro de la cueva y medio cuerpo fuera, de tal manera que obstruía la salida por completo. Cerró los ojos—. Yo soy la puerta.

No tenía escapatoria. Me dejé caer sobre los cojines y me acurruqué, meciéndome adelante y atrás.

Cada pocos minutos, Vollys abría ligeramente un ojo. Yo deseaba sacar las hierbas moilas para intentar mitigar el dolor, pero no quería que ella las viese.

El dolor se volvió tan acuciante que tenía que hacer algo. Me levanté y fui cojeando a la charca del fondo de la cueva. Al menos podría refrescarme la pierna. El agua estaba tibia, pero el agua que corría por la roca estaba casi fría. Me senté de modo que el agua fluyese sobre mi muslo. Me aliviaba un poco, pero el dolor seguía siendo espantoso.

Al final se me cerraron los ojos y de nuevo me evadí al país de los sueños. Estaba inquieta. Notaba el dolor constantemente, aunque menos intenso, y era consciente de que debería estar despierta, planeando, haciendo algo, preparándome, pero era incapaz de despabilarme.

Finalmente me desperté y me puse en pie. El dolor volvió con toda su fuerza y casi me hizo gritar. En el exterior era de día. Me di cuenta porque el contorno de la espalda y de los costados de Vollys estaba más iluminado cerca de la entrada.

Dormía como un tronco; los párpados ya no le temblaban, y la piel de la mejilla le colgaba sobre el labio. Respiraba profundamente y de forma regular.

Aun así, tomé la precaución de darle la espalda mientras me desprendía la bolsita de hierba moila de la enagua. Chupé una flor y el dolor remitió, aunque permaneció latente, listo para atacar de nuevo. Me pregunté si me aliviaría poniéndome la hierba en la herida. Saqué otra flor y me prendí de nuevo la bolsita a la enagua. A continuación, me pasé la flor suavemente sobre el muslo.

Las ampollas se cerraron al instante y desaparecieron. Aún tenía la piel enrojecida, pero apenas percibía el dolor. Mil gracias, Milton.

Vollys soltó un gruñido muy bajo, y me quedé paralizada. Sin embargo, ella no hizo más que colocarse en la posición que le había visto adoptar cuando la espiaba con el catalejo. Ahora el agujero de un lado estaba a la vista bajo un pliegue escamoso, y parte de su vientre rosado había quedado al descubierto encima del suelo. Alguien más valiente que yo habría desenvainado la espada y se la habría clavado.

O más bien alguien más imprudente. Había una vitrina llena de armas al alcance de la mano. Ella jamás habría podido pegar ojo si estuviese en peligro. Sin duda despertaría en el mismo instante en que yo pusiera un dedo encima de *Muerdesangre*.

Me atreví a sacar el catalejo. Vollys no se movió. Enfoqué el castillo de Bamarre.

Meryl dormía con una sonrisa en los labios, y le deseé dulces sueños. Le quedaban ocho días más de letargo, incluido el día de hoy. Después vendría la fiebre.

Al menos me hallaba junto a un dragón. Quizá lograría persuadir a Vollys para que me revelase el remedio para la Fiebre Gris, si es que lo conocía. Ya me preocuparía de escapar cuando lo supiese.

Decidí comer algo para conservar las fuerzas. Me habría gustado usar el mantel mágico, pero ignoraba lo que haría Vollys si despertaba y lo veía.

Me acerqué al baúl que me había señalado. Una araña negra cruzó la tapa. Era grande y tenía patas largas y nudosas. Me quedé inmóvil, apretando los dientes para no gritar.

La araña se detuvo. Quizá me había visto. Tal vez fuese venenosa y estuviese preparándose para saltarme encima. Intenté convencerme de que yo le era indiferente y de que sólo le interesaban las larvas y las moscas. Sin embargo, no lograba tranquilizarme. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

La araña empezó a moverse de nuevo. Si desaparecía, yo me quedaría angustiada, sabiendo que estaba por allí, en algún lugar. Tenía que hacer algo.

Llegó al borde del baúl y comenzó a bajar por el costado. Cuando llegara abajo, se metería debajo de una alfombra y la perdería de vista.

Alcé la mano para matarla, pero me faltaba valor para tocarla. Desgarré un trozo de mi falda destrozada. Haría que la araña trepara a la tela y luego la llevaría a la boca de la cueva para obligarla a salir.

Pero la mano me temblaba tanto...

Entonces, en medio de mi angustia, me percaté de lo absurdo que era estar aterrorizada por una araña cuando había un dragón durmiendo cerca. No pude por menos que sonreír, y eso me calmó un poco. Formé una bola con la tela y golpeé con ella aquel espantoso cuerpo negro.

Estaba muerta. La había matado.

Ahora que estaba muerta, comprendí que no pretendía hacerme ningún mal. Mi miedo a las arañas se evaporó. Nunca más intentaría acabar con una vida inocente.

Abrí el baúl. Todo lo que contenía estaba envuelto en servilletas de damasco. Había galletas marrones en una, y cecina en otra. Me comí algunas galletas, que estaban rancias, y no toqué la carne. Tal vez Vollys consideraba que dar a sus invitados carne de los anteriores era una broma de magnífico gusto.

Recogí mi saco de la pila de cojines. Me sentía más segura con él entre las manos.

Las botas de siete leguas seguían siendo mi mejor vía de escape.

Pero ¿qué ocurriría si ella rebuscaba en mi saco y las encontraba? Debía esconderlas. Miré alrededor desesperadamente.

Podía meterlas en el baúl de la comida, bajo las servilletas. No, ella podría ponerse a hurgar allí para buscarme algo de comer.

¿En otro baúl? En uno de los que estaban abiertos, no. Seguramente lo estaban porque ella los usaba mucho. Me acerqué a un baúl cerrado y levanté la tapa. Estaba

lleno de cráneos y huesos. Lo cerré rápidamente.

Vollys podía despertar en cualquier momento. Me di vuelta, buscando con los ojos.

Las vitrinas no me servirían; en ellas, todo estaba a la vista. ¿Los armarios? Corrí hacia uno. Las múltiples capas de alfombras amortiguaron el sonido de mis pisadas. Sí, podría arrojar las botas al fondo, detrás de los vestidos. Cambié de idea; si Vollys sospechaba de mí, sin duda registraría los armarios.

Retrocedí unos pasos y me di cuenta de algo. La pared de piedra se curvaba, mientras que el armario tenía el fondo recto. Entre una y otra cosa había un hueco no muy grande. Llevé el saco hasta el armario y metí las botas detrás. Era el sitio más seguro que había encontrado. Ahora debía procurar sobrevivir lo suficiente para utilizarlas.

Después de ocultar las botas, me quedé dormida. Desperté preocupada por Meryl, pero también por cómo iba a entretener a Vollys y por decidir qué parte de mi historia contarle. Algo tendría que decirle de mí. Le hablaría de mi búsqueda, pues ya le había preguntado por el remedio, pero no tenía idea de qué otra cosa podía revelarle sin empeorar mi situación.

Al final determiné contarle la verdad, pues de lo contrario me enredaría en una red de mentiras y me descubriría.

Esa decisión me tranquilizó, y de pronto sentí un hambre atroz. Ya que pensaba hablarle del mantel mágico, le pedí una comida. Mientras comía, mis ojos se posaron casualmente sobre el primoroso bordado del mantel. Entonces me quedé mirándolo.

¡Un bordado! A lo mejor ésa sería una buena forma de entretener a un dragón.

En cuanto hube terminado, levanté una alfombra tras otra hasta dejar un trozo de suelo al descubierto. Con la empuñadura de *Muerdesangre*, me puse a dibujar en la arena. Cuando acabé, devolví cuidadosamente las alfombras a su lugar. A partir de ese momento, me guardaría de pisar esa zona.

Establecí mi espacio en la guarida cerca de la pared de roca y lo más lejos posible de Vollys. Allí dejé mi saco, amontoné unos cuantos cojines, comí y dormí.

Durante el primer día de letargo de Vollys me bañé en la charca, hacia el fondo de la cueva. Después elegí un vestido del armario que me había señalado. Si conseguía escapar —o mejor dicho, cuando consiguiese escapar—, sería conveniente no ir demasiado harapienta.

Muchos de los vestidos pertenecían a mujeres nobles o de la realeza. El canesú de uno de ellos estaba adornado con rubíes, y la cola de otro se hallaba salpicada de esmeraldas. No obstante, yo deseaba un atuendo más modesto que no me estorbase en caso de que tuviera que moverme con rapidez.

Después de buscar durante largo rato, encontré algo sencillo. La falda, de color canela, se cerraba con una faja ancha, y el jubón marrón tenía mangas que me llegaban a los codos, una bendición en esa guarida llena de vapor. Ambas prendas me venían bien, y cuando me las puse me sentí más segura, por el mero hecho de estar

vestida.

Varias veces utilicé el catalejo para mirar a Meryl. Se le había afilado el rostro, y me pregunté si la estarían alimentando. Vi a Milton levantarla para cambiarle las sábanas, pero nunca vi que le diese de comer.

La observé durante horas; observé cómo se colocaba de costado y luego boca abajo, cómo fruncía el entrecejo, cómo sonreía mientras dormía.

Deseé no haberle pedido que aplazara sus aventuras hasta que me casara. Era culpa mía que aún no hubiese matado a un grifo o luchado contra un ogro. Y sería culpa mía que nunca llegase a hacerlo.

Utilicé el catalejo en repetidas ocasiones para espiar a Rhys en la ciudadela de los brujos. La primera vez vi a más de cien brujos reunidos en una enorme cámara circular que no tenía techo. Era de noche, pero las estrellas relucían con un brillo inusitado e iluminaban sus rostros vueltos al cielo.

Unas caras eran morenas, otras pálidas, unas masculinas, otras femeninas. Todas estaban enmarcadas por cabelleras negras y onduladas, así como por alzacuellos blancos sobre mantos de color azul marino. Sus labios se movían al unísono mientras coreaban un canto o una salmodia.

Pensé que jamás encontraría a Rhys entre tanta gente, pero entonces percibí un destello rojo. Allí estaba él, con una rosa prendida en el alzacuellos.

En una ocasión lo vi flotar sobre un jardín en compañía de otro brujo, y me pregunté si se trataría de Orne y si estaría soltándole un discurso sobre los peligros del matrimonio.

Más tarde vi a Rhys inclinado sobre un cuenco lleno de agua. Sopló en él, y el líquido se enturbió. Sopló de nuevo, y el agua volvió a ser transparente. Mojó el dedo, lo agitó una vez, y un grueso pez anaranjado apareció nadando en el cuenco. Agitó el dedo de nuevo, y unas plantas verdes surgieron en torno al pez.

Cuando me encontraba muy triste o asustada, dejaba a un lado el catalejo y me consolaba leyendo el *Drualdo*. Las lámparas, que nunca se quedaban sin aceite, proporcionaban luz suficiente para leer. Las palabras del poema tenían más fuerza allí que en mis aposentos del castillo, pues Drualdo también había estado prisionero.

Le había ocurrido de muchacho y había visitado la corte del malvado rey Eldred en el reino de Tyor. Después de que fracasasen los intentos de Eldred de matarlo por medio de engaños, el rey lo había encerrado en una mazmorra situada a gran profundidad bajo el castillo de Tyor.

*De piedra eran las paredes,
duras como cabezas de ogros.*

*El suelo era de tierra,
blanda como polvos de tocador.*

*Drualdo se puso a escarbar
con su hebilla a manera de pala,
cantando sin cesar:*

*«Cava o muere, cava o muere.
Agradezco a mi buena estrella
el tener una bella hebilla de plata».*

*Drualdo el riente
reía y cantaba.*

*«Hebilla bella como una estrella,
como una estrella bella mi hebilla».*

*Con sonoras carcajadas, cantó
hasta que se le hizo un nudo en la lengua
y ya no pudo cantar de la risa.*

Aunque yo no era todavía lo bastante valiente para reír, esboqué una sonrisa. Como si detectase mi satisfacción, Vollys soltó un gruñido mientras seguía durmiendo. La sonrisa se transformó en una expresión de miedo, pero entonces...

Sentí que una mano se posaba sobre mi hombro, una mano grande, que me infundía ánimos y una enorme reserva de coraje. Me volví pero no vi más que la llama de las lámparas, danzando alegremente junto a las paredes de roca.

¿Danzando alegremente?

El aire del interior de la cueva se estremeció como en un espasmo de hilaridad. No se trataba del tañido de campanas de Vollys sino de una risa humana auténtica, tan grata para mí como la luz del sol después de muchos días de lluvia; era como regresar a casa después de superar mil peligros.

Y entonces se retiró la mano y cesó la risa. Las llamas de las lámparas parpadearon.

Ya no danzaban. ¿Me habría traído Rhys un momento de regocijo, o lo había hecho algún espíritu jovial? Esperaba que fuese obra de Rhys. Sea como fuere, me había proporcionado alivio.

Vollys pasó dormida tres de los once días que le quedaban a Meryl. Me devoraba la impaciencia, pero me daba miedo despertar al dragón.

Cuando por fin volvió en sí, yo dormía, repantigada sobre mi montón de cojines. Me despertó arrojándome un chorro de vapor apestoso y muy caliente. Me incorporé y sacudí los brazos para despejar la humareda. Me lloraban los ojos, la garganta me quemaba y el terror volvió a apoderarse de mí.

—¿Qué has hecho? —observó—. Algo ha cambiado mientras dormía.

¿Estaría refiriéndose a las botas?

—No... No he hecho nada —tosí—. Me he puesto un vestido y...

—No se trata del vestido. Es otra cosa. —Olisqueó el aire y recorrió la cueva con la mirada—. Hmmm... —Se dirigió pesadamente hacia el armario detrás del cual había escondido las botas y lo abrió. Rebuscó con cuidado entre los vestidos que colgaban en el interior. A continuación, se enderezó y cerró las puertas—. Pequeña... —Avanzó hacia mí. Me levanté y retrocedí un paso—. No debemos reñir —dijo con voz más dulce—. Ya descubriré qué es lo que has hecho. No es necesario que confieses. Quizás hasta me sorprenda agradablemente si descubro que has sido astuta.

¡Si encontraba las botas, estaría perdida! ¿Qué podía hacer?

—Eso me dirá muchas cosas sobre ti, que es lo que más deseo. —Se interrumpió mientras se sentaba cerca de mí—. Ahora cuéntame cómo llegaste a estar en una ladera junto a una bandada de grifos muertos. Dímelo o me enfadaré.

Me humedecí los labios, los abrí y expulsé aire, pero no logré articular una palabra.

Advertí que se le encendía una llama entre los dientes y que movía la cola. Aspiró.

Dentro de un segundo me lanzaría una llamarada.

—Me estás asustando —dije en un susurro áspero—. Si... —Tragué saliva—. Si... si quieres que hable —mi voz cobró fuerza—, no debes asustarme tanto. No puedo hablar si me amenazas con achicharrarme. Reducirme a cenizas sólo te proporcionará una diversión muy breve. —Mi propia osadía me asombraba—. Será mejor para las dos que te tragues tus llamas.

¡Me hizo caso! Se tragó el fuego y de nuevo comenzaron a repicar las campanas. Estaba riendo.

Me sentí tan aliviada que incluso me atreví a respirar hondo. Ahora que la abertura de la cueva estaba despejada, entraba un aire mucho más fresco que el que había respirado desde que estaba allí. Volvía a ser de día.

Sentada sobre sus patas traseras, Vollys me recordaba al perro salchicha de lord Tully, el consejero de padre. *Floppet* también tenía las patas delanteras cortas y, cuando se sentaba, le colgaban hacia delante de un modo muy gracioso, como a Vollys..., aunque, a decir verdad, no me apetecía demasiado reír.

—Pensé que lograrías despertar mi interés, pequeña, y no me equivocaba. Te recompensaré. ¿Ves esa vitrina vacía? Te la cedo. Te doy permiso para sacar un objeto de una de mis vitrinas y meterla en la tuya. Adelante. Escoge algo.

Esto era un poco raro. De nuevo hice acopio de valor.

—Si quieres hacerme un obsequio, dime cuál es el remedio para la Fiebre Gris y déjame marchar.

—Quizá más tarde lo haga, pero ahora debes escoger algo para ti. Tendrás tu propio tesoro, una parte del mío. Tener cosas tuyas te hará sentir como en casa. Y ahora, escoge. —Oí crepitar el fuego en su garganta.

Pasé de vitrina en vitrina, procurando no imaginar qué muerte espantosa habrían sufrido los antiguos propietarios de aquellos tesoros. Algunos concederían un enorme valor a los objetos que les pertenecían. Se me ponía la carne de gallina sólo de pensarlo.

Había una talla de marfil que representaba a una doncella tocando un arpa de oro con incrustaciones de zafiro. Por contraste, la doncella no presentaba ningún adorno, y no llevaba más que un vestido sencillo y un gorro. Únicamente los dedos que tocaban el arpa tenían diamantes en las puntas. Mostraba una expresión embelesada. Era la encarnación visible del placer de la música.

Había también un cáliz de plata grabado con la escena de una cacería. Tres bravos arqueros y sus perros de caza tenían acorralado a un ogro.

Un tercer objeto era un cerdo de jade con alegres ojos de ámbar, una boca sonriente, una barriga abultada y guirnaldas de flores con joyas engastadas en torno al cuello.

No quería nada de eso. El permiso para apropiarme temporalmente de algunas cosas era una farsa y un insulto a los muertos. Elegí el objeto menos llamativo que encontré, una caja de madera vacía con incrustaciones de nácar. La coloqué en uno de los estantes que ella me había cedido.

—Gracias.

—Interesante elección, princesita.

Debí de poner cara de sorpresa, pues sus campanas volvieron a sonar.

—Bueno, supe que eras de la realeza, o como mínimo de la nobleza, al verte con ese vestido. Las criadas y las campesinas siempre escogen ropa adornada con piedras preciosas. Piensan que, puestos a morir, mejor morir ricos que pobres. Ahora enséñame lo que llevas en el saco.

¿Qué haría cuando viese a *Muerdesangre*? La mano me tembló cuando la saqué.

No rechistó. Cuando el saco hubo quedado vacío, me indicó que pusiese todo en los estantes de mi vitrina.

—Espero que compartas conmigo el botín de tu mantel.

—Por supuesto.

—Bien. Y ahora cuéntame tu historia. Y nada de mentiras.

Volví a perder la voz por unos instantes, pero aspiré a fondo y comencé:

—Soy la princesa Adelina, pero me llaman Addie... —Le hablé de la enfermedad de Meryl y de mi búsqueda de un remedio para la Fiebre Gris. Vollys preguntó de dónde procedían los objetos especiales que llevaba en el saco. Le contesté que todo, excepto los mapas, formaba parte del legado que mi difunta madre nos había dejado a Meryl y a mí. Temía que si mencionaba a Rhys y a Bella quizá los pondría en peligro. Le aseguré que los mapas habían salido de mi biblioteca.

—Sé que la reina murió y que el cobarde de tu padre, el rey Leonel, vive aún. ¿Te dejó partir en esta misión? ¿Acaso desea que mueran sus dos hijas? —El fuego regresó a su voz—. No me mientas, princesita.

—N... no. Me escapé y me llevé estas cosas conmigo. Pero le dejé una nota pidiéndole que no saliese a buscarme. Creo que dio resultado. —Le hablé del *Libro de las verdades hogareñas* y le cité la sentencia que había incluido en la nota, entre otras.

Le encantaron. Sus campanas repicaban sin parar cuando dije: «La pobreza significa más para el pobre que para el rico. La riqueza significa más para el rico que para el pobre». Como muestra de gratitud, me dejó añadir otro objeto a mi tesoro personal.

Cuando se me acabaron las sentencias, comenzó a inventarse algunas.

—¿Qué te parece ésta? «El hombre impetuoso acaba dominado por sus apetitos». Ésa sería una buena verdad hogareña, ¿no?

—Muy buena —dije, tratando de prestar atención mientras observaba su boca buscando algún atisbo de llama.

Se rió de buena gana.

—¿Y ésta? «Para darle vueltas a una idea hace falta tener una cabeza giratoria». Lo que más me gusta de las mejores es que casi significan algo. —Estuvo carcajeándose durante un buen rato, hasta que por fin alzó la cabeza y olisqueó.

—Ahora lo noto. —Continuó olfateando el aire—. Ya sé lo que hiciste mientras dormía. —Se acercó a la parte posterior del armario y sacó las botas de siete leguas—. Nadie había encontrado nunca un escondrijo tan excelente.

Se bamboleó hacia la entrada de la cueva, extendió la pata hacia arriba y bajó un llavero. Abrió el baúl más grande y guardó bajo llave las botas. Acto seguido, devolvió las llaves al saliente situado encima de la entrada... unos diez metros por encima de mi cabeza.

Sin las botas estaba acabada.

—Más vale que me mates. No me importa —dije. Ya no tenía miedo. Era mujer muerta, aunque todavía respiraba.

—Oh, princesita, sólo estás disgustada por haberte quedado sin tus preciosas botas. Estoy pasándolo demasiado bien para hacerte daño. —Inventó cinco sentencias más y se rió mucho con cada una de ellas.

Cuando por fin cesaron sus risotadas, apoyó el vientre en el suelo y extendió el cuello hasta acercar mucho el morro al dobladillo de mi vestido. Sus ojos quedaron a la altura de mi hombro. Tenía que sostenerle la mirada ardiente e intensa; no podía desviarla.

—Créeme cuando te digo que quiero que te quedes mucho tiempo conmigo —susurró—. Me pongo triste cuando estoy sola. Lo paso muy mal después de matar a un invitado. Recuerdo al primero de todos desde hace más de setecientos años. Tuvo una vida muy corta, pero sigue vivo en mi pensamiento.

Asentí con la cabeza, esforzándome por no recular. Nos miramos fijamente.

—Te creo —musité.

Al fin apartó la vista de mí.

—Nunca les miento a mis invitados. Sería tan absurdo como mentirles a estos montones de huesos. —Señaló un baúl abierto—. Ahora dime cómo piensas entretenerme. —Recogió un hueso, lo acarició y lo colocó de nuevo en el baúl.

—No... no puedo divertirme con palabras —tartamudeé—. Pe... pero tal vez... Se me da bien... —Me dirigí al sitio donde había hecho un dibujo en el suelo y retiré las alfombras. Las líneas que había trazado seguían allí, aunque más tenues. Las repasé con el dedo—. Me tomé la libertad de... Mientras dormías, yo...

—Déjame ver. —Se acercó. Retrocedí, hablando atropelladamente.

—Tengo cierta habilidad para bordar. He pensado que a lo mejor podría retratarte en un bordado. Tengo una tela... —Corrí a mi vitrina y saqué la bola de madera que me había dado Rhys—. Y hay hilo de sobra en el armario si...

—Calla.

Observó atentamente mi dibujo. En él había puesto de relieve su elegancia, las líneas definidas de sus alas plegadas, su aspecto gatuno mientras dormía. Pero quizá no le gustaba verse así. Tal vez prefiriese dar una imagen más feroz. Tal vez habría debido...

—Me has retratado con dulzura, con ojos de amiga. —Su voz sonó más suave y sosegada de lo que la había oído hasta entonces—. Quiero un bordado donde aparezca exactamente así, rodeada de mis tesoros. —Su voz recuperó su habitual timbre nasal—. Y también quiero uno que me muestre en batalla, escupiendo fuego a una docena de valerosos caballeros. Ya encontraremos un trozo de tela para ello. Me has complacido, princesita. Puedes añadir diez objetos más a tu tesoro.

—Gracias, pero no los necesito.

—Cógelos. Ya los necesitarás. Tarde o temprano me volveré contra ti, y entonces los necesitarás.

Antes del anochecer, bordé un esbozo de Vollys en mi tela, trabajando lo más despacio posible, pues no tenía idea de cómo la entretendría cuando acabase el bordado. Le gustó tanto la imagen que me dio tres objetos más para mi «tesoro».

Después compartimos la cena que nos brindó el mantel. Yo comí un cuenco de estofado, y Vollys devoró medio jabalí asado, no sin asegurarme que no acostumbraba a picar entre comidas.

Si se habituaba a comer conmigo, nunca tendría que salir de la cueva a cazar, y jamás se me presentaría la ocasión de escapar. De pronto comprendí la magnitud de la tragedia. Ya nunca volvería a estar sola. Estaría en presencia del dragón durante lo que me quedaba de vida, y durante lo que le quedaba a Meryl.

Después de la cena, bajo la mirada de Vollys, me puse a deshilar un vestido para conseguir hilo dorado y púrpura. Cuando me cansé, me permitió retirarme a mis cojines, pero me sentía observada y no podía dormir. Me quedé mucho rato tumbada, rígida, hasta que me venció el agotamiento. Lo último que pensé antes de quedarme dormida fue que a Meryl sólo le quedaban siete días de vida.

Cuando desperté, Vollys y yo desayunamos en el mantel. Yo me comí un bollo, y ella se zampó un cordero asado entero. Después me puse a coser mientras Vollys me miraba. Estaba estirada, con la cabeza a menos de un metro de la mía. Su aliento metálico me daba un calor insoportable, y sus ojos penetrantes me sacaban de quicio.

Me entró un miedo espantoso de que se me escapase una puntada o de utilizar un color que no le gustara. En esas condiciones no se podía trabajar. El bordado me estaba saliendo deslucido y anodino. Logré reunir el valor suficiente para decirle:

—¿También vigilabas tan de cerca a tu carpintero mientras trabajaba?

—Sí. —Rió—. Y también le molestaba.

—Puesto que es improbable que llegue a conocer a otro dragón...

—Y tan improbable —dijo con otra carcajada.

—Y puesto que no se me da bien relatar historias, ¿por qué no me hablas de tu vida? Podrías describirme la batalla que quieres que borde.

—Las batallas son aburridas, pequeña. —Retorció la cola—. Detesto aburrirme. ¿Te has percatado de que el ojo se me enrojece cuando escupo fuego?

No lo había notado. Se lo dije, y ella lanzó una llamarada, que me pasó rozando la oreja derecha y me chamuscó el pelo.

—Estoy segura de que tampoco ahora te has fijado en mi ojo.

Tenía razón. Guardé silencio, sin atreverme a confesarlo.

—Debo ser indulgente contigo. Eres la invitada más joven que he tenido. Me llevaré sólo un obsequio. Dame uno de los artículos de tu tesoro. Escoge el que quieras. Es un castigo leve. Aún te quedarán veinte. Con veinte podrás vivir durante meses. Vamos, escoge uno.

Sin entender lo que me decía, me acerqué a mi vitrina. Elegí una copa de latón, uno de los últimos objetos que había seleccionado, y lo posé sobre su garra extendida.

Abrió uno de sus baúles, dejó caer la copa dentro y cerró con llave. Me pregunté por qué... Antes, la copa no estaba guardada bajo llave.

—Y ahora observa. Esta vez no te haré daño. Colócate a mi lado, apartada de mi camino, y fíjate en mi ojo.

Así lo hice. Escupió fuego sin quemar nada, y logré mantener la vista fija en su ojo derecho, el que alcanzaba a ver. Justo antes de que brotase la llama, se puso de color naranja, y acto seguido se volvió rojo granate. Cuando Vollys dejó de llamear, el iris recuperó el tono anaranjado y luego su habitual translucidez diamantina. A continuación, parpadeó dos veces.

—Cuando bordes la escena de la batalla, debes poner brillo en mi ojo. Quizá podrías coserle un rubí. ¿Podrás hacerlo?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Creo que mi escaramuza con el rey Wilardo será un buen motivo.

De repente tuve que contener las lágrimas. Meryl me había hablado del rey Wilardo muchos años atrás, en nuestro cuarto de juegos. Fue el rey más valiente, el que había arrancado a un espectro la profecía sobre el remedio de la Fiebre Gris. Cuando contaba treinta y seis años, Wilardo había partido con una compañía de caballeros y soldados para matar monstruos, y nadie los había vuelto a ver.

—Ésta es la escena que bordarás: yo debo aparecer volando bajo y lanzando una llamarada, mientras diez arqueros me disparan sus flechas sin alcanzarme. El fuego danza a sus pies. Un corcel se encabrita, con la crin en llamas. Tres caballeros huyen de la refriega. Debe quedar claro que van a morir, a pesar de su retirada. Sólo un fornido guerrero, el rey Wilardo, se mantiene firme ante mí. —Bajó la voz hasta hablar en susurros—. Yo quería mucho al valeroso rey.

—¿Qué fue de él?

—Me hartó. —Vollys exhaló un suspiro—. Me sacaba de mis casillas. Fue perdiendo uno tras otro los tesoros de su vitrina. Cuando se quedó sin nada, mi amor por él se había agotado también, y él murió. —Se le empañaron los ojos—. Enseguida recobré el cariño que le tenía y empecé a echarlo mucho de menos. Lo mismo me ocurrirá contigo algún día.

Vollys se incorporó, y por fin apartó la mirada de mí. Comenzó a hablarme del rey Wilardo y de otros de sus «invitados». Me habría gustado saber si alguno había intentado escapar y si lo había conseguido.

—Wilardo me increpaba por robar el ganado de sus súbditos —dijo con una sonrisa nostálgica—. Pero yo le decía que sólo estaba recaudando impuestos para él, pues al menos una buena parte de ese ganado iba a parar a su real estómago. ¡Ah, cómo me gustaba competir con él en ingenio!

También le encantaba observarlo mientras cocinaba su comida. Era un proceso meticuloso, pues era sumamente refinado, según me dijo Vollys cuando almorzábamos sobre el mantel mágico.

—Tú también eres refinada, pero algunos de mis invitados no lo eran en absoluto, princesita. Recuerdo a un hombre, un duque, que le hincó los dientes a la pierna cruda de un cervato. No era...

Me esforcé por pensar en otra cosa. Visualicé el paisaje que se dominaba desde mi ventana, en el castillo. Evoqué la imagen de Rhys haciendo una reverencia, de Meryl practicando esgrima antes de caer enferma, de su indignación...

Si ella se hubiese encontrado allí, habría estado pendiente de cada una de las palabras del dragón. Volví a prestarle atención. Vollys estaba repasando de nuevo la lista de virtudes del rey Wilardo. Su risa era armoniosa, contaba cuentos como nadie, tenía una figura estupenda y la barba rizada.

Cuando se interrumpió para tomar aliento, dije:

—Al parecer era perfecto. ¿Por qué te hartaste de él?

—Incluso la perfección llega a hastiar —contestó con un bostezo—. Siempre se conducía con bravura, con cortesía, con amabilidad. Me atormentaba la idea de que había pasado nueve meses mimando a un hombre estúpido, así que dos días después le di muerte.

—¿Ha durado alguien más de nueve meses aquí?

¿Se enfadaría si sacaba el catalejo para mirar a Meryl?

—No, nadie. ¿Por qué estás tan inquieta? ¿Te estoy aburriendo? —Dio un coletazo y los ojos se le pusieron de color naranja. Tragué saliva.

—¿Aburriendo? Tengo motivos para interesarme por la suerte que corrieron mis predecesores.

El brillo se extinguió. Había logrado apaciguarla. Aun así, me arriesgué a enfurecerla de nuevo.

—A menudo se me va la cabeza pensando en mi hermana. No puedo evitarlo. —Le pedí permiso para mirar por el catalejo.

—Por supuesto. Yo también quiero mirar. ¡Aquellos ojos malévolos e inyectados en sangre clavados en Meryl, examinándola! De ninguna manera.

—¡No! ¡No puedes! —Corrí hacia el catalejo.

—Sí que puedo, princesa Adelina —rió Vollys—. Llegará el día en que lo use con frecuencia. Pero, por ahora, te dejo que lo utilices primero.

Meryl tenía el rostro pálido y parecía extenuada. No quería que Vollys la viese así.

De hecho, no quería que la viera, pero al cabo de un par de minutos me quitó el catalejo.

—Normalmente es muy bonita —señalé.

Vollys se llevó el catalejo al ojo izquierdo.

—Ya lo veo. Es preciosa, muy diferente de ti. Vaya, qué poco tacto el mío... —Sus campanas repicaron—. Tú también eres preciosa, pero no tan llamativa. También me doy cuenta de que tienes un temperamento distinto. Ella podría dirigir un ataque, pero tú podrías resistir un asedio. Quizá seas una adversaria de más valía incluso que mi Wilardo.

¡Se equivocaba! Yo no le llegaba a la suela del zapato a Meryl. Ella ya habría matado al dragón y se estaría riendo sobre sus huesos.

—Os llevabais muy bien, tu hermana y tú. Se llama Meryl, ¿verdad?

Moví la cabeza afirmativamente.

—La princesa Meryl te cuidaba, ¿verdad? No hace falta que respondas, ya conozco la respuesta. Esto es muy triste. Ella se muere, y tú también.

No aguantaba más aquella charla.

—Creo que debo hacer algo —prosiguió—. Te revelaré el remedio para la Fiebre Gris.

¿Qué?

—No te voy a liberar, pero te lo diré. Tráeme esos mapas que tienes. Necesito uno de los montes Eskern.

Corrí a buscarlos. Con los dedos temblorosos de la emoción y los nervios, dejé caer el fajo a los pies de Vollys.

—Qué divertido —comentó con una risotada—. Es tan agradable tener una invitada... Busca el que te he pedido, niña, y dámelo.

Se lo entregué, y ella lo levantó a la altura de sus ojos.

—¿Dónde diantre está el valle? Quienquiera que haya confeccionado este mapa no quería que la gente pudiese interpretarlo. Las líneas parecen trazadas por ratones. Necesito una luz mejor. Vamos, lleva el mapa afuera, y te diré lo que quieres saber. —Se puso a cuatro patas y salió de la cueva.

La seguí. Si a pesar de todo no conseguía entender el mapa, podía intentar oscurecer los trazos de alguna manera.

Una vez fuera, Vollys desplegó las alas ligeramente para mantener el equilibrio. Con esa postura semejava una mujer recogiendo la falda para cruzar un charco. Se detuvo cerca de la roca que había junto a la entrada.

—Dame el mapa —pidió, al tiempo que se sentaba cómodamente y estiraba una de las patas delanteras.

Obedecí. ¡Era maravilloso estar al aire libre! Soplaban una ligera brisa. En lo alto vi volar un pájaro.

—Ah, mucho mejor. Hmmm... ¡Sí! Eso es. —Se puso de nuevo a cuatro patas apoyando una garra en el preciado mapa. ¡Acabaría por romperlo! Me disponía a agacharme para quitárselo, pero me contuve.

—Cógelo. —Alzó la pata—. No pensaba destruir el mapa. No estoy de humor para eso.

Lo retiré rápidamente y lo alisé con las manos. Ella se echó delante de mí.

—No sólo los humanos son poetas. Tampoco son los únicos que fabulan cuentos para explicar sus verdades. Los dragones tenemos nuestros relatos, y nuestras verdades no son las mismas que las vuestras. ¿Te he hablado alguna vez de Yune?

Negué con la cabeza.

—Ya lo suponía. Bueno, pues antes de que Drualdo la asesinara, era mi madre.

Pero ¿qué edad tenía Vollys?

—Te declamaré. —Se incorporó a continuación y comenzó a recitar con voz sonora:

*Hothi, de vuelo veloz,
murió a manos de Drualdo.*

*Y Zira, de ardiente llama
y belleza sin par,
cayó también ante él.*

*Los hombres lo llaman
el Riente, el héroe.*

*Drualdo, el que sofoca el fuego,
el que siega la vida,
no es héroe para los dragones.*

¡Drualdo no era cruel! Tenía un talante más bondadoso que nadie, y el hecho de que los dragones lo odiasen lo convertía en un gran héroe para nosotros. Aun así, resultaba extraño oír la versión de los dragones. Era como descubrir lo que piensa un jabalí de sus cazadores.

—Hothi y Zira sufrieron muertes horribles y lentas. —La voz de Vollys recuperó su timbre metálico de siempre—. Yo no era más que una cría en aquel entonces, pero quedé conmocionada. Aunque los dragones nos peleemos a veces (reconozco que no me caen bien muchos congéneres), nos sentimos muy unidos. Mi madre quiso vengarse de Drualdo. Ahora te recitaré unos versos sobre ella.

Yo habría preferido que me revelase el remedio contra la Fiebre Gris, sin más preámbulos, pero ella continuó:

*Yune, la Artera,
la Resistente,
ansiaba agregar
los verdes ojos de Drualdo
a su nutrido tesoro.*

*Al fin lo halló
y se lo llevó volando
sobre las montañas,
a través de las llanuras,
hasta su dulce guarida.*

*Afanosamente llevó
la muerte a su hogar.*

—El poema no acaba ahí, princesa Adelina, pero es muy largo y estás ansiosa por conocer el remedio.

Lo estaba, pero en otras circunstancias me habría gustado oír el poema entero para representarlo en una serie de bordados.

—Te haré un resumen. Mi madre cometió un solo error en su batalla contra Drualdo, pero lo repitió una y otra vez. Tuvo su vida en sus manos en varias ocasiones, pero deseaba que muriese lentamente, como habían muerto Hothi y Zira. De modo que se limitaba a herirlo, a chamuscarle la cabellera, a fundirle la armadura sobre el pecho.

Sentí lástima por Drualdo.

—Él no tuvo tanta clemencia con mi madre. Aprovechaba cualquier oportunidad para herirla con todas sus fuerzas y, cuando se escondió cobardemente entre los objetos preciosos de mi madre, ella tenía varios cortes en el vientre. Sin embargo, en cuanto profanó su tesoro, ella decidió rematarlo. Pero, como ya sabes, se resistió a quemar su tesoro.

*Yune ardía al rojo vivo
como la forja que la creó.*

*Habría abrasado al héroe
de los hombres, lo habría reducido
a una mota de hollín,
a una esquirla de hueso,
de no ser por la traición de Drualdo.*

*De su preciado tesoro se alzó contra ella
empuñando la espada que Yune*

*había ganado a Arkule,
en tiempo inmemorial y en buena lid.
Drualdo atravesó con el acero robado
su vetusto y leal corazón.*

*El fuego de Yune se extinguió
y se le escapó la vida.*

*Mas antes dejó
un legado, un regalo de muerte
para sus enemigos.*

*De su vientre, henchido
de humo pernicioso,
expulsó una peste,
una fiebre gris...*

De modo que la Fiebre Gris no había llegado del mar, como algunos creían. No era un castigo infligido a los hombres por los males que habían causado, como pensaban otros. ¡La había introducido Yune!

Vollys prosiguió:

*Y con largo y fatigoso soplo,
Yune propagó su legado
en tierra de hombres.*

*Cantó, con un hilillo
de voz: «Algunos se salvarán,
otros serán elegidos. Estos
morirán. Los demás seguirán viviendo
para llorar a sus amados muertos».*

*Su voz se apagó entonces
y ella sucumbió,
vengada y satisfecha.*

Yune, la Artera, la Resistente, exhaló su última llama.

Vollys agachó la cabeza. «No te detengas ahora —pensé—. ¿Y el remedio? Recita la estrofa que habla del remedio».

—No juzgamos adecuado incluir la cura en el poema, pero existe uno. —Vollys alzó la vista—. Madre me lo reveló en susurros antes de morir, y todos los dragones lo conocen.

—¿Y cuál es? —pregunté con voz suave, aunque tenía ganas de gritar.

Me observó, pensativa.

—Me caías mejor antes de empezar a recitar. Madre seguiría viva de no ser por los humanos. Quizá no te lo diga.

Si hubiese podido, la habría zarandeado hasta que le castañeteasen los dientes.

Pero en lugar de eso, intenté persuadirla.

—¿No disfrutarás más con mi muerte sabiendo que aunque conozco el remedio no podré salvar a mi hermana?

—Veo que no me has entendido en absoluto. No disfrutaré con tu muerte. Te echaré de menos desde el mismo instante en que caigas sin vida. Pero eres muy amable al tener en cuenta mi placer —agregó en tono irónico—. A pesar de todo, si te lo digo no haré sino acortar tu vida. El hecho de que lo sepas, me pondrá nerviosa e irritable.

De hecho, ya estaba irritable. Tenía los ojos cobrizos y la voz ronca a causa del fuego.

—He decidido quitarte uno de los objetos de tu tesoro. Si te revelo el remedio, perderás dos más, el equivalente de una semana de vida, más o menos. ¿Estás dispuesta a sacrificarte sólo por la satisfacción de saberlo?

Asentí con la cabeza, aunque estaba asustada. De cualquier modo, ella no podía predecir el futuro. Quizá sucediese algo inesperado.

—Muy bien. ¿Ves el valle de Aisnan? —Señaló un punto del mapa con una zarpa.

El valle se extendía entre las montañas más altas de los Eskern. Según el mapa, había más campamentos de ogros en sus laderas y más nidos de grifos en las cimas que en el resto de la cordillera. Extrañamente, no muy lejos de allí se alzaba una aldea de humanos. Era Surmic, el pueblo que no había socorrido a Freya, la amada de Drualdo, cuando la habían atacado los grifos.

—Una catarata muy alta riega el valle —continuó Vollys—. Aparentemente, el agua procede de la montaña de arriba, pero no es así. En realidad desciende directamente del monte Zariat de las hadas. Cuando el agua llega al suelo, desaparece bajo tierra. Un sorbo de esa agua mágica puede curar la Fiebre Gris, pero sólo si el enfermo la bebe allí mismo. No puedes llenar un odre y llevárselo a tu hermana, pues el líquido perdería su poder. Y ahora, dame tres objetos de tu tesoro.

Transcurrieron tres días más, los últimos que le quedaban a Meryl antes de contraer la calentura. Para mí fueron tres días de tortura, pues ahora que conocía el remedio, no podía hacer nada.

Aunque me había quitado algunas cosas después de revelarme el remedio, Vollys no parecía enfadada conmigo. Por el contrario, me trataba muy bien. Aseguraba que mis bordados «le encantaban», y no paraba de ofrecerme regalos, muchos más de los que me había quitado, hasta que llegué a tener setenta y ocho artículos en mi vitrina.

Pero entonces amaneció el cuarto día, el día en que le subiría la temperatura a Meryl. Después de tres días de fiebre, llegaría su fin.

En cuanto me levanté, cogí el catalejo, como hacía cada mañana. Vollys me observaba, como siempre. Antes de que aplicase el ojo al ocular, dijo:

—Empiezo a cansarme de la aburrida devoción que tienes por tu hermana. —El fuego la enronquecía—. Dame ese catalejo. No volveremos a mirarla. —Me lo arrebató antes de que pudiera protestar y lo guardó bajo llave en el mismo baúl donde había metido mis botas de siete leguas.

Le supliqué que me lo devolviese. Le prometí que antes de usarlo le pediría permiso, pero nada de lo que le decía surtía efecto. Me ordenó que trabajase en el bordado, y así lo hice, aunque con los ojos arrasados en lágrimas.

Ahora mi obra no acababa de complacerle. Se quejó de que había elegido los colores equivocados, de que trabaja muy despacio, de que no era lo bastante cuidadosa. Durante esa mañana tuve que devolverle veinte artículos de mi vitrina.

Quedaban cincuenta y cuatro que no durarían mucho si ella continuaba quitándomelos de veinte en veinte.

Además de enfurruñada, estaba inquieta. Se ponía a narrarme historias y las interrumpía de golpe. Comenzó a contar los huesos de un baúl y se detuvo bruscamente, dejando un montón sobre la alfombra. Salía a toda prisa de la cueva y al poco rato irrumpía de nuevo.

Por la tarde se llevó treinta objetos más, entre ellos *Muerdesangre*, mi ejemplar del *Drualdo* y mi capa mágica. A este ritmo me mataría antes del anochecer.

A la hora de la cena me quitó el mantel mágico.

—De ahora en adelante le hablaré yo. —Lo depositó en el suelo—. Amable mantel, por favor, extiéndete.

Nada ocurrió. Vollys repitió las palabras en un susurro furioso. Sus ojos se encendieron con un brillo rojizo. Yo estaba aterrorizada, deseando que el mantel se desplegara. El dragón gritó las palabras, fulminándolo con la mirada. Rugió de nuevo, y esta vez pronunció las palabras en el orden adecuado. El mantel empezó a extenderse en su sitio.

—Así está mejor. —Los ojos recobraron un tono amarillento—. Pero he cambiado de idea. No quiero comer ahora. Amable mantel, te doy las gracias por los sabrosos alimentos.

Empezaron a aparecer platos.

—Amable mantel, más vale que obedezcas, por tu bien. Amable mantel, te doy las gracias por los sabrosos alimentos.

«Dilo bien. —Rogué en mi fuero interno—. Di: “por tan sabrosos alimentos”».

—¡Te arrepentirás! —Una lengua de fuego lamió una esquina del mantel.

Nada sucedió. Ni siquiera se chamuscó.

—Amable mantel —empecé—. Te doy...

Vollys se volvió hacia mí. Sus ojos despedían un centelleo anaranjado.

—He dicho que yo daría las órdenes al mantel. Amable mantel —bramó—, te doy las gracias por los sabrosos alimentos.

No paraba de aparecer comida.

—¡Detente! —aulló, y seguidamente escupió una bola de fuego. El mantel no se

quemó, pero sí los alimentos. La sopa se puso a hervir, una hogaza quedó achicharrada y el fuego chisporroteó sobre un pavo asado. El fuego prendió en la alfombra situada debajo del mantel.

Vollys chilló y comenzó a agitar la cola, esparciendo varios baúles por el suelo.

Estaba obstruyendo la salida de la cueva, de modo que retrocedí, esperando no captar su atención ni acabar aplastada o abrasada por error.

El fuego de la alfombra se propagó hacia el fondo de la guarida, donde yo me encontraba, contra la pared de roca. Vollys lanzó otro fogonazo. El mantel quedó envuelto en llamas que redujeron la comida a cenizas, pero la tela seguía resistiendo.

Yo esperaba que se quemase; tal vez eso la tranquilizaría un poco.

Varios baúles ardían como hogueras. A escasa distancia de mí se prendió una vitrina. En cualquier momento le ocurriría lo mismo a mi vestido.

Vollys iba y venía por la cueva a grandes zancadas, con el mantel entre los dientes.

Lo mordía y flameaba al mismo tiempo.

Al ver que la boca de la guarida estaba despejada, eché a correr hacia ella. Un baúl en llamas se interponía entre la salida y yo. Lo rodeé a toda velocidad. Pisoteé la alfombra encendida y reanudé la carrera.

Fuera estaba oscuro. La suela de mi bota derecha estaba quemada, y me dolía el pie. Corrí alrededor de la roca que había fuera de la guarida. Volví la vista atrás: Vollys no me seguía. Vislumbré su silueta oscura en la cueva incandescente.

Corrí sin parar. No volví a mirar atrás. Si ella venía a por mí, no tardaría en darme cuenta. Tenía la garganta reseca. Según el mapa, había un oasis a unos trece kilómetros. Me dirigiría hacia allí y encontraría algún lugar donde esconderme.

Seguí corriendo.

Salieron las estrellas y la Luna. Me quedé sin resuello. Aflojé el paso y me permití el lujo de echar un vistazo sobre mi hombro. No alcancé a ver la guarida. Ni siquiera era capaz de distinguir en qué barranco se encontraba.

Pasé de la sombra de un despeñadero a otra, esperando no haber errado la dirección. Cuando recuperé el aliento, eché a correr de nuevo.

A esas alturas, Meryl debía de estar despierta y calenturienta. Era imposible que llegase a tiempo para salvarla, aunque lograra salir del desierto con vida. Tampoco estaría con ella cuando muriese.

Noté una ráfaga de viento y Vollys aterrizó justo delante de mí, impidiéndome el paso. Me arrojó una llamarada y yo retrocedí, ilesa. Sus campanas repicaron.

—Ah, pequeña Adelina, te he encontrado. He apagado el fuego; ya puedes regresar a casa conmigo. —Me levantó con la cola y me llevó volando a la cueva.

El incendio se había extinguido, en efecto, pero la cueva estaba caliente como un horno. Lo primero que vi fue una torre de comida sobre el mantel, que continuaba suspendido en el aire. Seguían apareciendo platos, aunque lentamente y en pocas cantidades. Algunos habían caído sobre la alfombra, que todavía humeaba aquí y allá.

—Sé buena chica y pídele a esa cosa que pare.

—Si me sueltas, yo...

—Pequeña —las campanas sonaron de nuevo—, jamás te soltaré si me amenazas. Ya encontraré otra guarida si tu mantel se empeña en producir comida para siempre. Por otro lado, te agradecería mucho que me ahorrases esa molestia.

No sacaré ningún provecho si me negaba.

—Amable mantel, te doy las gracias por tan sabrosos alimentos.

El mantel dejó de preparar platos y desapareció el revoltijo de comida. El mantel se plegó y quedó flotando en el aire.

—Cógelo, princesita. Lo necesitarás para alimentarte mientras yo esté ausente.

¿Ausente?

—No acertaba a entender por qué hoy estaba de tan mal humor —prosiguió—. Sin embargo lo supe en cuanto le escupí fuego a tu mantel. Por culpa de ese mantel no he salido a cazar, y tengo que hacerlo. Después de todo, soy un dragón. Así pues, eso es lo que voy a hacer ahora, Adelina. —Encendió las lámparas que aún permanecían en pie y salió bamboleándose de la cueva.

¡Iba a marcharse!

La seguí al exterior y me quedé apoyada en la roca, con la esperanza de que... de que...

Se dio la vuelta.

—Ya sé que sólo quieres acompañarme un trecho, pero me conformaré con imaginarme tu afectuosa despedida. —Sus campanas sonaron de nuevo. Me sujetó con la cola y me llevó de regreso a la cueva.

Le golpeé la cola con los puños, lo que no hizo sino aumentar el volumen de su risa.

—Princesita, no puedo dejarte marchar. Te echaría mucho de menos. —Empujó la roca para tapar la salida de la cueva.

Me había dejado encerrada.

Un ratón habría podido escabullirse por algún resquicio, pero yo era demasiado grande. Corrí hasta la roca y le propiné varias patadas, pero lo único que conseguí fue un fuerte dolor en el dedo gordo del pie.

La cueva estaba hecha un caos. El armario del que había sacado mi vestido yacía en el suelo, sin nada dentro salvo cenizas. Había baúles desperdigados por doquier, algunos de costado, otros al revés, muchos de ellos con la madera carbonizada y el contenido desparramado.

Me senté en uno que sólo estaba un poco chamuscado. Me levanté de un brinco.

¿Dónde se encontraba el baúl grande en el que estaban guardados el catalejo y las botas de siete leguas? Rebusqué en toda la cueva, rogando que las botas no se hubiesen calcinado y que el catalejo no se hubiese fundido. Encontré el baúl, volcado y medio hundido en la charca del fondo de la guarida.

No estaba demasiado quemado. Algunos de los listones de madera parecían un poco socarrados, y uno se había aflojado. Me lastimé las manos intentando arrancarlo, sin éxito. Corrí hacia la vitrina de las armas, que estaba un poco ladeada pero no se había caído. Empuñé una espada y regresé a toda prisa junto al baúl. En un abrir y cerrar de ojos desprendí el listón.

Sin embargo, sólo me cabían la mano y el antebrazo. Palpé una bota, pero el hueco no era lo bastante grande para sacarla. Tumbé el baúl y vi que la madera en torno a las bisagras se había ablandado por el calor y el agua. Tardé sólo unos minutos en machacarla y soltar las bisagras. Al fin conseguí abrirlo y cogí el catalejo. Meryl estaba despierta, sentada en el sillón rojo, frente a la chimenea. Se hallaba envuelta en mantas y, aunque el fuego estaba encendido, le temblaba la mandíbula y advertí que le castañeteaban los dientes. Tenía los ojos abiertos y brillantes, demasiado brillantes.

Se le habían puesto las mejillas cenicientas, del color de la Fiebre Gris.

Milton le aplicó una compresa fría en la frente. Bella irrumpió en la habitación con otra manta. Meryl movió los labios. Bella le respondió, y Milton dijo algo. Meryl se rió.

Mi Meryl, riéndose en la cara de la Fiebre Gris. Meryl, *la riente*.

¿Qué podía hacer yo? Ojalá Rhys estuviese allí conmigo. Le diría cuál era el remedio, y él podría llevar a Meryl volando hasta la catarata.

¿Y si me preparaba para cuando Vollys regresara? Quizá volvería antes de que Meryl... ¡Tenía que volver antes!

Apartaría la roca de la entrada, que quedaría libre por unos instantes. En ese momento yo podría dar un paso con las botas mágicas. Iría a buscar a Meryl y la llevaría yo misma al valle de Aisnan.

Saqué las botas del cofre. No se habían quemado; sólo estaban empapadas. Me senté en el baúl para ponérmelas. Ya estaba. Me puse de pie... y me senté de nuevo.

Más valía que tuviese cuidado. Si daba un solo paso, me estamparía contra la pared de la cueva o contra la roca de la entrada.

Permanecí allí sentada, pensando. ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Cuánto le quedaba a Meryl? Si la calentura la había atacado hacía unos minutos, viviría tres días más, pero si le había dado esa mañana, le quedaban poco más de dos. Si Vollys regresaba al día siguiente...

Había demasiados condicionantes como para trazar un plan preciso. Lo único que podía hacer era estar lista. Me puse de rodillas (como precaución, ya que llevaba las botas) y comencé a buscar el resto de las cosas que guardaba en mi saco. Encontré a *Muerdesangre*, mi ejemplar del *Drualdo* y mi bordado. Estaba demasiado oscuro para localizar mi capa mágica, pero, por suerte, mi mano la rozó al hurgar en el baúl donde estaba la espada. No logré encontrar el saco ni los mapas, que tal vez se habían quemado. Daba igual; la ubicación del valle de Aisnan estaba grabada en mi mente.

Hice un lío con todos estos objetos, menos con *Muerdesangre*, atándolos con una falda. Si mi plan fracasaba, atacaría a Vollys antes de que me matara. No volvería a convertirme en su mascota.

Me puse en pie y alcé la espada. Hendí el aire con ella. Me disponía a lanzar una estocada... cuando algo me propinó un empujón y me derribó. Intenté ponerme en pie, pero aquello no me dejaba. Forcejeé, pero aquello era mucho más fuerte y me mantenía inmovilizada en el suelo. Al final me di por vencida. ¿Habría dejado Vollys a alguien en la cueva para que me hostigara? Me quedé sentada, jadeando.

Entonces caí en la cuenta de que aquello, fuera lo que fuese, me había salvado la vida. Si hubiese llegado a lanzar una estocada, las botas habrían creído que estaba dando un paso.

—Gracias —susurré.

Por toda respuesta, aquello me levantó hasta depositarme sobre mis rodillas. La espada se elevó, y yo lancé una estocada con una fuerza que ignoraba que tenía. Estaba contenta, o más bien eufórica.

Vollys no regresó esa noche ni a la mañana siguiente. Estaba a punto de enloquecer de impaciencia. No podía estarme quieta. Gateaba por toda la cueva. Lloraba. Gritaba.

De cuando en cuando leía el *Drualdo* y deseaba que ocurriesen cosas imposibles, cosas que sólo sucedían en las aventuras de héroes fallecidos.

A veces incluso trabajaba en mi bordado de Vollys, disfrutando cada vez que le clavaba la aguja.

En otras ocasiones pensaba en Rhys. Lo quería. Si me moría allí, él nunca lo sabría, y quizás eso fuera lo mejor. Sufriría mucho si alguna vez descubría lo que sentía por él.

Lo que hacía más a menudo era mirar por el catalejo. Observaba a Meryl, que yacía tiritando bajo todas aquellas mantas. No probaba bocado; sólo bebía unos sorbos de caldo. Pese a que estaba muy enferma, tenía una expresión de lo más

despreocupada.

¡Era tan valiente...!

Una vez, mientras yo miraba, padre entró en la enfermería. Permaneció allí cinco minutos, y después de leer unas páginas del *Libro de las verdades hogareñas*, de fijar la vista en sus pies, de hablar con Milton y Bella, se marchó sin darle un beso a su hija, sin derramar una sola lágrima.

Ella se echó a reír cuando la puerta se cerró tras él, y yo lloré desconsoladamente.

Después enfoqué el catalejo hacia diferentes regiones del hermoso reino de Bamarre. Vi una plantación de perales cerca del lago Orrinic, un campo de trigo en las llanuras de Bamarre, peces saltarines en un arroyo de los montes Kilket.

En la ciudad de Wempuc vi a un zapatero que estaba terminando un par de zapatos de punta redondeada, dignos de un duque. De nuevo en los Kilket contemplé unas cabras que pastaban cerca de un cabrero soñoliento que echaba una cabezada a la sombra de una picea.

Me disponía a dejar el catalejo cuando advertí que un ogro descendía pesadamente por una ladera más alta. El cabrero se levantó de un salto y colocó una flecha en su arco. Erró el tiro, y el chico, después de soltar el arco, echó a correr montaña abajo.

Riendo, el ogro lo persiguió torpemente durante un trecho antes de volver para llevarse a media docena de cabras del rebaño, que se arremolinaban dando balidos.

Seguí con los ojos al cabrero hasta su pueblo amurallado. Cruzó las puertas a toda velocidad y alguien las cerró a su espalda. Poco después había varios arqueros apostados a lo largo de la muralla, pero nadie salió para ahuyentar al ogro.

Eché un vistazo detrás de la pared y vi una docena o más de cabañas de madera y paja. La muralla, sin embargo, era muy alta y estaba hecha de piedra.

Pasé mucho rato mirando por el catalejo. Vi paisajes magníficos, gente trabajando, aparentemente tranquila y bien alimentada. Pero descubrí otras cosas aparte del ogro que me dejaron consternada.

Vi un grifo abatirse sobre un bebé que dormía en su cuna. Vi una cuadrilla de ogros que sitiaba un pueblo amurallado. Vi un carruaje que avanzaba por un camino, escoltado por una compañía de arqueros, y comprendí que, sin ellos, el carro habría estado demasiado desprotegido para viajar.

Vi a Vollys dándose un atracón con una manada de vacas en medio de un mar de hierba resplandeciente. Un castillo se alzaba en lo alto de una colina cercana.

Vi más víctimas de la Fiebre Gris, jóvenes y viejos, campesinos, gente de la ciudad y nobles. Y vi el dolor de sus seres queridos.

Por primera vez entendí por qué Meryl ansiaba salvar el reino de Bamarre. Padre había hecho poco por nuestros súbditos, pero ella los ayudaría si lograba sobrevivir.

Juré que si yo vivía para contarlo, no volvería a interponerme en su camino. La acompañaría y lucharía a su lado. Si yo me salvaba y ella moría, me las arreglaría lo mejor posible yo sola.

Dejé el catalejo y, unos minutos después, me quedé dormida, aunque me había propuesto no hacerlo. Cuando desperté, ya despuntaba el día; el último día de Meryl.

Cogí el catalejo.

Se había levantado de la cama y estaba sentada muy cerca de la chimenea. Rhys se encontraba con ella. Sin duda su ceremonia había finalizado. Con la varita, atrajo una nube al interior de la habitación. Ésta se posó sobre Meryl y su sillón, haciendo las veces de manta. Gracias, Rhys, mi amor. Eso haría entrar a Meryl en calor mejor que cualquier otra cosa.

¿Vendría él a buscarme? ¿Me ayudaría a escapar a tiempo?

Oí un susurro y un golpe sordo procedentes del exterior de la cueva. Metí bruscamente el catalejo en el fardo que había preparado.

—Apártate, princesita. Sé que llevas esas botas, pero no te dejaré marchar.

Sonó el rugido de una llamarada, y la roca quedó envuelta en llamas. Me alejé a cuatro patas hasta la charca del fondo de la cueva y di vueltas sobre el agua hasta que mi vestido quedó empapado. A continuación me puse de pie, desenfundé a *Muerdesangre* y esperé. Si Vollys me lanzaba un foganazo, le arrojaría la espada. Con un poco de suerte, lograría herirla antes de morir.

Dio un empujón, y la roca rodó hacia un lado, dejando tras de sí una cortina de fuego. Al ver que por fin se me presentaba la oportunidad, no tuve miedo. Aspiré a fondo, enarbolé a *Muerdesangre*, alcé mi pie derecho, calzado con una bota de siete leguas, y di un paso.

Sentí un calor abrasador. Había logrado salir.

Frente a mí estaba Vollys, erguida sobre sus patas traseras. Choqué con ella y, con el impulso, *Muerdesangre* se le hundió en el vientre. Ella profirió un alarido.

Creí que mi pecho había cedido y que se me habían aplastado los pulmones. Me quedé semiinconsciente y medio muerta. Las botas la rodearon. Yo habría perdido la espada de no ser porque mis dedos la sujetaban como unas tenazas. Guardo sólo un vago recuerdo de lo que sucedió después. Las botas me arrastraron, botando y dando trapiés a través del desierto, salvando precipicios, cruzando desfiladeros, mientras luchaba por recuperar el aliento.

Al fin las botas aminoraron la marcha y se detuvieron. Me desplomé, aspirando aire con pequeños jadeos, deseando no tener que volver a moverme jamás.

Sin embargo, ese ser invisible, ese ayudante entrometido, no me permitió descansar: me empujaba, tiraba de mí, no me dejaba en paz. «¡De acuerdo, ya está bien!», pensé. Levanté la pierna izquierda para dar otro paso, y de nuevo salí disparada.

El ser invisible me achuchó para que diese cuatro pasos más, hasta que hube salido del desierto y llegado a las llanuras. Entonces me caí, y el espíritu dejó que me quedara donde estaba. Perdí el conocimiento.

¡Meryl! Me desperté. Luché por desabrocharme la bolsita de la enagua, por abrirla, por sacar una flor. En el momento en que me la llevé a la boca, la mente se me despejó. Durante un segundo sentí el dolor con toda su intensidad, como si unas manos gigantescas me estrujasen el pecho, pero después la presión fue remitiendo y me resultó más fácil respirar.

Eché una ojeada alrededor. Me hallaba en un prado de hierbas altas. El cielo estaba nublado, y un viento fuerte mecía los juncos. Mi fardo estaba junto a mí. Milagrosamente no se había abierto, desperdigando todas mis cosas. Empecé a hurgar en él para sacar el catalejo cuando avisté a *Muerdesangre* a varios metros de distancia, con la hoja cubierta de arena y lodo. Arranqué un puñado de hierba para limpiarla y vi, debajo de la suciedad, que estaba empapada desde la punta hasta la empuñadura en sangre pegajosa y carmesí; sangre de dragón.

¡Bien! Ojalá estuviese muerta y Bamarre se hubiese librado por fin de ella. Miré por el catalejo. Vollys yacía delante de su cueva, de espaldas a donde yo estaba. La observé durante algunos minutos, pero no logré determinar si respiraba o no.

Cambié la dirección del catalejo para buscar el camino a casa. Aquellas montañas, demasiado bajas para ser los Eskern, debían de ser los Kilket, de modo que el castillo de Bamarre estaría...

—¡Addie! Te he estado bus... ¿Estás herida?

¡Rhys! Intenté levantarme de un brinco, pero me dolían las costillas y me acordé de las botas, de modo que me senté otra vez, de golpe. Rhys aterrizó delante de mí.

—¡Estás herida!

—Me recuperaré. Acabo de topar con un dragón.

Rhys sonrió e hizo una reverencia.

—¿Y en qué estado ha quedado?

—No lo sé. ¡Oh, Rhys, he averiguado cuál es el remedio para la Fiebre Gris! —Se lo conté rápidamente. Cuando llegué a la parte en que le clavaba la espada a Vollys y ponía tierra por medio, hizo otra reverencia.

—Tú y Drualdo —comentó con admiración— sois los únicos que os habéis enfrentado a un dragón y habéis sobrevivido para contarlo. Creo que ni siquiera Drualdo habría conseguido escapar de sus guaridas.

Deseaba que Rhys me viese siempre como entonces.

—Me disponía a ir a casa —le dije—. Estaba tratando de orientarme cuando tú...

—Te llevaré volando.

Negué con la cabeza.

—Mis botas son más rápidas.

—¿Me permites que me ponga una?

Cuando se la hubo puesto, nos cogimos de la mano para no separarnos. Rhys avanzaba rozando apenas el suelo, mientras que yo botaba y trastabillaba como siempre. Las botas nos acercaron hasta unos ocho kilómetros del castillo, y Rhys me transportó por el aire durante el resto del trayecto. Mientras volábamos, gritó para hacerse oír por encima del viento:

—Yo no me equivocaba; Orne nunca ha estado casado. Dice que tu espectro debía de ser un principiante para inventarse una cosa así.

No quería pensar en eso ahora. Iba a regresar a casa, Meryl seguía viva, y yo la salvaría. Le pregunté a Rhys si él era el espíritu que me había echado una mano en mis aventuras.

—No —me respondió en voz muy alta—. No sé convertirme en espíritu. Creo que los brujos no podemos.

Entonces, ¿quién o qué me había ayudado? Di las gracias en silencio al espíritu. El viento me golpeaba la cara sin ofrecerme explicación ni respuesta, mientras acudíamos a toda velocidad a ver a Meryl.

Me recibió con los brazos abiertos. Yo corrí hacia ella.

—He encontrado el remedio —le dije hablando sobre su hombro.

Me abrazó con una fuerza febril tan intensa que el pecho me dolió de nuevo.

—Addie, Addie, me alegro de que hayas vuelto —dijo ella con voz ronca. Tenía los labios blancuzcos y las mejillas reseca y peladas—. ¡Mira! —Me soltó y se puso en pie—. *Sir Fiebre Gris* me ha devuelto las energías, por lo menos durante un rato. —Se estremeció y fue a sentarse en el sillón rojo, envolviéndose en la nube manta que le había proporcionado Rhys. Eso estaba bien. Si conservaba cierta vitalidad, el viaje al valle de Aisnan le resultaría menos pesado.

—He encontrado el remedio —repetí, abrazando a Bella y a Milton—. El dragón

Vollys me lo reveló. —Les expliqué a grandes rasgos lo ocurrido.

—Me habría gustado verte atacar a un dragón —comentó Meryl, e hizo una pausa—. Me habría gustado herirla yo.

—No podéis ir las dos a los Eskern —objetó Bella—; están infestados de monstruos.

Meryl se puso a toser un buen rato mientras los demás aguardábamos.

—Iré yo sola —dijo al fin—. Addie, pásame las botas.

—El viaje es demasiado movido —repliqué—. Yo te llevaré. Ya estoy acostumbrada.

—Yo llevaré a la princesa Meryl a la catarata —ofreció Rhys—. No hace falta que vaya nadie más.

—Yo iré también —afirmé, sujetando contra el pecho el fardo donde había guardado las botas.

—Entonces yo me pondré una sola bota —dijo Rhys.

—¡Addie me llevará, y yo llevaré a *Muerdesangre*! —Meryl señaló la espada, que sobresalía de mi fardo—. Tengo fuerzas suficientes para luchar. —Tosió con tanta fuerza que hasta a mí me escoció la garganta.

Discutimos durante cinco minutos. Rhys, sin dejar de inclinarse, repetía una y otra vez todas las maneras en que podía ayudarnos: controlando las nubes, combatiendo en el aire contra grifos o dragones y desplazándose con rapidez aun sin las botas mágicas. Bella y Milton aseguraron que también deseaban ir, y Bella insistía en que Meryl estaba demasiado enferma para pelear. Meryl, por su parte, no paraba de discutir y toser mientras la vida se le escapaba entre las manos. Yo tenía que hacer algo.

—¡Ya basta! —grité. Todos se volvieron hacia mí, sobresaltados—. Iremos Rhys, Meryl y yo. —No deseaba poner a Rhys en peligro, pero tenía poderes de los que yo carecía. Bella y Milton no eran guerreros, así que sólo nos estorbarían—. Rhys y yo necesitaremos espadas. Meryl empuñará a *Muerdesangre*. —Se la entregué. Nunca intentaría detenerla de nuevo.

—¡Hurra! —Se abrochó la vaina—. ¡Addie se hace cargo de la situación!

Le besé la mejilla, que estaba ardiendo.

—Milton, por favor, pídele a un sirviente que consiga espadas para Rhys y para mí. —Me acerqué a mi fardo para sacar el catalejo—. Quiero ver lo cerca que podemos llegar del valle de Aisnan. —Todavía conservaba el mapa en la memoria.

Todo el mundo guardó silencio mientras yo miraba por el catalejo y hacía cálculos.

—Lo más cerca que podemos llegar —dije al fin— es a la aldea de Surmic, que está a cinco kilómetros de allí. Haremos una parada y les pediremos a los aldeanos que nos indiquen el mejor camino.

—¡Surmic! —exclamó Bella—. Esos cobardes perezosos y traicioneros no te ayudarán.

—Sólo les pediremos información —terció Rhys—. Seguro que...

—Soy la hija del rey —dije—. Les ordenaré que nos indiquen el camino. —Si se negaban, les arrancaría las palabras de la garganta.

Milton regresó con un criado que portaba dos espadas. Rhys y yo nos las ceñimos a la cintura. Le pregunté a Milton cuándo le había subido la calentura a Meryl.

—Hace tres días.

—*Sir Fiebre Gris* se sorprenderá al encontrarme recuperada —sonrió Meryl—. Pretende llevarme consigo mañana al alba.

¡Al alba! Yo esperaba disponer de más tiempo, por lo menos hasta media mañana.

La tarde empezaba a caer. Sólo le quedaba una noche. Corrí hacia mi fardo.

—Aquí hay una capa mágica, Meryl. Póntela cuando lleguemos al valle. —Por muy fuerte que se sintiese, tenía que estar más débil que Rhys y yo—. Los grifos y los ogros no te verán, de modo que no podrán atacarte mientras corres hacia la catarata.

—Si me atacan, me defenderé —afirmó, pero de todos modos cogió la capa.

La puerta se abrió de nuevo y entró padre.

—Hija... Addie. Has regresado para despedirte de tu hermana.

Me di la vuelta para que no viese la espada.

—Te saludo, padre.

Meryl tapó la suya con la nube manta. Rhys hizo una reverencia y ocultó la suya bajo su túnica. Pero padre se había dado cuenta.

—¿Celebráis un torneo en el dormitorio?

Rhys y yo comenzamos a responderle a la vez.

—Los brujos llevan espada... —dijo él.

—Estábamos comparando... —dije yo.

—¿Se puede saber qué estáis tramando?

Meryl se dirigió hacia su mesita de noche, arrastrando la manta nube tras de sí.

Tomó su ejemplar del *Libro de las verdades hogareñas*.

—Addie ha encontrado el remedio para la Fiebre Gris. —Tosió—. Se trata de una catarata de los montes Eskern. Vamos a ir allí; tenemos un medio de viajar rápidamente, y llevaremos las espadas para matar monstruos.

Padre se volvió hacia mí.

—¿Cómo descubriste el remedio?

—Me lo contó un dragón. —Le repetí lo que me había dicho Vollys, desesperada por aquella pérdida de tiempo. El pecho comenzó a dolerme de nuevo.

—¿Cómo puedo saber que el dragón decía la verdad? —inquirió padre cuando terminé, en tono indignado.

—Es mi única oportunidad —señaló Meryl, llevándose el libro a su sillón.

—Lo sé, hija. No obstante, tengo que deliberar. Un rey jamás debe precipitarse.

—Oíd esto, padre. —Meryl leyó del *Libro de las verdades hogareñas*—: «Una refriega eludida es una batalla en gestación». Nosotros...

—Podéis seguirnos con un ejército —sugerí.

Meryl pasó la página.

—«La serpiente astuta ataca dos veces». —Rompió a toser—. Padre, esto hace referencia a vos.

—No recuerdo esa sentencia.

—Señor —dijo Rhys—, podemos atacar primero y atontar a los monstruos. Después podéis atacar vos y derrotarlos.

Padre asintió lentamente con la cabeza.

—Puedo seguiros con un ejército. Excelente. Estaremos listos en una semana...

¡Una semana! Y otras tres de viaje, teniendo en cuenta la lentitud de padre.

Le dio unas palmaditas a Meryl en el hombro.

—He de irme. No debo entretenerme...

—Hasta pronto, padre. —Le tomó la mano y luego la soltó. Él se miró los dedos por un momento antes de bajarlos.

—Adiós. —Sonrió torpemente y se marchó.

La campana de la torre sonó a las nueve. Nos despedimos de Bella y de Milton y salimos de los aposentos de Meryl. Ella avanzaba a mi lado, a grandes zancadas, sin detenerse siquiera para toser. Yo llevaba el fardo atado con una correa improvisada que me dejaba las manos libres. Además de las botas, llevaba dentro el mantel mágico y el catalejo. La luna llena destacaba en un firmamento cuajado de estrellas y salpicado de nubes teñidas aún de rosa por el crepúsculo. En el jardín del castillo, Rhys y yo nos pusimos cada uno una bota. Consulté el catalejo mientras él levantaba a Meryl en brazos. Acto seguido me tendió la mano, y ambos dimos un paso.

El gélido aire nocturno y el viento que notábamos al avanzar a toda velocidad acrecentaron la fiebre de Meryl. Cuando llegamos a la aldea de Surmic, le castañeteaban los dientes, y supuse que temblaba bajo la manta nube.

Surmic se encontraba en mitad de una ladera escarpada. Nos acercamos a la muralla del pueblo y nos cambiamos las botas mágicas por unas normales.

Rhys aporreó la puerta y llamó a gritos:

—¡Hoooola! Dejadnos entrar.

—¡Venimos de parte del rey! —grité.

Nada sucedió.

—Te llevaré volando al otro lado —se ofreció Rhys.

Sin embargo, antes de que lo hiciera, una mano que llevaba un farol apareció en lo alto de la muralla. Alguien nos miró desde arriba y, unos instantes después, la puerta se abrió con un chirrido.

—Pasad. ¡Deprisa! ¡Rápido!

Entramos corriendo y las puertas se cerraron a nuestras espaldas. Un cúmulo de cabañas se alzaba en la pendiente que teníamos delante. El aldeano que nos había abierto, un hombre de mediana edad, tocó dos veces un cuerno de caza y nos miró boquiabierto sin decir palabra.

Rhys ejecutó una de sus elaboradas reverencias, y la boca del hombre todavía se abrió más.

—¡Un brujo! —exclamó. Meryl se puso a toser. El hombre posó la vista en ella—. ¡Una doncella envuelta en una nube!

No teníamos tiempo para sus manifestaciones de asombro.

—Soy la princesa Adelina —me presenté—. Tenemos que...

—¡Una princesa!

Los lugareños empezaron a apiñarse alrededor de nosotros, de modo que me dirigí a ellos.

—Necesitamos que nos indiquéis por dónde se llega al valle de Aisnan. ¿Quién puede decírnoslo?

Todos se quedaron callados. Meryl tosió.

—Mi hermana está enferma. ¿Es que no vais a ayudarnos?

Un hombre dio un paso al frente. Llevaba una capa con ribetes de piel y un bastón.

—Soy Dunstan, el alcalde del pueblo. ¿Qué ocurre aquí?

Le repetí mi nombre, y tuvo la cortesía de inclinarse ante mí. Entre la multitud algunos me hicieron zalemas, pero la mayoría permaneció inmóvil.

—Mi hermana padece la Fiebre Gris, y con cada segundo que nos hacéis perder, se acerca más y más a la muerte.

Algunos contuvieron el aliento.

—Se curará —añadí— si bebe agua de la catarata que riega el valle de Aisnan.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo. Dunstan dio unas palmadas para hacerlos callar.

—Hemos oído hablar de la Fiebre Gris, pero ninguno de nosotros la ha contraído jamás.

¿Debido a la catarata? ¡Vollys me había dicho la verdad!

—Si molestáis a los monstruos del valle, nos tocará sufrir a nosotros.

—Si los monstruos se interponen en nuestro camino, lucharemos contra ellos — dije.

—No me extraña que Drualdo se marchase de Bamarre después de venir a Surmic —añadió Meryl.

El rostro del alcalde enrojeció.

—Les abrimos nuestras puertas a unos desconocidos. Eso es va...

Rhys alzó su varita. El alcalde retrocedió de inmediato.

—¡No nos lances un hechizo! Os diré cómo llegar: el valle de Aisnan está al norte. Seguid las estrellas y lo encontraréis.

—¡Dunstan! —Un hombre más joven se abrió paso entre el gentío—. Se perderán. —Se volvió hacia nosotros—. El camino no está señalado. Tendréis que saber por dónde ir cuando lleguéis a una bifurcación. Es una ruta larga y retorcida. — Se fijó en Meryl—. ¿Pensáis luchar, *milady*, en ese estado?

—Lucharé —respondió, y le dio un ataque de tos.

—Los guiaré hasta el valle —anunció el hombre joven a la multitud—, y cuando los monstruos ataquen, también yo combatiré. —Se inclinó ante Meryl y ante mí—. Soy Gavin. En Surmic, algunos tenemos valor.

Esperamos mientras corría a su cabaña en busca de su espada, su arco y sus flechas. Otros abandonaron también la muchedumbre.

—La gente con dos dedos de frente —dijo un anciano— no vaga por las montañas de noche. Mi hermana... —Comenzó a relatar una historia.

¿Cuánto tardaría Gavin en recoger sus armas? Le di a Meryl una flor de hierba moila para que la chupara. Quizá le aliviaría la tos.

—... Una partida de rescate salió en pos de mi hermana. Nadie regresó. Mi tío...

Gavin bajó corriendo por la pendiente hacia nosotros, ciñéndose la espada. Dos hombres y una joven lo seguían, ajustándose también las armas.

—Nosotros vendremos también —dijo la chica.

Otra mujer y otro hombre se separaron de la multitud para unirse a nosotros. Ya llevaban sus espadas. La mujer recitó el final del *Drualdo*:

*¡Ten valor, reino bamarro!
Marchad, gente de Bamarre,
cobardes junto a valientes.*

*No dejéis que vuestros héroes
batallen sin vuestra ayuda.*

Alguien rompió a llorar en medio del gentío.

—¡No vayas, Eliza! —gimió un hombre.

—Os advierto que vais por vuestra cuenta y riesgo —les dijo Dunstan a los cinco que deseaban acompañarnos.

—Y tú te quedas por tu cuenta y riesgo —repuso Gavin.

El guardián de la puerta la abrió y salimos en fila. La noche avanzaba. Gavin caminaba entre Meryl y yo, y Rhys iba junto a mí, al otro lado. Los demás marchaban detrás. Todos caminábamos al ritmo que marcaba Gavin, ligero, pero no tan rápido como para que tuviésemos que detenernos a descansar.

—¿Está muy lejos el valle? —le pregunté.

—A tres horas como mínimo, si es que no nos matan por el camino.

¡Tres horas! Y Meryl iba a morir al alba...

—Te convertirás en un héroe, Gavin —le dijo ella—, y todos correremos una gran aventura. —La tos había remitido un poco, quizá gracias a la hierba moila.

—No hay ogros allí a donde vamos, pero es posible que los grifos nos ataquen. Tienen visión nocturna —explicó Eliza.

Alcé la vista pero no vi más que estrellas. Seguimos adelante. Les pedí a Gavin y a Eliza que me describiesen la catarata.

—Es muy elevada, alteza —dijo Gavin—, hasta tal punto que la cima desde la que se precipita el agua está siempre oculta por la bruma.

—No nacen ríos allí donde cae el agua —agregó Eliza—. Desaparece en cuanto toca el valle.

También en esto Vollys había dicho la verdad.

—La hierba regada por esa agua —prosiguió Eliza—, en el punto donde cae y desaparece, es la más verde de todos los Eskern. Llevamos a nuestras ovejas a pastar allí cuando vamos bien armados. Prácticamente las ves engordar mientras pacen.

—¿Alguna vez habéis bebido agua de la catarata? —inquirió Rhys.

—Cuando llevo las ovejas allí —respondió Gavin—, bebo un poco. Todo el mundo lo hace.

Todos bebían de esa agua, y nadie contraía la Fiebre Gris.

Meryl comenzó a interrogar a Gavin sobre sus encuentros con monstruos. Él le contestaba, y otros aldeanos intervenían en la conversación. Rhys me tocó el brazo y nos quedamos detrás del grupo.

—Debo decirte algo... —titubeó—. Aunque quizá no te agrade oírlo. —Guardó silencio—. Es sobre nosotros. Sobre ti —hizo una pausa— y sobre mí.

Sabía que lo amaba, y se sentía obligado a desengañarme.

—No hace falta que lo digas —murmuré.

—No, debo hacerlo. —Su voz sonaba extraña, como si estuviese resfriado, cosa que no les ocurre a los brujos—. Orne es un buen maestro, como ya te he dicho.

Orne le había indicado lo que debía decirme.

—Y es muy persuasivo. —Se interrumpió de nuevo, y luego continuó—: Pero no siempre estoy de acuerdo con él. Respecto al tema del matrimonio, o al matrimonio con seres humanos, para ser más exactos...

¿Matrimonio?

—... Creo que se equivoca, especialmente por lo que se refiere a mí. Oh, Addie, los dos podríamos morir esta noche...

Los montes Eskern debían de estar hechizados. Me hacían imaginar cosas. Aun así, no pude por menos que sonreír. Se detuvo y me tomó de la mano.

—Si nos morimos, o si yo muero... —Aunque hablaba de morir, yo no podía borrar la sonrisa de mi cara. Seguramente no se percató de ello en la oscuridad, porque añadió atropelladamente—: Debo decirte que te quiero, y que si sobrevivo pediré tu mano, pero no hace falta que digas nada ahora si esto te incomoda, y preferiría morir sin saber que no me amas, si es eso lo que sientes.

Intenté hablar pero no me salían las palabras. Me había vuelto valiente gracias a mis aventuras, pero no lo suficiente para eso.

—¿Addie?

En voz demasiado baja para que resultase audible, musité:

—Te amo.

A pesar de todo, él lo oyó. Me colocó la mano bajo la barbilla y me levantó suavemente la cara para mirarme a los ojos. También él había desplegado una sonrisa tan alegre como la mía.

—¡Oh, Addie! —Se inclinó para besarme.

Pero en ese preciso momento me llamó Meryl.

—¡Addie! ¿Dónde estás? ¿Rhys? —Parecía asustada.

—Ya vamos.

Rhys me tomó en brazos y me llevó volando hasta mi hermana.

—Sólo hablábamos de lo que nos espera —se justificó tímidamente.

—Creía que os había pillado un monstruo —dijo tosiendo.

Le di otra flor de hierba moila. Reanudamos la marcha. Rhys y yo íbamos de la mano. Extendí el brazo hacia la manta nube y encontré la mano de Meryl. Ahora iba con mis dos seres más queridos. Sin embargo, la mano de Meryl estaba caliente como un dragón.

Todos nos quedamos callados. Meryl avanzaba a paso rápido y no parecía cansarse.

Percibí un aleteo y miré hacia arriba, pero no era más que un búho. Poco después lo oí ulular.

Me habría gustado saber cuánto trecho habíamos recorrido y cuánto faltaba para llegar. No se lo pregunté a nadie. No quería que esa caminata y esa noche acabaran

nunca. Por el momento, tenía todo lo que deseaba.

Caminamos por un collado y empezamos a ascender en fila, pues el camino se había ido estrechando. Meryl iba delante de mí, y Rhys detrás. Le solté la mano a Rhys, pero no a Meryl. El sendero torcía a un lado, se enderezaba y volvía a torcerse. Trepábamos de una roca a otra. De nuevo oí el batir de unas alas. Dos criaturas, grifos o águilas, pasaron por delante de la Luna. Fueran lo que fuesen, enseguida se alejaron.

La cuesta se tornó más empinada. Empecé a respirar de forma irregular, y Meryl rompió a toser de nuevo. De nada sirvió que tomase otra flor de hierba moila.

No estaba segura de si la luna se había difuminado y el cielo se había aclarado, o de si era sólo mi imaginación. Al fin llegamos a la cima y caminamos a lo largo de ella.

—El valle de Aisnan está allá abajo —dijo Gavin señalando con la mano aunque con la oscuridad no se distinguían los detalles.

—No podemos bajar por aquí —observó Eliza—. Tenemos que dar un rodeo. Aun así, ya no falta mucho. Llegaremos a un saliente, y unos pocos metros por debajo se encuentra la roca que conocemos como el Centinela. Cuando la hayamos rodeado, estaremos en el valle.

—¿A qué distancia se encuentra la catarata de allí? —pregunté.

—A un kilómetro más o menos —dijo Gavin.

Rhys podría llevar a Meryl volando. ¡Estábamos a sólo unos minutos de su curación!

Recorrimos una pequeña distancia antes de empezar a bajar. Agucé el oído para intentar percibir el rumor de la catarata, pero no oí nada. Le di un apretón a la mano de Meryl, y ella me lo devolvió, aunque me pareció que lo hacía con menos fuerza. El descenso resultó más suave y fácil que la subida.

—Ocho héroes de Bamarre descendieron al valle de Aisnan —dijo Meryl, y le entró la tos—. Deberían escribir un poema sobre nosotros. Addie, ¿por qué no recitas algo del *Drualdo*?

Comencé a declamar unos versos de una de las primeras escenas de batalla. Al principio mi voz sonaba débil, pero fue cobrando intensidad conforme recitaba.

*El rey Bruce, de reluciente armadura,
capitaneaba el flanco derecho, gritando:*

*«Huid, monstruos, huid
de nuestra arrolladura furia».*

*Drualdo, con la armadura ensangrentada,
capitaneaba el flanco izquierdo, gritando:*

«Venid, monstruos, venid

y sentid nuestra arrolladura furia».

Todos corearon los versos siguientes; Rhys con su voz profunda, Meryl con su ronquera, y los aldeanos.

*El rey Bruce frunció el ceño,
la boca torcida en gesto adusto, y
un brillo de terror en los ojos.*

*Sus soldados, también
de talante sombrío, luchaban
como labra el campesino:
con voluntad pero sin gozo.*

*Drualdo reía,
con un brillo de alegría
en los ojos. Sus hombres
reían también y luchaban
como danza un mozo o una doncella:
con voluntad y gran gozo.*

*Bruce y sus guerreros
entonaban...*

Oí un eco que antes no había percibido.

Drualdo y sus guerreros cantaban a voz en cuello...

Ahora sonaba como si fuésemos cincuenta en lugar de nueve.

*Hiende, espada mía. Punzad, flechas mías.
Muere, enemigo mío. ¡Victoria para Bamarre!*

Ya casi habíamos llegado al fondo, y Gavin nos hizo una seña para que nos detuviésemos.

—Aquí está el saliente. En cuanto saltemos al suelo, estaremos al nivel del valle.

Nos sentamos en el saliente. Me parecía oír el rugido de la catarata, y definitivamente comenzaba a clarear. El alba llegaría pronto. Contemplé el rostro cenizo de Meryl. Sonreía. El corazón empezó a latirme con fuerza.

Los aldeanos saltaron primero, desde una altura de unos dos metros. Después

salté yo y caí en brazos de Gavin. Rhys bajó a Meryl en brazos, volando y haciendo caso omiso de sus protestas.

—Allí está el Centinela —dijo Gavin, señalando una roca elevada.

Tomé de nuevo a Meryl de la mano y nos adentramos en el valle.

Una roca se estrelló en el suelo, un metro por delante de nosotros. Llovían piedras.

Una de ellas golpeó a Gavin en el pecho, derribándolo.

Había ogros por todas partes, arrojándonos rocas, árboles y enormes puñados de tierra, profiriendo voces atronadoras en su pétreo idioma.

Gavin logró ponerse en pie. Un tronco impactó contra la roca que teníamos encima, rebotó y al caer atrapó el pie de Eliza bajo las raíces.

Ayudé a los aldeanos a liberarla. Agudos chillidos inundaron el aire. Más de cien grifos bajaron en picado hacia nosotros.

Meryl gritó con voz entrecortada:

—¡Victoria para Bamarre!

Meryl echó a correr hacia la catarata. Rhys la levantó y empezó a volar con ella mientras tres grifos lo atacaban. Yo me puse a rebuscar en mi fardo para sacar el mantel mágico.

—¡Bájame! —exigía Meryl—. Quiero pelear.

—¡Llévala a la catarata! —le grité a Rhys.

Pero se vio obligado a dejarla en el suelo para repeler el ataque de los grifos.

Advertí que Meryl se ponía la capa mágica y desaparecía, salvo por un tenue brillo en la penumbra que precedía al amanecer.

Corrí hacia ellos mientras seguía buscando el mantel. Casi los había alcanzado cuando una piedra me golpeó el hombro. Perdí el equilibrio y mordí el polvo. Un ogro se erguía imponente sobre mí, con la cara contraída por la risa. Intenté alejarme a gatas. Extendió la mano para agarrarme y falló por pocos centímetros. Desenvainé la espada mientras él cogía una roca. Me tambaleé hacia atrás. Él alzó la roca y, con un alarido, la dejó caer. Le manaba sangre a borbotones de la rodilla.

—Toma eso, ogro —oí que decía Meryl—. Corre, Addie.

Y corrí... hacia ella, hacia la sombra en la que la había convertido la capa. El ogro levantó la roca de nuevo.

De pronto cayó, con la garganta cortada, y vi que Rhys se alejaba volando, para enfrentarse a un grifo.

—Llévate a Meryl —le grité, pero no me oyó. Un grifo aterrizó sobre mí, derribándome. Le lancé una estocada. La espada se clavó en su carne, y después... el grifo desapareció. Sonó una risa apagada.

—¡Un espectro! —me dijo Meryl al oído, y acto seguido les avisó a todos en voz alta—: Algunos de los grifos son espectros. —Y en un susurro, añadió—: Cuídate. Me voy a la catarata.

Una sombra se movió, y Meryl ya no estaba allí. En ese momento me atacó otro grifo. Le hundí la espada en el vientre, y cayó de espaldas, sangrando. Con la otra mano, yo seguía intentando dar con el mantel.

Un grifo me derribó. Blandí la espada con violencia y le corté una zarpa. El grifo me mordió la mejilla, y con un ala me inmovilizó la mano que empuñaba la espada. Me mordió de nuevo. ¡Estaba devorándome!

Su ojo vidrioso e inyectado de sangre se encontraba muy cerca de mí. Le hundí el dedo en él y noté su humedad. Echó la cabeza hacia atrás, chillando. Lo agarré del cuello y apreté. Al intentar alzar el vuelo, me arrastró y me liberó el brazo. Lo apreté con ambas manos. Me propinaba aletazos. Yo apretaba. Una roca cayó muy cerca, pero no aflojé: seguía apretando con todas mis fuerzas. El grifo soltó un gáñido. Apreté aún más. Se ahogaba. Sus músculos se relajaron y su cabeza quedó colgando. Lo solté y se desplomó.

—¡Meryl, he estrangulado a un grifo! —grité, aunque esperaba que ella estuviese

demasiado lejos para oírme.

Metí la mano en el fardo. Al fin di con el mantel. Otro grifo se abatió sobre mí.

Saqué el mantel de un tirón.

—Extiéndete, mantel amable, por favor.

Nada ocurrió.

El grifo me clavó las garras en el hombro. Las palabras brotaron precipitadamente:

—Amable mantel, extiéndete, por favor.

El mantel se desplegó. El grifo se detuvo a escasos centímetros de mi mejilla ensangrentada. De pronto apareció un asado. El grifo se abalanzó sobre la comida. Se materializaron más platos. Otro grifo aterrizó sobre el mantel. La bandada entera se lanzó en picado.

¿Dónde estaba Meryl? ¿Habría llegado a la catarata? En cualquier momento saldría el sol.

Eché a correr. Un tronco pasó rozándome la oreja. Eliza lanzó una flecha. Un ogro dejó caer una roca y se vino abajo.

¿Dónde se encontraba Meryl?

Allí estaba Gavin, a medio camino de la catarata, combatiendo contra un grifo. Un ogro se dirigió pesadamente hacia él.

—¡Gavin! —grité.

El ogro soltó un bramido y se llevó las manos a la espalda. Al volverse descubrí entonces a Meryl cabalgando sobre él, apenas protegida ahora por la capa. Vi centellear su espada, y un chorro de sangre brotó del cuello del ogro, que cayó de bruces. Meryl se levantó y salió disparada hacia la catarata.

Apreté el paso para darle alcance pero entonces un ogro con la cabeza y los hombros envueltos en una espesa bruma se plantó entre las dos. Otro ogro brumoso se bamboleaba cerca de nosotras.

Rhys flotaba ligeramente por encima de la cabeza de los ogros, apuntando con la varita primero a uno, luego a otro, envolviéndolos en nubes.

Pasé corriendo por donde estaba. Un ogro se aproximó a Meryl al tiempo que la atacaban dos grifos. Ella logró mantenerlos a raya, riendo.

Una roca se estampó contra el suelo. Las piedras llegaban de todas direcciones, golpeándome la frente, el hombro y las doloridas costillas. Me tambaleé sin aliento.

Meryl corrió hacia mí y me sostuvo en sus brazos.

—Addie...

Yo boqueaba, intentando respirar.

—¡La catarata! —La tomé de la mano y nos lanzamos a la carrera.

Rhys volaba a mi derecha, protegiéndonos. Noté sangre en el ojo y parpadeé para quitármela. «¡Espera un poco, sol! ¡Espera un poco!». Eliza y Gavin corrían a mi izquierda, propinando estocadas y mandobles. Un grifo bajó en picado hacia nosotros.

Meryl y yo le lanzamos sendos golpes, y el monstruo desapareció.

Oí el rumor de la catarata. Seguimos corriendo sin parar.

—¡Morid, monstruos! —reía Meryl—. ¡Victoria para Bamarre!

—¡Victoria para Meryl! —grité yo.

«¡Espera un poco, sol! ¡Espera un poco, amanecer! ¡Victoria para Meryl!».

Un ogro se interpuso en nuestro camino. Eliza y Gavin se abalanzaron sobre él. Eliza cayó al suelo. Gavin profirió un alarido.

Meryl y yo sorteábamos árboles caídos, rocas, peñas. Rhys mató a otro grifo.

No dejábamos de correr. Aviste la catarata, que aún se hallaba a unos cuatrocientos metros.

Una sombra se cernió sobre nosotros. Percibí un olor metálico y reconocí el tañido de unas campanas.

Vollys.

Aterrizó delante de nosotras, impidiéndonos el paso. Contempló la batalla.

—He preparado esta ceremonia para ti, princesita. —La hierba que se extendía entre su vientre y su pata delantera estaba tiñéndose de rojo. Todavía sangraba por la herida que yo le había infligido.

—¡Un dragón! —murmuró Meryl—. Qué hermoso es.

—Así que ésta es tu hermana, ¿eh? Tan valiente como mi Wilardo. Qué pena que el sol vaya a salir dentro de siete minutos. —Con un barrido de su cola, nos atrapó a Meryl y a mí—. Y ahora nos iremos a casa. —Extendió las alas—. Pequeña, mientras volamos, despídete de tu hermana, yo...

Rhys llegó volando a toda velocidad, apuntando con su varita. La cabeza de Vollys quedó envuelta en bruma. La nube se tornó naranja cuando empezó a despedir fuego por la boca.

Un ogro nos arrojó una roca que cayó sobre la cola del dragón. Vollys se elevó, y sentí un tirón hacia delante, en la cabeza. La cola nos estrelló contra el suelo. Un dolor agudo me recorrió las piernas. Sin embargo, la cola aflojó la presión, y tanto Meryl como yo logramos escabullimos. Las escamas raspaban como pequeños cuchillos.

—¡Corre, Meryl!

Vi la garra de Vollys, curvada, con la parte vulnerable hacia arriba. Blandí la espada, pero Meryl la hirió primero.

Vollys soltó un terrible aullido y se dispuso a acometer a Meryl.

Rhys envió más nubes en su dirección. Vollys le escupió una llamarada, bramando:

—¡Todos moriréis antes que yo!

Rhys le clavó la espada en un ojo. Ella le lanzó otro fognazo, que prendió en su capa, y él se precipitó desde lo alto.

Me giré hacia Meryl.

—¡A la catarata! —le grité, y ella echó a correr.

Vollys retrocedió, con el ojo chorreando. Vi una de sus negras fosas nasales y su boca encendida.

—¡Corre, Meryl! —Arrojé mi espada con todas mis fuerzas a la garganta de Vollys.

Se ahogaba. No salió una sola llama de su boca. Trastabilló. Sangraba abundantemente.

Meryl corría hacia la catarata. «¡No salgas, sol!».

Vollys dio con su cuerpo en tierra. Su cuello cayó sobre mi brazo y quedé atrapada, mirando su enorme cara.

—Llora por mí, princesita —jadeó. Intenté soltar mi brazo—. Yo habría llorado por ti.

—Quita el cuello y te lloraré todo lo que quieras —resoplé.

Sus campanas sonaron débilmente.

—Ah, princesita, todavía me haces reír. —Hizo un esfuerzo. Se le hinchó una vena en el cuello. Logró levantarlo un poco. Fue suficiente.

¡Meryl! Vislumbré una espada sobre la hierba. Era la espada de Rhys. La recogí.

—Llora... por... —resolló Vollys, y oí su último estertor. «¡No salgas, sol!».

Rodeé su cadáver a toda velocidad.

Allí estaba Meryl, intentando correr mientras acuchillaba a un grifo. Aceleré el paso hacia ella y vi que el grifo se desplomaba, daba un aletazo en el suelo y luego se quedaba quieto, sin vida. Meryl continuaba avanzando a toda prisa.

Yo corría también, luchando por recobrar el aliento. La catarata me rugía en los oídos. A Meryl sólo le quedaban algunos metros. Un tronco pasó zumbando por encima de su cabeza.

«¡No salgas, sol!».

Unas manos enormes me rodearon las costillas. Un ogro me levantó contra su pecho, y oí su pétrea risa. Apretó, y yo solté un alarido de dolor.

Hasta el día de mi muerte lamentaré haber gritado. Al oír mis gritos, Meryl se dio la vuelta y echó a correr hacia mí.

—¡No! ¡Sigue! —Descargué varios mandobles sobre los brazos del ogro, que soltó un gruñido pero sin dejar de apretarme.

El sol asomó por detrás de una cima del este. Meryl se tambaleó. Los rayos dorados bañaron el valle. Meryl cayó boca abajo.

Aesté un golpe hacia arriba con la espada. El ogro lanzó un chillido y me soltó. Me dejé caer junto a Meryl y con suma delicadeza la volví boca arriba.

—¿Addie? —Parpadeó varias veces. Su voz apenas resultaba audible—. Éste ha sido nuestro mejor día. —Exhaló un suspiro y sus ojos se cerraron.

—¡Meryl! ¡No te mueras!

Me levanté, aullando, en el preciso instante en que una roca impactaba contra mi pecho.

Me vine abajo. Noté unas gotas de lluvia. Y después me sumí en la oscuridad.

Percibí un olor a peonías. Alguien estaba cantando.

Meryl. Rhys. Me deshice en llanto, con los ojos muy apretados.

—¿Princesa Addie? ¿Estás bien? —No reconocí aquella voz masculina, aunque me resultaba familiar—. No llores. Ríe. ¡Ríe!

—Puedes abrir los ojos. No hay nada que temer. —Conocía aquella voz. ¡Era la de Meryl!

Abrí los ojos. Allí estaba, sonriéndome. Recuperada. En buena forma.

Un joven gigantesco se hallaba de pie a su lado, mirándome con una enorme sonrisa. ¿Quién era?

¿Dónde estaba? Me encontraba en una cama, pero no en el castillo de Bamarre.

Daba igual. Meryl estaba bien. Lloré con más fuerza que antes. Aunque estaba contenta, no podía contener el llanto.

—Todavía está débil. Dadle esto.

Giré la cabeza y vi a Milton.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté, sorprendida.

Le pasó una taza humeante a Meryl.

—Vuestra hermana me mandó llamar.

Meryl se sentó junto a mí y me rodeó los hombros con su brazo libre para ayudarme a incorporarme. Me apoyé en ella y cogí la taza. Era una infusión de hierba moila. Milton apiló varias almohadas detrás de mí.

Tomé un sorbo de té sin dejar de lagrimear. Eso era todo cuanto podía hacer: beber té, contemplar a Meryl, sollozar. Me recosté en las almohadas para verla mejor. No mostraba el menor indicio de haber estado enferma. Yo había supuesto que la Fiebre Gris la dejaría marcada, pero estaba en un error. Tenía la mirada despejada, y el tono grisáceo había desaparecido de su tez.

Sin embargo, algo había cambiado. Parecía mayor. No estaba muy segura; después me pareció más joven. ¡Qué más daba! Estaba sana. Y por eso yo quería dejar de llorar.

—Tómate el té antes de que se enfríe.

Era la voz de Bella. También estaba allí, a la derecha del joven gigantesco. Tenía los ojos rojos. También había estado llorando.

Rhys no se encontraba allí. Quería verlo. Más lágrimas cayeron en el té. Meryl me posó una mano fría en la frente. La última vez que la había tocado, estaba ardiendo en calentura. Me tranquilicé al notar su tacto, y el flujo de lágrimas se detuvo. Recobré la voz.

—¿Y Rhys?

—Está descansando —me dijo Meryl.

—Estaba en llamas —murmuré—. Estaba...

—Se pondrá bien, princesa Addie —me aseguró el desconocido, echándose a reír

—. Pronto estará listo para enfrentarse a más dragones.

De nuevo me pregunté quién sería aquel hombre. Me resultaba conocido, y no obstante sabía que jamás lo había visto hasta entonces. Sobrepasaba en altura al más alto de los guardias de padre, y tenía el cabello y la barba negros y rizados.

—Se pondrá bien, princesa Addie —repitió, haciendo que me acordase de los demás.

—¿Y los aldeanos? ¿Están bien?

—Gavin murió —me informó Meryl—. Un ogro lo mató. Los demás están bien. Tragué saliva.

—Fue el primero en ofrecernos su ayuda.

—Gracias a él —dijo el desconocido—, Surmic ya no es un pueblo sin honor. Pensé que tenía razón, pero...

—Prefiero a los héroes vivos —repuse.

—Para eso te tenemos a ti —dijo Bella, y la voz se le quebró al final de la frase.

—Y a Meryl —señalé, ruborizándome.

—Yo no soy una heroína como tú.

Por un momento me dio la impresión de que no estaba contenta, y me pregunté si me envidiaba por haber encontrado el remedio. Resultaba bastante curiosa la idea de que Meryl me tenía envidia. Sin embargo, cuantas más vueltas le daba, más me convencía de que no era verdad.

Sonrió y recobró su aspecto alegre.

—Estoy tan orgullosa de ti, Addie...

Me sonrojé de nuevo, incapaz de sostenerle la mirada. Eché un vistazo a la habitación para disimular la vergüenza que sentía.

Al parecer era un dormitorio, ya que había una cama. Sin embargo, la estancia estaba construida a una escala mayor que cualquiera de las del castillo de Bamarre.

Las paredes eran de mármol blanco y estaban decoradas con tapices enormes que representaban las aventuras de Drualdo. El piso era de mármol de color coral. No alcanzaba a ver el techo, pues me lo tapaba el dosel de la cama de cuatro columnas sobre la que yacía, pero el dosel en sí estaba a la altura de cualquier techo normal.

Algo me extrañó: no vi ninguna chimenea.

—Todo esto es muy bonito —comenté, apurando lo que quedaba de té.

Bella prorrumpió en un sollozo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Estás demasiado débil para... —Se interrumpió—. Estás demasiado débil.

Empezaba a asustarme. Me volví hacia Milton.

—¿Me estoy muriendo y nadie se atreve a decírmelo?

—No os estáis muriendo —aseguró—. Necesitáis descansar un poco, eso es todo.

Decidí no preocuparme por lo que había dicho Bella. Ya me sentía mejor. La hierba moila había surtido su mágico efecto como siempre. Me incorporé.

—¿Cuánto tardó en curarte el agua de la catarata? —le pregunté a Meryl.

—No me curó. Era el remedio, pero no fue la catarata lo que me curó.

Eso me dejó muy confundida.

—Vollys te dijo la verdad —prosiguió—. Recuerda la profecía...

—El remedio para la Fiebre Gris se descubrirá cuando los cobardes cobren valor y la lluvia caiga sobre todo el reino de Bamarre.

—Tu valor hizo posible la cura. La lluvia en sí era el remedio. Las hadas, mientras os salvaban a ti y a los demás, hicieron llover el agua de la cascada sobre todo el reino de Bamarre. La Fiebre Gris ha sido erradicada para siempre.

—¿Nos salvaron las hadas? —inquirí, inclinándome hacia delante—. ¿Hadas de verdad?

—Hadas de verdad, princesa Addie —rió el desconocido.

—Ellos...

—¿Llegaste a ver alguna? ¿Por qué no me despertasteis? —dije lanzando miradas de reproche a Meryl y a Bella.

Pero el desconocido contestó de nuevo:

—Tenías que dormir. Habría sido una crueldad despertarte. —Soltó una carcajada—. Pero quizás aún llegues a conocer a un hada. Puede que incluso a un hado...

¿Un hado? En ese momento lo comprendí todo.

—¿Estamos...? ¿Es posible que esto...? ¿Estamos en su castillo?

Meryl asintió con la cabeza, sonriendo. Me pregunté por qué no mostraba más entusiasmo.

—Has cambiado —le dije—. La Fiebre Gris te ha dejado marcada.

—Noooo —replicó Meryl muy despacio—. La Fiebre Gris no me ha cambiado.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha cambiado? Estás distinta. ¿Y a qué te refieres con eso de que el remedio no te curó? —Empezaba a ponerme nerviosa. No era sólo por su falta de entusiasmo respecto a las hadas; había algo más..., que me tranquilizara con sólo ponerme la mano en la frente, y que pareciese mayor y a la vez más joven.

Nadie me respondió. La sonrisa de Meryl se volvió vacilante. Bella lloraba, e incluso a Milton se le veía triste.

—Cuando te encuentres mejor, Addie, ella te lo explicará —dijo Bella—. Mientras tanto...

—Estoy bien. Dímelo ahora, Meryl: ¿las hadas no te salvaron a ti también?

—En cierto modo. —Me pasó un mechón de cabello detrás de la oreja, y su contacto volvió a relajarme—. La lluvia curó a todos los que padecían la Fiebre Gris, excepto a uno o dos que estaban al borde de la muerte... como yo. —Su voz sonaba más sosegada que de costumbre.

—¿Y qué les sucedió? —pregunté, casi gritando—. ¿Qué te sucedió a ti?

—Está demasiado débil, Meryl... —terció Bella—, quiero decir, *milady*. Espera hasta que...

¿Por qué la había llamado «*milady*»? Me eché hacia delante.

—¡Dímelo!

—Los demás murieron, Addie. —Meryl era absolutamente dueña de sí; estaba más serena de lo que jamás la había visto. Antes, cuando vivía, siempre estaba luchando por algo.

¡Cuando vivía! ¿En qué estaba pensando? Ahora estaba viva, hablando conmigo.

Aunque no quería hacer la siguiente pregunta, la hice:

—¿Cómo te curaste, si los demás no lograron salvarse?

—Tengo hambre —comentó el desconocido—, y os garantizo que nos espera un banquete. —Me sonrió—. Sois una doncella valiente y única. —Me dio unas palmaditas en el pie, sobre la manta, y su contacto me tranquilizó tanto como el de Meryl. Acto seguido salió de la habitación, moviéndose con mucha elegancia para su enorme tamaño.

Milton me alisó el cubrecama y salió detrás del desconocido.

—Addie... —comenzó Bella, sacudiendo la cabeza, y una lágrima me cayó en la mano. Se dirigió a Meryl—. Recuerda que no es tan fuerte como eras tú. —Dicho esto, se marchó.

—Sí que eres fuerte —afirmó Meryl en cuanto Bella cerró la puerta a sus espaldas—. Eres más fuerte de lo que yo era, más fuerte de lo que jamás imaginé.

—Yo tampoco lo imaginaba. Podrías haber emprendido tus aventuras hace años y haberme llevado contigo. —Ahora que ella estaba dispuesta a responder a mis preguntas, yo me resistía a formularselas—. Pero iré contigo en el futuro. —Lo decía en serio. Había hecho una promesa en la cueva de Vollys, y la cumpliría. Ayudaría a Meryl a salvar el reino de Bamarre. Rhys nos ayudaría también.

Meryl negó con la cabeza.

—Sí que iré contigo —insistí—. De ahora en adelante quiero estar a tu lado.

—Siempre estaré a tu lado.

—Bien, pues entonces estamos de acuerdo. Ahora me siento cansada. Creo que dormiré un poco más. —Me arrebujé en las mantas y cerré los ojos.

—Addie... —Su tono cambió—. Escucha... Abre los ojos, por favor. —Ahora sonaba como la Meryl de siempre.

—¿Meryl?

Tenía exactamente el mismo aspecto que cuando tramaba algo prohibido: emocionada, contenta y rebosante de energía. Tomó mi mano izquierda y pasó los dedos con suavidad por encima de mis nudillos.

—Imagínate que se me presentara la oportunidad de correr aventuras mejores aún que luchar contra monstruos, mejores que cualquier cosa que pueda ofrecer Bamarre.

Imagínate que tuviese la seguridad de que no moriré ni recibiré siquiera un rasguño en esas aventuras, de que, aunque no gane, incluso aunque pierda...

—Vaya aventura más rara ésa en la que no recibes ni un rasguño. —Reflexioné sobre ello—. No sería una aventura de verdad.

Frunció el entrecejo, aparentando disgusto.

—No me dejas terminar. Imagínate que las aventuras fuesen de verdad. Imagínate que hubiese mucho en juego, aunque no corra un peligro real. Imagínate que yo deseara, por encima de todo, embarcarme en esas aventuras. Imagínate que estuviese tremendamente agradecida por poder embarcarme en esas aventuras. Pero imagínate que no puedes venir conmigo, que ni siquiera puedo hablarte de ellas. ¿Tú crees que...?

—Pero tengo que ir contigo, ya te lo he dicho. Quiero estar a tu lado. —Me reí, sujetándole la mano con fuerza—. Y si no podemos sufrir ningún daño, con más razón quiero ir contigo. Oh, es tan maravilloso que vuelvas a ser tú —añadí impulsivamente—, la misma de siempre. —Le apreté la mano.

—No lo estoy haciendo bien. —La voz de Meryl había cambiado de nuevo, a un tono intermedio entre el de la Meryl de toda la vida y el de la nueva y serena Meryl—. No soy la misma de siempre. Es decir, una pequeña parte de mí aún lo es, pero la mayor parte no. Las hadas no pudieron curarme, Addie; estaba demasiado cerca de la muerte, así que me ofrecieron una solución para vivir, una solución diferente. Era un gran honor para mí... Se ofrecieron a transformarme en un hada, y yo accedí.

¡Imposible! No podía ser un hada. Estaba allí sentada, junto a mí, respirando como yo, tan humana como yo. Sí, era distinta: se había vuelto loca. En eso radicaba la diferencia. La Fiebre Gris le había robado la razón.

—Sé que es difícil de creer, Addie. Yo nunca...

¿Por qué me habían dejado Bella y Milton a solas con ella para que me enterase de que había perdido el juicio?

—... No soy la primera persona en convertirse en hada. Recordamos lo que sentíamos al ser humanos... Las otras hadas no lo saben. Además, Addie, el amor permanece.

No se me ocurría nada que decir.

—Debe de resultar agradable ser un hada —comenté, tratando de hablar con normalidad—. A mí también me gustaría probarlo.

—Addie, Addie —rió—. Te estoy diciendo la verdad. Ahora soy un hada.

Quizás estaba tomándome el pelo, pero la broma no tenía gracia, y ella nunca me había tratado con crueldad.

—¿Cómo puedo demostrártelo? —dijo, poniéndose en pie.

—No puedes.

Empezó a ir y venir por la habitación. Al cabo de un par de minutos, dijo:

—Quizás esto te convencerá. —Cogió mi taza vacía de la mesita de noche y la puso al revés sobre su mano. Cayeron algunas gotas. Una de ellas conservó su forma en la palma de su mano y empezó a agrandarse. Meryl se sentó de nuevo a mi lado—. Fíjate bien.

La gota creció hasta convertirse en una enorme burbuja del tamaño de una col.

Dentro cobró forma una imagen. Me vi a mí misma cruzando el puente levadizo del castillo de Bamarre, vestida con la ropa de una criada y con un saco en la mano. La escena se fundió y cedió el paso a otra. Allí estaba yo, con las botas mágicas, dando tumbos a toda velocidad y arrastrando a un ogro.

En la siguiente escena me vi avanzando cautelosamente por el bosque de Mulí. Se sucedieron más escenas de mi viaje. No podía apartar la mirada, aunque no paraba de pensar que estaba soñando o, peor aún, delirando.

Por último apareció la escena del valle de Aisnan. Era el final de la batalla, o por lo menos el final de mi participación en ella. Vi cómo me escapaba de la cola de Vollys y a Meryl clavarle la espada en la garra. Luego Vollys lanzó una llamarada a Rhys, que cayó, y yo hundí la espada en la garganta del dragón; ella me soltó entonces el brazo y la roca me golpeó el pecho.

La escena proseguía, mostrándome lo que había ocurrido después, la parte que me había perdido. El cielo se oscureció, cayeron unos rayos y comenzó a llover. El agua apagó el fuego que había encendido el dragón.

—Ahora, observa —me indicó Meryl, como si yo estuviese mirando para otro

lado.

El valle se iluminó de nuevo, no por el sol, sino por unas espirales de luz que descendieron de una montaña que, por alguna razón, no había visto antes. Dentro de cada espiral luminosa, alcancé a ver una figura no humana, pero sí de forma humana.

Aquellos seres de luz se agacharon sobre nosotros, nos levantaron en vilo y subieron flotando, llevándonos consigo. Yo mantenía la vista fija en los seres que nos transportaban a Meryl, a Rhys y a mí. De pronto cambió la escena y vi a uno de aquellos seres acostarme en una cama, la misma en la que ahora me encontraba. El ser se inclinó sobre mí, y su resplandor me envolvió por unos breves instantes. Luego se enderezó y salió flotando de la habitación, dejándome sola. La escena cambió de nuevo, y vi que a Rhys le aplicaban el mismo tratamiento que a mí. Otro cambio, y apareció Meryl en una cama, rodeada de una multitud de seres luminosos. Vi que Meryl se incorporaba. ¡Meryl, mi Meryl!

—Tenían el poder de sanarme durante un rato, lo suficiente para que tomase una decisión.

Dentro de la burbuja, Meryl escuchaba algo, con el rostro embelesado. Un momento después se rió mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Fue entonces cuando me dieron a elegir entre la muerte o la transformación. Antes me habría parecido una decisión muy fácil, pero no lo era. Sus consecuencias durarían para siempre, para toda la eternidad... No habría vuelta atrás. Ya no podría cambiar de parecer. Pero, en cierto sentido, no tenía elección. Decidiera lo que decidiese, te perdería a ti, dejaría de ser tu hermana humana, y tú dejarías de ser la mía. —La Meryl de la burbuja dijo algo—. En ese momento decidí convertirme en hada.

La vi recostarse en la cama, y la luz de los seres la envolvió por completo. Al cabo de unos segundos se apartaron de la cama. Un nuevo ser, una nueva espiral luminosa, se levantó del lecho. Solté un grito ahogado.

—¡No!

Y entonces todo terminó. La burbuja se encogió hasta quedar reducida de nuevo a una gota. El ser que estaba a mi lado, el que se parecía a Meryl, se secó la mano en el vestido.

Le di la espalda y me eché a llorar sobre las almohadas. Una mano me acarició el cabello y me dio palmaditas en la espalda. Noté el efecto reconfortante, pero seguí llorando. No había logrado salvar a Meryl. Mi misión había fracasado. Al final, la Fiebre Gris la había matado. Si yo no hubiese gritado cuando aquel ogro me atrapó, ella habría llegado a tiempo a la catarata. Si yo no hubiese tardado tanto en emprender la búsqueda, ella habría sobrevivido. Si yo hubiese llegado al valle de Aisnan antes de que ella entrase en fase terminal, el amanecer no la habría matado y el agua la habría curado. Ahora la había perdido, y todo era culpa mía.

El hada me acarició la espalda mientras yo sollozaba desconsoladamente. Echaría de menos a mi hermana. Mi amor por ella me había cambiado, me había infundido

valor. Mi amor por ella era lo mejor de mí.

No sé cuánto tiempo estuve llorando. Al final me di la vuelta y miré al hada, con un fuerte escozor en los ojos.

—¿Por qué conservas el mismo aspecto de siempre? O prácticamente el mismo.

—Estoy acostumbrada a él. Hay otras hadas que fueron humanas alguna vez, y también prefieren adoptar esa apariencia.

—¿Echas de menos a la Meryl de antes?

—La llevo dentro de mí.

Sin embargo, la Meryl humana se había quedado anclada en el pasado, encerrada dentro del hada. La Meryl humana ya no tendría sensaciones propias, no crecería ni cambiaría.

De nuevo se me saltaron las lágrimas.

—¡Todo es por mi culpa!

—No es por tu culpa. Tú me salvaste. De no ser por ti, estaría muerta.

—Si hubiese salido antes de casa, estarías viva y serías humana.

—Tal vez. Aun así, nada de esto es culpa tuya. La Fiebre Gris me eligió a mí. — Me acarició las mejillas mojadas por las lágrimas—. A menudo me preguntaba por qué me alegraba en secreto de haberte prometido no embarcarme en aventuras hasta que estuvieses casada. Pensaba que quizá te lo había prometido porque en el fondo era una cobarde.

Eso era absurdo. Meryl nunca fue una cobarde. Además, aunque ella no se hubiese dado cuenta, todo era culpa mía.

—Si yo no hubiese gritado cuando me agarró ese ogro, habrías seguí...

Me puso los dedos sobre los labios.

—No, Addie, eso fue culpa mía. Yo debería haber seguido corriendo hacia la catarata. Debería de haber sabido que eras capaz de vencer a un ogro, porque ya había observado que habías cambiado mucho.

—Pero... —Tenía razón. Había cambiado y, efectivamente, vencí al ogro—. Pero no puedes culparte por querer rescatarme.

—No estoy segura, pero eso no cambia nada. Todo forma parte de ese día glorioso. Te estoy muy agradecida por conducirme a esa batalla en el valle de Aisnan, porque allí descubrí que era valiente. Me metiste en una aventura y me ofreciste la oportunidad de ser una heroína, que es lo que siempre había deseado.

—Pues no es lo que yo siempre había deseado —repuse.

A pesar de todo, en cierto modo sus palabras me consolaron y me abrieron los ojos a una realidad que había pasado por alto hasta entonces. Por fin comprendí la auténtica diferencia entre Meryl y yo, una diferencia más real que la que existe entre el valor y la cobardía. Ella quería combatir contra monstruos por lo que tenía de aventura. Yo quería vencerlos para disfrutar de la paz que ello traería consigo.

—Te echaba de menos —dijo el hada Meryl—. Te echaba de menos cuando no estabas. Estaba orgullosa de ti por haberte marchado, pero temía que no regresaras a

tiempo para despedirte de mí. Tenía miedo incluso cuando la Fiebre Gris me hizo dormir. También te he echado de menos aquí, mientras te restablecías. Me alegro mucho de que ahora estés despierta. Me alegro muchísimo de haberte recuperado.

—Pero ya no es lo mismo. —Pensé en lo que sentiría al regresar al castillo de Bamarre sin ella. Padre tendría ahora una sola hija. Su primogénita ya no estaría entre nosotros.

El hada Meryl también parecía triste.

—Tienes razón. Ya nunca volverá a ser lo mismo. Las hadas no tienen hermanas.

Curiosamente, su tristeza fue el mejor consuelo para mí. Ella también echaba de menos tener una hermana. Sentí el impulso de abrazarla, y cuando lo hice y ella me estrechó con fuerza, me invadió un gran alivio, un alivio inmenso.

Meryl se marchó al cabo de un rato y yo me quedé dormida de nuevo. Ignoro cuánto tiempo estuve durmiendo. Desperté varias veces, y ella siempre estaba allí. En ocasiones rompía a llorar con una mezcla de pena y alegría. Otras veces me limitaba a contemplarla.

Al fin desperté y supe que mi convalecencia había terminado. Ahora estaba sola. Me incorporé y me quedé sentada en el borde de la cama. Había un vestido tendido entre dos sillas.

Era un vestido propio de hadas, de color morado subido, con una falda fruncida que dejaba al descubierto unas enaguas de un violeta claro. Lo toqué, esperando sentir un cosquilleo en el dedo. Pero nada de eso ocurrió. La tela era suave, tan suave como la que Rhys me había dado hacía siglos.

¡Rhys!

Cada vez que despertaba le preguntaba a Meryl por él, pero la única información que me daba era que estaba descansando. Ahora podría comprobarlo por mí misma.

Me vestí rápidamente. No me sorprendió en absoluto que el vestido me viniese como un guante.

Alguien llamó a la puerta. La abrí y entró Meryl.

Ahora que estaba de pie y vestida, ahora que ya no era una inválida llorona, me sentía cohibida a su lado. Asimilé de un modo diferente el hecho de que ella era un hada.

—Tú también has cambiado, ¿sabes? —comentó, interpretando mi expresión o leyéndome la mente; en realidad me daba miedo pensar en una u otra posibilidad—. Ya no eres la hermanita apocada de antes. Me intimidaría un poco conocer a la nueva Addie... si yo hubiese sido tímida alguna vez, claro está. —Sonrió.

Me relajé ligeramente. Le pregunté por Rhys y me respondió que todavía estaba descansando, y que no convenía que fuese a verlo. Puesto que los brujos no duermen, necesitaba permanecer en la oscuridad y en silencio para recuperarse. Me dijo que Milton estaba sentado delante de su puerta y que había jurado que vendría a buscarme tan pronto como Rhys recobrase las fuerzas suficientes para recibir visitas.

Le pedí que me llevase ante Milton, pues tenía algunas preguntas que hacerle. Me guió hasta el elfo, que estaba tejiendo como siempre, sentado sobre un taburete de tres patas. Parecía más pequeño que de costumbre al lado de la gigantesca puerta de madera tallada de la habitación donde se encontraba Rhys. En cuanto nos vio, Milton se puso en pie de un salto y dejó su tejido sobre el taburete.

—¡Addie, estáis curada! —Corrió hacia nosotras y me miró de arriba abajo—. ¡Curada del todo!

—¿Y Rhys?

—Está reponiéndose.

—¿Por qué tarda tanto?

Milton se encogió de hombros.

—Tarda lo que tiene que tardar. Al final estará tan restablecido como vos.

—¿Estás seguro? —Me habría gustado que la puerta fuese más delgada y me permitiese oír algo, la respiración de Rhys o algún movimiento suyo en la cama—. ¿Puede hablar? —seguí preguntando—. ¿Habla de mí?

—Cada vez que entro para asegurarme de que está cómodo, me pregunta por vos. ¡Cada vez! ¡Siempre! Se me dibujó una sonrisa estúpida en la cara.

—Dile... dile que he venido a verle. Dile que le deseo que se reponga lo más rápidamente posible. Dile... —Me interrumpí. ¿Qué más quería que le dijera? Que lo quiero. Aunque eso ya lo sabía—. Dile que lo echo de menos.

Meryl y yo nos fuimos. Me enseñó el castillo de las hadas y sus jardines. El castillo era enorme, y los pasillos tenían infinitas revueltas. Esperaba que nunca me viese obligada a encontrar mis aposentos por mí misma. Las paredes de los corredores y las estancias estaban recubiertas de grandes tapices que representaban las aventuras de Drualdo. Examiné uno de cerca, comparándolo con mis propios bordados y acuarelas.

Los colores eran más intensos que cualquiera de los que yo había usado, y las imágenes resultaban de un realismo impresionante.

—Tus dibujos están hechos con más sentimiento, Addie —aseguró Meryl. Me alegré de oírsele decir, pero me pareció que se equivocaba.

—¿Qué aventura es ésta? —No figuraba en el poema de *Drualdo*—. ¿Qué monstruo es ése?

Semejaba un cangrejo descomunal y alado que escupía fuego como un dragón y tenía tenazas afiladas.

—Es Idrid. Es único en su especie. Drualdo luchó contra él durante una semana antes de derrotarlo.

Iba a preguntarle cómo sabía de esta aventura si no aparecía en el *Drualdo*, pero entonces recordé que era un hada, y que las hadas saben muchas cosas.

Salimos del castillo y Meryl me mostró los jardines, donde se daban al mismo tiempo las flores de primavera, verano y otoño. De nuevo oí el canto que me había despertado por primera vez.

Era el alba o el ocaso rosado de un día agradable y caluroso. Mientras paseábamos, me percaté de que el sol nunca salía ni se ponía; permanecía trémulo en el horizonte, como una eterna promesa.

—¿A qué altura estamos? —pregunté—. ¿Qué altura tiene el monte Ziriat?

—Una vez y media lo que mide la cima más alta de los Eskern.

—¿Alcanzan a verlo algunas criaturas de Bamarre?

—No, ninguna. Ni siquiera los dragones, aunque saben dónde está.

Me pregunté cómo era posible que hiciese tanto calor en un lugar tan elevado. Nos cruzamos con un hada en el camino. Era uno de aquellos seres luminosos. La saludé con una zalema y no me atreví a levantar la vista hasta que se hubo alejado.

Después me volví para observarla. Más que caminar parecía deslizarse, lo que me recordaba la brisa, pero en forma visible.

—Meryl, ¿qué se siente cuando se es hada?

—No sé si seré capaz de describirlo. —Guardó silencio—. Los humanos... No, te lo explicaré de otra manera. ¿Recuerdas que yo tenía muy buena vista? —Por supuesto que lo recordaba—. Pues ahora es mucho mejor. —Aspiró a fondo—. Puedo ver más allá de lo que tú alcanzas a vislumbrar con tu catalejo, y puedo verte a ti al mismo tiempo. Desde aquí siento el calor del desierto de Bamarre. Siento unos pocos granos de arena que resbalan por la pendiente de una duna. Oigo el silbido del viento por entre las estrellas. Si hiciera falta, podría dejarte por un momento para mover una de ellas.

¿Mover una estrella? ¿Por qué querría hacer una cosa así?

—Me dijiste que al ser un hada correrías aventuras más importantes que las que podrías experimentar en Bamarre. ¿Qué clase de aventuras?

Me tomó de la mano y me condujo hacia un banco.

—Vamos. Milton dice que no debes cansarte demasiado.

Nos sentamos.

—Bamarre, al igual que los otros reinos, flotaba sobre un vasto océano, ¿no?

Asentí con la cabeza. Hasta los niños lo sabían. Los reinos flotan sobre un vasto océano, bajo un vasto cielo.

—Bajo un vasto cielo. Hay monstruos en las profundidades del océano y en lo alto del cielo que amenazan todos los reinos. ¡Son maravillosos, Addie! ¡Maravillosos y terribles! —Ahora hablaba con el tono de siempre—. Idrid es uno de ellos, y no el peor. Algunos son...

Si Idrid era un monstruo que moraba en el mundo que estaba más allá de Bamarre, ¿cómo era posible que Drualdo luchase contra él?

—... Son más perversos, más brutales que los ogros, algunos son más astutos y arteros que los dragones, y conozco uno que tiene un apetito más voraz que todos los grifos juntos.

Alcé la vista y me pregunté si de verdad existían monstruos así. Me parecía que podía ver hasta el infinito a través de aquel cielo despejado, y no divisé monstruo alguno.

Meryl también miró hacia arriba.

—La noche eterna se cierne sobre nuestra luz del día. Nos enfrentamos a los monstruos en esa negrura absoluta. Podemos ver a través de ella, y ellos también. Un ejército de hadas está luchando ahora mismo, y yo he de unirme a ellas. —Se quedó callada, y sus palabras no expresadas flotaron en el aire. Se uniría a ese ejército, y yo volvería a Bamarre sin ella.

Tragué saliva pese al nudo que se me había formado en la garganta e intenté que mi sufrimiento no se notara en la voz.

—¿De verdad estarás segura? ¿Estás segura de que no pueden herirte?

—Estoy segura —dijo, tomándose de la mano—. Ninguno de esos monstruos puede hacerme daño.

—Entonces, ¿cómo es posible que no puedas derrotarlos siempre?

—Porque no intentan matarnos, sino destruir Bamarre y los otros reinos. A veces se salen con la suya, y los humanos, los elfos o los enanos pagáis las consecuencias. Por ejemplo, los monstruos de Bamarre son el resultado de una batalla perdida. Las tormentas impetuosas son batallas que... —Se interrumpió para escuchar—. Dentro de unos minutos, un hado nos hará compañía. —Sonrió, y por un momento me pareció que se sonrojaba—. Estaba con nosotros cuando despertaste.

—¿Aquel desconocido tan alto?

Asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Drualdo.

—¿Drualdo?

Meryl se limitó a sonreírme.

—¿Drualdo?

Se echó a reír.

—Debería haberos presentado antes, pero me preocupaba que...

—¿El mismísimo Drualdo?

—El mismísimo. Deberías ver la cara que se te ha puesto, Addie. Drualdo, el único...

—¿Cómo llegó aquí? ¿Acaso no murió hace cientos de...?

—Las hadas lo rescataron a él también. Ahora es un hado.

—¿Drualdo, un hado? ¿De verdad?

Se rió de mí, y yo retiré la mano bruscamente.

—Meryl, no me tomes el pelo.

—No te tomo el pelo. Si no...

—Pero si parece tan joven...

—Sólo tenía diecinueve años cuando murió Freya, ¿recuerdas? De todas maneras, a las hadas no les salen arrugas.

—Ah. —Esto me alegraba. Meryl permanecería joven para siempre, para toda la eternidad.

De nuevo debió de leerme el pensamiento, pues me rodeó el hombro con el brazo y apretó. Después me soltó y me dijo sin rodeos:

—De no ser por Drualdo, los monstruos nos habrían matado a todos en el valle de Aisnan.

—¿Estaba allí? No lo vi.

—Pues estaba.

No podía hacerme a la idea. Drualdo había estado allí.

—¿Mató a todos los monstruos? —pregunté al fin.

—No, pero trajo a las demás hadas consigo y ayudó a traeros aquí arriba.

—¿Por qué nos salvó?

—Él te lo dirá. A decir verdad, estuvo contigo durante algunas de tus primeras aventuras.

¿Había estado conmigo? Entonces lo comprendí. Era él quien me había ayudado.

Aquella presencia alegre, la mano sobre mi hombro, el aliado invisible. Drualdo.

—Te lo presentaré.

¿Iba a presentarme a Drualdo? ¿A mí? Como si se tratase de una persona normal..., o incluso de un hada normal. ¡Iba a conocer a Drualdo! ¿Cómo iba a hablar con él?

Esperamos sentadas en el banco. Mientras Meryl tarareaba una tonada que no reconocí, las manos se me quedaron heladas.

Al cabo de unos minutos, el desconocido —Drualdo— llegó por un camino cubierto por una pérgola de la que colgaban varios rosales. Algunos pétalos amarillos y algunas hojas se le habían prendido en el cabello.

—¡Ya estás bien! —atronó.

Me levanté e hice una graciosa reverencia. Apenas me atrevía a mirarlo.

Meryl se levantó de un salto, riendo.

—Eres demasiado alto para andar por el paseo de las rosas, Dru. Agáchate.

Él obedeció, y ella le sacudió el pelo. Luego, se volvió a enderezar.

—Drualdo, te presento a la princesa Adelina. Addie, te presento a Drualdo.

Nunca me había sentido tan violenta. Hice otra zalema.

—No hace falta que hagas eso. Yo dejé las reverencias hace tiempo. —Soltó una carcajada—. Hace mucho, mucho tiempo.

Tragué saliva. El corazón se me había desbocado.

—Gracias por ayudarme. —¡Acababa de hablarle a Drualdo! Respiré profundamente, temiendo desmayarme—. Me salvaste la vida muchas...

—Oh, no lo creas. Eres una luchadora aguerrida, princesa Addie, igual que mi Freya. Igual que... —Tomó a Meryl de la mano—. Igual que mi querida Meryl.

Parpadeé varias veces, asombrada. Ellos se sonrieron por un momento, y luego Drualdo añadió:

—Debes de estar muerta de hambre. Es preciso comer bien para recuperarse.

—Cómo no había pensado en eso —dijo Meryl, en tono de disculpa—. Vamos, Addie. Aquí siempre hay comida.

Los seguí de regreso al castillo, maravillada de verlos juntos y pellizcándome.

Salvo por mis frecuentes visitas a Milton para preguntarle por Rhys, los dos días siguientes los pasé con Meryl y Drualdo. Logré superar mi timidez hacia él mil veces más deprisa de lo que jamás habría imaginado. Se mostraba siempre tan desenfadado y jovial que me resultaba imposible sentirme incómoda.

Les rogué a él y a Meryl que me aconsejasen cómo vencer a los monstruos de Bamarre. Yo estaba decidida a plantarle cara a padre cuando llegase a casa e iniciar un asalto contra ellos lo antes posible.

Entonces me acordé de algo: ¡padre iba a seguirnos a Meryl y a mí con un ejército!

—¿Llegó alguna vez padre al valle de Aisnan?

—Todavía está consultando el *Libro de las verdades hogareñas* para determinar si debe ir o no —rió Meryl.

A mí también se me escapó la risa. A estas alturas, daba igual.

Drualdo y Meryl tenían muchas ideas estratégicas para combatir a los monstruos.

Durante el primer día que hablamos del tema, la conversación giró en torno a los ogros, grifos y espectros. A Meryl le encantó mi anécdota de los grifos y el mantel mágico. Y entonces se le ocurrió que podríamos desembarazarnos de todas las

criaturas a la vez si preparáramos un gran banquete.

Drualdo sugirió que intentásemos sellar un tratado con los ogros.

—Captura uno y oblígalo a hablar contigo —dijo—. Cuando no les queda otro remedio, hablan idiomas humanos. Convierte al cautivo en embajador. Quizás entren en razón si ven que te mantienes firme y que no te asustas fácilmente.

Con los espectros resultaría más complicado. Drualdo no creía que pudiésemos llegar a librarnos de ellos por completo. Me aconsejó que construyésemos ciudades y pueblos cerca del bosque de Mulí.

—Expulsad a los monstruos poblando su territorio. Abrid caminos por el bosque. Permaneced atentos, y que nadie deambule solo por el bosque. Les resulta mucho más difícil engañar a dos personas a la vez.

Pasamos gran parte del segundo día hablando de dragones, y no habíamos terminado aún cuando nos sentamos a cenar en el cavernoso salón de banquetes de las hadas. Me sentía triste por Vollys. Después de todo, al final la estaba llorando pues era de lo más lista y fascinante. Me acordé de lo mucho que se había divertido con las verdades hogareñas y de su amor por el rey Wilardo. Ojalá no hubiese sido dragón.

—¿Es necesario matar a todo los dragones? —preguntó Meryl—. Son tan hermosos...

Lo eran, y Bamarre tenía mucho que aprender de ellos.

—Bestias inmundas, asesinas y... —refunfuñó Bella.

—Quizá si los salvásemos de su soledad, ellos...

Percibí un movimiento y un destello de color en la puerta del salón.

—¡Rhys! —Empujé mi silla hacia atrás y corrí hacia él. Voló hasta mí y me levantó en volandas.

—No le creía a Milton cuando decía que estabas bien —me dijo—. Tenía que verlo por mí mismo. —Me apartó el flequillo de la frente—. Estás bien, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Tenía una cicatriz abultada sobre el ojo izquierdo. La toqué.

—¿Duele? —le pregunté.

—No. —Me estrechó con más fuerza—. Las hadas me han dejado conservarla. Creo que me da un aire arrebatador.

Arrebatador o no, tenía muy buen aspecto, y parecía el mismo de siempre.

Con su mano libre, se sacó la varita de la manga y apuntó con ella a la ventana abierta.

Nada ocurrió. Me reí al ver su expresión de sorpresa.

—Aquí no hay nubes —le expliqué.

—Quería envolvernos en una para besarte. Supongo que tendré que... —Me alzó en brazos y me besó el párpado izquierdo. Después, sus labios encontraron mi boca.

Yo estaba en el séptimo cielo... cuando oí los suspiros de satisfacción de las hadas que había más abajo. No me importó. Nos volvimos a besar.

A la mañana siguiente, Meryl me ayudó a elegir un vestido de boda de entre un apabullante abanico de posibilidades.

El que por fin escogimos era de seda de color azul jacinto y con una cola generosa.

La falda, salpicada de diamantes, susurraba delicadamente cada vez que daba un paso y tenía una caída muy elegante cuando me detenía. El canesú, ligeramente escotado, estaba festoneado de encaje a la altura del cuello y en las mangas. Meryl me recogió el cabello en una redcilla de seda, sobre la que colocó una diadema de plata bordeada de perlas. Por último me ciñó al cuello la cadena de plata de la que pendía el colgante de bodas vacío, una cajita adornada con joyas que habría de llenarse durante la ceremonia. Después me llevó ante un espejo.

Apenas me reconocía. La doncella del espejo era preciosa, pero sobre todo parecía muy segura de sí misma. No apocada, ni temerosa de su propia voz o de las sombras que acechaban en los rincones. A la doncella del espejo se la veía decidida y dueña de sí. La doncella del espejo era capaz de gobernar un reino entero. La figura que aparecía junto a mí en el reflejo sonreía y tenía los ojos húmedos al mismo tiempo. Me volví hacia ella y la abracé. Las dos lloramos un poco.

—Debemos darnos prisa —dijo Meryl al fin—, o Rhys creerá que te lo estás pensando mejor. —Me enjugó las lágrimas con la mano, y los ojos dejaron de escocerme al instante.

Marchamos juntas hacia el gran salón de las hadas, donde Drualdo celebraría la ceremonia. Rhys ya estaba allí, deslumbrando a toda la concurrencia con una camisa de color amarillo chillón, unas medias de rayas amarillas y negras y un gorro rojo con una pluma. A su lado estaba su maestro, Orne, vestido de un sobrio marrón y con cara de pocos amigos. Las hadas lo habían traído especialmente para la ocasión.

Bella, Meryl y Milton se encontraban junto a mí. Orne y los aldeanos de Surmic estaban con Rhys. Padre iba a venir, pero decidió no hacerlo después de leer en el *Libro de las verdades hogareñas* que «la abeja reina no es un tábano, y un buque en puerto no está en el mar».

Drualdo se aclaró la garganta y empezó a recitar las tradicionales estrofas de su poema. Naturalmente, en sus tiempos no se declamaba en las bodas, pero hacía siglos que se había establecido esa costumbre en Bamarre.

*Drualdo tomó la mano de Freya,
su fuerte mano,
con que empuñaba la espada,
y se la llevó a los labios,
se la llevó...*

Le tembló la voz. Sacó un pañuelo de la bolsa y se sonó la nariz. Entonces comenzó de nuevo:

*Drualdo tomó la mano de Freya,
su fuerte mano...*

Titubeó de nuevo. Meryl se acercó a su lado. Empezó a recitar, y él se unió a ella.

*Drualdo tomó la mano de Freya,
su fuerte mano,
con que empuñaba la espada,
y se la llevó a los labios,
se la llevó al corazón.*

*«Ven conmigo —le dijo—.
Ven conmigo a la batalla,
amor mío. Permanece a mi lado.
Quédate conmigo
cuando la batalla concluya.
Permanece a mi lado,
ríe conmigo
y recorre conmigo
el largo, largo camino.
Quédate conmigo,
amor mío, a mi lado».*

Todos los presentes estábamos anegados en llanto, excepto Orne. Pero enseguida nos reímos de lo ridículo de la situación y continuamos con la ceremonia.

Drualdo nos indicó que pronunciásemos los cinco votos matrimoniales de Bamarre.

Rhys y yo hablamos al mismo tiempo, y noté en el pecho la reverberación de su voz profunda. Nos prometimos tratarnos mutuamente con cariño y paciencia, perdonar los defectos del otro, guardar fidelidad y firmeza, y conservar la alegría de nuestro amor.

A continuación Bella sacó las tijeras doradas de su bolsa de mano. Con ellas corté dos mechones del cabello negro y sedoso de Rhys, y él cortó dos de mis rizos castaños. Entrelazamos los mechones mientras Meryl cantaba:

*Entretejamos
tus días con los míos,*

tus años con los míos.

No nos separaremos jamás.

Entretejamos

tus cabellos con los míos.

Introduje mi torzal de pelo en el colgante de bodas que Meryl me había puesto en el cuello. Rhys hizo lo mismo con su torzal y su colgante.

Estábamos casados. Él era el príncipe Rhys, y yo la esposa de un brujo.

Tres días después, Rhys, Bella, Milton, los aldeanos y yo nos marchamos del monte Ziriát. Las hadas nos proporcionaron caballos corrientes, propios de mortales. Meryl nos acompañó por la ladera hasta el valle de Aisnan. Se detuvo cerca de las cataratas.

Rhys se llevó a los demás aparte para que ella y yo pudiésemos estar solas.

—Me encargaré de que lleguéis sanos y salvos hasta Surmic —me dijo Meryl—. Ningún monstruo os molestará.

—¿De verdad no puedes venir? Podrías ayudarme a...

—No, cariño. He cumplido mi parte del trato. —Rió—. Prometí esperar a que estuvieses casada para emprender mis aventuras, y no he faltado a mi palabra.

—Pero eso lo prometiste cuando eras humana. —Ya no albergaba esperanzas, pero tenía que intentarlo—. Ahora eres inmortal. ¿Por qué no puedes quedarte con Rhys y conmigo? Tienes toda la eternidad por delante para correr aventuras.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Addie, Addie... Tengo trabajo que hacer. Esas aventuras no son un juego. Las hadas me necesitan, y tú no. Ya no.

Tenía razón. Ya no la necesitaba. Sólo la quería.

Me posó las manos sobre los hombros.

—Pero te visitaré a menudo. Estaré allí cuando menos te lo esperes. Y también cuando más te lo esperes. Vuestros hijos me conocerán bien. Hace mucho tiempo que ningún niño humano tiene un hada madrina, pero tus hijos me tendrán a mí, y también los hijos de tus hijos. Además, estaré contigo cuando tengas problemas. En forma visible o invisible estaré a tu lado, al igual que Drualdo. Siempre tendrás cerca uno o dos espíritus alegres.

—¿Me contarás tus aventuras? —Tenía que aprovechar el lado bueno de todo aquello.

Asintió con la cabeza.

—Y yo me enteraré de las tuyas. A medida que derrotes a los monstruos, te animaré y te aclamaré con cada victoria. —Soltó una risita—. Dru y yo lo pasaremos bien observándote.

El rocío de las cataratas, a su espalda, reflejaba la luz del sol y la rodeaba de un aura relumbrante. Tenía un aspecto mágico, humano, saludable y satisfecho. Me

tragué las lágrimas. Si nuestra despedida tenía que ser agri dulce, al menos estaba resultando lo bastante dulce para consolarme.

Las dos abrimos los brazos al mismo tiempo y nos dimos un abrazo fuerte y prolongado. Tuve la sensatez de romper el abrazo primero. Le acaricié la mejilla por última vez y di media vuelta.

No miré atrás. Cogí a Rhys de la mano, con la vista al frente. Él y yo correríamos nuestras propias aventuras, y yo me portaría tan valientemente como pudiese. Meryl nos visitaría de cuando en cuando y me relataría sus historias. Yo representaría sus aventuras y las mías en tapices. Nos retrataría espalda con espalda, ella combatiendo contra sus monstruos y yo contra los míos. Y quizás, algún día, alguien compondría versos sobre nosotras, y las dos princesas de Bamarre volveríamos a estar juntas.

*Las hermanas se abrazaron y cada una tomó su camino,
con el rostro bañado en lágrimas.*

*Pero ya no lloraban, sino que,
con una radiante sonrisa reían del porvenir,
aunque esperaban ansiosas un día volverse a abrazar.*

*Ahora, cuando el espectro, el flamígero dragón,
el cruel y sanguinario ogro o el grifo lanzan su ataque,
Bamarre lucha sin rendirse, cobardes junto a valientes,
el sastre, el cocinero, el campesino, la reina.*

*Desde la aldea, el campo, el castillo o el bosque,
Bamarre, tierra de héroes, lucha sin rendirse.*

Paso a paso la esperanza surge después del valor.

Arrostra todo peligro confiando siempre en vencer.

¡Victoria para Bamarre!



GAIL CARSON LEVINE (Nueva York, Estados Unidos, 17 de septiembre de 1947). Se crió en las calles del norte de Manhattan, Washington Heights, un barrio que sirvió de refugio para los aliados de Hitler después de la Segunda Guerra Mundial. Dice la autora, que por aquellos tiempos, se hablaba alemán tanto como el inglés.

Da las gracias a sus padres David y Sylvia por su vena creativa. Su padre, en quién se basa para gran parte de la historia *Dave at Night* (galardonado con un ALA Notable Book y Mejor libro para jóvenes), era propietario de un estudio de arte comercial, y su madre era una profesora que escribió obras para que sus estudiantes las interpretaran.

Fue miembro del Club de Scribble Scrabble en la escuela primaria. Y en la escuela secundaria, sus poemas fueron publicados en dos antologías de poesía de adolescentes. Sus aspiraciones, desde muy jovencita, no eran ser escritora si no ser ilustradora, le encantaba el dibujo y la pintura. Años después dio un cursillo sobre escritura e ilustración, y descubrió que no le gustaba ilustrar ni la mitad de lo que le gustaba escribir.

Se licenció en Filosofía en el City Collage de la Universidad de NY en 1969 y desde entonces ha trabajado como escritora de libros para niños, como entrevistadora en el Dpto. Estatal de Trabajo de NY, como auxiliar administrativo en el Dpto. de Comercio, y en el Dpto. de Servicios Sociales NY entre otros. Ahora su mayor dedicación es la escritura de libros para jóvenes. Aunque no hace mucho, ella y su marido colaboraron en el guión de un musical para niños que se estrenó en un teatro

de Brooklyn.

Durante nueve años todo lo que escribió fue rechazado por las editoriales. *Ella Enchanted* fue su primera novela publicada y premiada con un Newbery Honor Book. En 2004 fue llevada al cine como *Hechizada*, protagonizada por Anne Hathaway.

Princess Tales series, ambientada en el Reino de Biddle, es la colección más amplia que ha escrito, contando con 9 volúmenes.

Levine también ha escrito una novela ilustrada para jóvenes lectores llamada *El secreto de las hadas*, la cual fue publicada en 2005 por Disney. La novela explora el mundo de Nunca Jamás y la comunidad de hadas que viven allí. Personajes familiares como Campanilla y el Capitán Garfio aparecen en la historia, así como los caracteres originales. Levine ha publicado hace poco una secuela de este libro, titulado *El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica*.

Actualmente vive con su marido David y sus Aireadle Terrier, Baxter, en una granja de Brewster, Nueva York.

Libros publicados en España.

El mundo encantado de Ela (2002). [*Ella Enchanted*] (1997).

Dos Princesas sin miedo (2003). [*The Two Princesses of Bamarre*] (2001).

¡*Cuidado con los sueños, sobre todo cuando se cumplen!* (2003). [*The Wish*] (2000).

El país de Nunca Jamás y el secreto de las hadas / El secreto de las hadas (2005). [*Fairy Dust and the Quest for the Egg*] (2005).

El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica (2007). [*Fairy Haven and the quest for the wand*] (2007).

Historia de dos castillos (2011). [*A tale of two castles*] (2011).